



Charles R. Swindoll

Tres 
PASOS
ADELANTE
Dos 
PARA ATRAS

Una magnífica guía que le ofrece
alternativas prácticas para
enfrentarse a los problemas de la vida
con fortaleza y convicción.

“Todos nos enfrentamos a una serie de grandes oportunidades brillantemente enmascaradas de situaciones imposibles”.

Tres Pasos Adelante, Dos Para Atrás

es una guía que le ofrece alternativas prácticas para enfrentarse a los problemas de la vida con fortaleza y convicción. Con su característico estilo sencillo y a la vez profundo, Charles Swindoll nos muestra cómo aprender a manejar los días difíciles y encontrar genuino consuelo en tiempos de pérdida al descubrir cómo . . .

- ▮ hallar la victoria sobre la tentación**
- ▮ vencer el miedo y la ansiedad**
- ▮ aumentar su fortaleza y belleza interior . . .**

por medio de algo que está casi olvidado en nuestra cultura de soluciones instantáneas: la perseverancia.

Tres Pasos Adelante, Dos Para Atrás

le ayudará a permanecer firme cuando se enfrente a los problemas más profundos de su vida. Crecerá espiritualmente y aprenderá a encontrar la ayuda necesaria en los solitarios tiempos de crisis y desesperación. Descubra cómo caminar a través de los reveses y salir de ellos transformado en un cristiano más fuerte.

El propósito de este libro es ayudarlo a perseverar a través de las presiones sin desesperarse ni rendirse.

 **EDITORIAL BETANIA**

ISBN 0-88113-363-9

Charles R. Swindoll

Tres 
PASOS
ADELANTE
 DOS
PARA ATRAS

 EDITORIAL BETANIA

TRES PASOS ADELANTE, DOS PARA ATRAS

Copyright © 1983 por la Editorial Betania
P.O. Box 20132, Minneapolis, MN 55431, E.U.A.

Publicado originalmente en inglés con el título de
THREE STEPS FORWARD, TWO STEPS BACK
Copyright © 1980 por Charles R. Swindoll
Publicado por Thomas Nelson, Inc.
Nashville, TN 37214 E.U.A.

Versión castellana: M. Francisco Liévano R.

ISBN 0-88113-363-9

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial, ya sea
mimeografiada o por otros medios, sin la previa
autorización escrita de la Editorial Betania.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas
bíblicas fueron tomadas de la Versión Reina-Valera,
revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas,

Printed in U.S.A.

Dedicatoria

Con inmenso cariño y aprecio, dedico este volumen a la congregación a la cual he servido como pastor desde 1971, al rebaño del pueblo de Dios que compone la

PRIMERA IGLESIA EVANGELICA LIBRE
DE FULLERTON, CALIFORNIA

*Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros,
siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos
vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer
día hasta ahora.*

Filipenses 1:3-5

Indice

Introducción.....	11
CAPITULO 1. La perseverancia: Una arcaica palabra pertinente.....	15
Expectaciones realistas	
Cuatro conceptos espirituales errados	
¿Que' es la madurez cristiana?	
PRIMERA PARTE	
Presiones externas	
CAPITULO 2. El malentendido: Paralizante aguijón de la humanidad.....	23
Análisis del malentendido	
Ilustración del malentendido	
Cómo comprender el malentendido	
Cómo vencer el malentendido	
CAPITULO 3. La tensión: La tormenta amenazante de la ansiedad	33
Análisis de la tensión	
Unidades de tensión	
Un salmo para los abatidos por las tensiones	
Permanecer firmes	
Mi tensión y la fortaleza de Dios	

CAPITULO 4. Las pérdidas: Solitarios tiempos de crisis.....	45
La pérdida de los seres amados	
La pérdida de las cosas que amamos	
La gran meta de Dios	
La perspectiva correcta	
CAPITULO 5. Las imposibilidades: Ríos de la vida que no se pueden cruzar.....	56
Pasajes bíblicos que hablan de “imposibles”	
Un acontecimiento “imposible”	
Hay que soltar el problema	
Hay que creer lo increíble	
CAPITULO 6. La espera: Persistente prueba de la paciencia.....	.69
Un salmo que estimula la paciencia	
Discernimiento de la paciencia	
El beneficio de la espera	
CAPITULO 7. La tentación: Defecto vulnerable de la debilidad.....	78
¿Pruebas otentaciones? El saber la diferencia	
Hay una respuesta simple	
Cuatro hechos relacionados con la tentación	
Maneras prácticas de manejar las tentaciones	

SEGUNDA PARTE

Asuntos internos

CAPITULO 8. Los errores: Características inevitables de la imperfección.....	97
Errores incitados por el pánico	
Errores “bien intencionados”	
Errores por negligencia	
Errores causados por la desenfrenada curiosidad	
Errores causados por algún punto débil	
Un salmo que sirve de bálsamo al que se ha equivocado	

CAPITULO 9. La inferioridad: La plaga contagiosa de la desconfianza en sí mismo.....	108
Algunas observaciones útiles	
Tres candidatos bíblicos para el complejo de inferioridad	
El punto de vista bíblico	
La belleza del cuerpo	
La utilidad en el cuerpo	
Una receta	
CAPITULO 10. El temor: La feroz garra del pánico.....	125
Hay que entender el temor	
Hay que vencer la intimidación	
Hay que mantener la confianza	
Debemos permanecer equilibrados	
Cómo librarse de la feroz garra del temor	
CAPITULO 11. La ira: La mecha ardiente de la hostilidad.....	136
¿Que' es la ira?	
¡La Biblia lo puede sorprender!	
¿Cuándo se justifica la ira?	
La ira que no se justifica	
La victoria sobre la ira	
CAPITULO 12. La defección: La etapa final de la concesión	153
Un experto en defección	
Declaración del día del juicio	
Cinco marcas indicadoras de la defección	
El antídoto	
Una advertencia final	
Epilogo: Algunas reflexiones finales sobre la perseverancia	166
Notas	169

Introducción

Es duro vivir en este mundo que es como una olla de presión. ¡Realmente duro! Especialmente en nuestra “era de la aspirina”.

Personas como usted y yo nos encontramos sosteniendo peligrosamente cargas pesadas de ansiedad que penden de los muy delgados hilos de la paciencia. Con frecuencia tales hilos se cortan y necesitan reparación. Entre los muchos que sostienen cargas pesadas, la tensión llega a su punto culminante cada pocos días.

La competencia exige un alto nivel de realización. Las demandas de la gente agregan presión. Los temperamentos arden. Los estómagos se revuelven. Las úlceras sangran. Los corazones se quebrantan. Los nervios se ponen de punta. Las mentes se saturan. Algunos se rinden. La mayoría se aferran fuertemente y tratan de arreglárselas.

Como pastor que trabaja en un ministerio con bastante personal, frecuentemente entro en contacto con personas que se hallan en crisis. Hace algún tiempo decidí llevar un registro de las situaciones reales que se me presentaran en un período de 36 horas: asuntos que exigieran el consejo pastoral o dirección de alguna clase.

Lo siguiente fue lo que escribí:

- Una madre y un padre confiaron su adolescente a una guardería siquiátrica local.
- Un familiar de una joven de nuestra iglesia se quitó la vida.
- Un matrimonio de 15 años se disolvió cuando la esposa se fue de la casa. Ahora vive con otro hombre.

- Una joven pareja tuvo su primer hijo. Es mongoloide.
- Una mujer de unos 20 años se siente culpable y confundida a causa de una relación incestuosa que tuvo con su padre hace años.
- Una joven de una universidad cristiana cercana fue violada y apuñalada.
- Un ex pastor está desilusionado. Ha abandonado la fe.
- Una pareja matrimonial de edad mediana no puede comunicarse sino a gritos. La separación parece inevitable.
- Un patrón está amargado a causa de que no puede confiar en su empleado que es cristiano.
- La esposa de un misionero, la cual regresó a los Estados Unidos, ha sufrido un colapso nervioso.
- Unos padres cristianos acaban de descubrir que su hijo practica la homosexualidad.

Y luego, después de una reunión que duró hasta altas horas de la noche, me subí a mi automóvil, ¡y éste no quiso funcionar!

Y esto es sólo una página de mi diario. Hay que multiplicar las crisis de un día por 365. A eso hay que agregar la tensión que producen las finanzas, la inflación, las congestiones del tránsito, la falta de empleo, los embarazos no planificados, los fracasos de los estudiantes, la obesidad, las intervenciones quirúrgicas, la soledad, el alcoholismo, las drogas y la muerte. A esto hay que restar el apoyo de la unidad familiar. Lo que queda hay que dividirlo entre docenas de opiniones diferentes ... y así salimos con una fórmula que tiene los ingredientes de la locura.

Si bloqueamos todas la vías de escape, ya tenemos un enorme barril de pólvora con una espoleta terriblemente corta. Y eso aunque usted sea cristiano . . . ame a Dios intensamente . . . crea en la Biblia ... y genuinamente quiera caminar en obediencia.

Se me ocurrió que alguien necesita enfocar “el otro lado” de la vida cristiana. El cristiano necesita que se le diga que la dificultad y la presión son de esperarse. Si no se le dice por ninguna otra razón, por lo menos hay que decírselo para estar de acuerdo con la realidad. Ninguna cantidad de energía, o de conferencias sobre la vida profunda, o de seminarios super victoriosos nos quitará nuestras luchas humanas. Dios no nos promete una burbuja de protección ni una liberación garantizada de la calamidad. ¡Pregunte eso a individuos como Job, José, Daniel o Pablo!

O si lo prefiere, simplemente lea este libro, el cual danza a un

compás diferente. Esto debo advertírselo. No se dice mucho acerca de las bendiciones repentinas, ni del éxito que viene de la noche a la mañana. Pero se dice mucho acerca de estar firme a través de los días difíciles. Usted llegará a familiarizarse con un antiguo término que casi se ha desvanecido en esta generación bajo las luces brillantes y deslumbrantes de una espiritualidad ostentosa que siempre sonríe y que ve milagros todos los días. Ese término es el vocablo *perseverancia*. No conozco mejor pareja para danzar cuando la pieza que se toca es la de tres pasos adelante y dos para atrás.

Reciba mi especial agradecimiento la señora Helen de Peters por su inapreciable ayuda de secretaria. Ella escribió a máquina varias veces este manuscrito, sin quejarse durante muchas largas noches. Gracias también a Peter Gillquist, de la casa editorial Thomas Nelson, por su espléndido trabajo de editor y por su determinación de encargarse de que este libro fuera impreso.

Muy poco comprendía yo que Dios utilizaría el proceso de escribir este libro para mostrarme, de manera efectiva y directa, en qué consiste la perseverancia. Me siento agradecido por las lecciones que este proyecto me enseñó . . . aunque hubo días en que estuve convencido de que debiera titularlo *¡Un paso adelante y cinco para atrás!*

Charles R. Swindoll
Fullerton, California

1

La perseverancia: Una arcaica palabra pertinente

Yo estaba un poco cansado luego de un vuelo de más de cuatro horas desde Los Angeles a Miami. El avión se acercó a la puerta de desembarque y los motores se apagaron. Suspiré, agarré mi maletín y caminé hacia la terminal.

Vi al hombre que había ido a buscarme; hacía algunos años que lo conocía. Nos sonreímos, nos estrechamos las manos y nos dirigimos hacia el sitio donde se reclama el equipaje. Al mirarlo directamente, le pregunté:

—¿Y cómo está usted?

Su respuesta fue cándida. El vive en una olla de presión administrativa. Como cristiano que participa en el proceso de educación superior, él experimenta el mundo real en dosis grandes y diarias. Así que no me sorprendí cuando me respondió:

—¿Que cómo estoy? ¡Creciendo espiritualmente y aprendiendo! —luego, rápidamente agregó—: Yo solía decir: “¡Magnífico. . . fantástico!” cada vez que alguien me preguntaba eso. Es decir, daba la respuesta superpositiva, para dar a entender que todo marchaba tremendamente bien. Ya no hago eso, Charles. Estoy creciendo espiritualmente y aprendiendo, pero francamente, no siempre estoy en la cumbre. ¡No siempre todo es *magnífico!*

EXPECTACIONES REALISTAS

Creciendo espiritualmente y aprendiendo. En pocas palabras, ésta es la vida cristiana, ¿no es verdad? Me parece que para la mayoría de nosotros, los de la familia de Dios, hay más días para crecer espiritualmente y aprender que días magníficos y fantásticos. Esto debemos admitirlo. Y eso no es nada de lo cual debemos avergonzarnos. Crecer y aprender son experiencias saludables y normales. Las dos están relacionadas con un proceso ... ¡y ese proceso es algunas veces doloroso, a menudo lento y en ocasiones completamente horrible! Es como dar tres pasos adelante y dos para atrás.

No me entienda mal. Aun así, Jesús es el Señor. Aun así, Dios es bueno. Aun así, la victoria es nuestra. Sin embargo, la vida es dura. No es un parque de diversiones. Ni un jardín de rosas. Ni es una nube artificial deleitosa llena de fuegos artificiales retumbantes y grandes realizaciones. Ni es una vida de milagros diarios que hace que nuestros talonarios de cheques queden balanceados y recarga nuestras baterías descargadas. Tales expectativas no son realistas. Más bien son antibíblicas.

Leamos lo que dice el apóstol Pablo:

. . . estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos (2 Corintios 4:8, 9).

Ahora bien, *eso* es la vida cristiana. Y precisamente de eso trata este libro. La perseverancia *a través* de las aflicciones, de los aprietos, de los golpes de la vida ... sin desesperar ni rendirnos.

Usted también debe saber que recientemente me escapé de las exageradas frases gastadas relacionadas con la “vida abundante”. Este *no* es el libro típico que trata acerca de reír siempre y alabar al Señor. Pero *estoy* genuinamente emocionado al explicarle la manera como Jesucristo permanecerá con usted cuando se equivoca, o se siente profundamente adolorido o mal entendido y quiere rendirse.

Como ve, yo opino que la abundancia del Señor cubre las bajas marejadas de nuestras vidas en la misma forma que cubre los momentos brillantes y bellos del gozo extático. En efecto, cuando todo se desmorona y comenzamos a sentirnos inseguros es cuando el Señor penetra por la puerta de atrás y nos da estabilidad.

CUATRO CONCEPTOS ESPIRITUALES ERRADOS

Antes de entrar de lleno en nuestro estudio acerca de la espiri-

tualidad verdaderamente alcanzable, aclaremos lo que *no* es la vida cristiana. Hay cuatro conceptos errados más bien comunes con respecto a la espiritualidad y a la madurez cristiana que simplemente no tienen validez. Advertencia: Estos pueden llegarle como una sorpresa, incluso pueden causarle conmoción. Así que esté pendiente.

Primer error: *Por el hecho de que usted es cristiano, todos sus problemas están resueltos.* Le hacemos un servicio muy malo al inconverso cuando le decimos: “Acuda a Cristo, y todos sus problemas se habrán acabado”. La Biblia *nunca* dice eso. Ella promete que seremos nuevas criaturas; nos asegura que tendremos un destino cierto; pero no nos garantiza que, tan pronto como Cristo entra en la vida de una persona, ésta se deslizará sin contratiempos. ¡De hecho, en algunos casos los problemas aumentan y el camino se hace más duro!

Segundo error: *Para todos los problemas que vaya a enfrentar hay solución en la Biblia.* No la hay. Es muy imprudente hacer declaraciones amplias y generales en aspectos acerca de los cuales no hablan las Escrituras. Hay muchas ocasiones en que no hallamos una respuesta explícita en la Biblia para nuestro problema particular. En tales ocasiones nos vemos obligados a andar por fe, confiando que el Señor nos indicará el siguiente paso que debemos dar. La Biblia simplemente no ofrece una respuesta específica para todos los problemas de la vida.

Tercer error: *Si tiene problemas, no es espiritual.* ¿No es una vergüenza que esta idea se comunique en muchos lugares hoy? ¡El hecho de tener un problema simplemente prueba que usted es humano! Todos tenemos problemas, y usted no carece de espiritualidad por el hecho de que esté luchando con un dilema. En efecto, algunos de los hombres y mujeres más espirituales que jamás haya conocido yo, han luchado con algunos de los más profundos problemas de la vida.

Pensemos en Job y en su sufrimiento. El no tuvo una respuesta. El no entendió el porqué. Sus consejeros, con sus declaraciones severas y temerarias, fueron vulgarmente falaces; ellos tampoco sabían la respuesta. Aunque Job era espiritual, él tenía enormes problemas.

Cuarto error: *El hecho de estar recibiendo sana doctrina bíblica automáticamente resuelve los problemas.* La enseñanza bíblica sola no dará como resultado la solución instantánea de los problemas. No importa cuán confiable sea la enseñanza ni cuán dotado sea el

maestro, la declaración de la verdad no ofrece la remoción de las dificultades.

Pensemos en las Escrituras como un mapa absolutamente exacto. Un mapa nos dice cómo llegar a cierto destino. Pero el solo hecho de examinar el mapa no nos transportará automáticamente a Arizona, a Inglaterra o al Perú. Para llegar a esos lugares, usted tiene que hacer el esfuerzo . . . pagar el costo . . . apartar el tiempo para viajar . . . seguir el viaje hasta llegar.

Así es en la vida cristiana. El mapa de Dios es confiable y está a la disposición. También es claro y directo. Pero en sus páginas no hay fórmulas mágicas que automáticamente despachen a sus lectores por la vía de la alfombra mágica.

¿QUE ES LA MADUREZ CRISTIANA?

Cualquiera que tenga una familia con hijos tiene una ilustración inherente sobre la madurez. En la familia Swindoll hay cuatro muchachos: un varón en cada extremo, y las dos chicas en el centro. Cada uno tiene una personalidad distinta, un conjunto único de características que es el que hace que una persona sea un individuo.

Pero hay algo igualmente cierto con respecto a los cuatro: están creciendo rápidamente. Están madurando. Están llegando a ser cada vez más responsables y aprendiendo a manejarse correctamente en todas las situaciones. Cuando Cynthia, mi esposa, y yo observamos su creciente madurez, nos deleitamos. Es un regocijo ver la madurez.

Así ocurre en la familia de Dios. Nacemos en esa familia por la fe en el Señor Jesucristo. Al principio, como nenes espirituales, somos frágiles, irresponsables, infantes que tomamos leche, que carecemos de discernimiento y fortaleza. Pero a medida que el tiempo pasa, debemos comenzar a crecer espiritualmente. A nuestro Padre le agrada observar nuestra madurez. El ve nuestra elasticidad, nuestra responsabilidad, nuestra dieta aumentada, el crecimiento de nuestro discernimiento, nuestra sensibilidad a él y nuestra fortaleza. Esto lo deleita a él.

El tema de Hebreos 5:11-14 es la madurez, y la falta de ella. En el versículo 11, que habla de un antiguo sacerdote, leemos:

Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír.

No era que los hebreos no habían oído, sino que no habían obe-

decido. Habían oído sonidos, pero de tanto oírlos se habían endurecido, se habían vuelto tardos para oír. A continuación leemos:

Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal (Hebreos 5:12-14).

¿Cuál es una señal de madurez? Practicar lo que uno oye. Por medio de la práctica, se hace maduro. Como ve, una cosa es *envejecer* en el Señor, y otra cosa es *crecer* en el Señor.

Hay muchas personas que andan de iglesia en iglesia, de conferencia bíblica en conferencia bíblica, llenando libreta tras libreta, gastando Biblia tras Biblia; y son aún las personas más irritables, descontentas, más irresponsables que pueda conocer. ¿Por qué? Porque no practican las cosas que oyen.

Esta es la fuerte amonestación de toda la Epístola de Santiago. Yo llamo a Santiago “el hombre de los hechos” del Nuevo Testamento. ¡El quiere que pongamos en práctica lo que dice creer, haciéndolo! La persona madura es la que practica de manera regular y constante lo que oye y acepta. El simple hecho de recibir enseñanza bíblica no solucionará los problemas.

La madurez es un proceso que a mí me gusta llamar “osmosis espiritual”. Oímos y absorbemos la verdad bíblica, y luego, permitimos que esa verdad penetre en nuestras vidas internas profundamente hasta donde se forman las actitudes y se hacen las decisiones. Luego, cuando surjan circunstancias que exijan una respuesta sobrenatural, el Espíritu Santo que mora en nosotros tiene suficiente munición para darnos estabilidad y poder para que les hagamos frente. Esto obra en toda clase de experiencias difíciles.

Cuando lleguen las irritaciones, obedezca a Dios y, al hacerles frente, ponga en práctica su Palabra. Cuando lleguen las tentaciones, aplique los principios bíblicos que le ayudan a hacerles frente de manera victoriosa. Cuando surjan los pecados de la carne, aplique las verdades que se le han enseñado. Mediante la experiencia de toda esta aplicación, llegará a ser sabio y más maduro.

Una persona estaría loca si, al oír que el médico le diagnostica que su enfermedad es un tumor que le está creciendo rápidamente, piensa que por el solo hecho de que *habló* con el médico, el tumor va

a desaparecer repentinamente. No, tal persona tendrá que someterse a una intervención quirúrgica. De igual modo, el solo hecho de estar recibiendo la verdad no hará que seamos más maduros. Eso solo, sin aplicación, no solucionará ni *un* problema.

Por favor, no me entienda mal. ¡Yo amo la Palabra de Dios! Ahora más que nunca estoy convencido de que sus verdades dignas de confianza son de inestimable valor. Pero aunque la Biblia sea un libro confiable, ciertamente no es una poción mágica con la cual puede friccionarse tres veces al día para hacer huir al diablo. Tampoco es algo que usted acepta internamente de manera piadosa, haciéndole una promesa a Dios, con la esperanza de que a la mañana siguiente sabrá de repente todas sus verdades y las experimentará.

En esta tierra no hay mucha “madurez instantánea” que esté a la disposición. Dios no ofrece una fórmula que produzca cristianos completamente maduros de la noche a la mañana. El crecimiento cristiano se produce a través de la absoluta y valerosa perseverancia (¡una palabra olvidada!) de aplicar lo que uno oye y obedecerlo . . . y aprender de ese modo a manejar esos problemas inevitables.

Mi amigo de Miami tiene toda la razón. Hay un extraordinario número de días en que crecemos espiritualmente y aprendemos en comparación con los días magníficos y fantásticos.

En este libro, voy a aislar situaciones específicas a las cuales nos enfrentamos todos casi a diario, o por lo menos semanalmente, y enfocarlas desde un punto de vista bíblico y agresivo. Entienda, por favor, que no estamos tratando de evadir nuestros problemas; más bien nos estamos equipando para confrontar nuestras derrotas, *meternos en ellas, pasar a través de ellas, y salir de ellas* más fuertes en Cristo. Este libro está lleno de ingredientes reales del mundo. Le proveerá alguna información útil que mezcla la realidad no escondida y de fondo con una espiritualidad comprensible y alcanzable. En pocas palabras, éste es un libro que está dedicado a ayudarle a perseverar a través de las presiones.

PRIMERA PARTE

Presiones
Externas

2

El malentendido: Paralizante aguijón de la humanidad

En la vida son pocas las cosas que son más difíciles de soportar que el hecho de ser mal comprendido. Algunas veces esto es absolutamente insoportable.

Cuando usted es mal comprendido, no tiene defensa. ¿Ha notado que cuando eso sucede, no importa cuánto se esfuerce para corregir el malentendido, por lo general se empeora el asunto? Usted sale completamente preparado, dispuesto a “poner las cosas en orden”, ¡y lo único que hace es hundirse más! Cuanto más se esfuerce usted tanto más empeora el asunto y tanto más le duele. Su aguijón puede ser paralizante.

Un íntimo amigo mío tiene un conocido en Tejas que es un joven abogado. El es miembro de un amplio bufete jurídico cuyo jefe, que es de tipo más bien tradicional, se deleita en celebrar una clase especial de rito el día de Acción de Gracias todos los años. Este joven participa todos los años en el rito por el hecho de que tal ceremonia significa mucho para su jefe.

Sobre la mesa de nogal de la sala de sesiones, este jefe coloca una fila de pavos ya listos para llevar y preparar, uno para cada uno de

los miembros del bufete. Y esto no es para que cada uno se lleve el suyo si lo quiere, o si no lo quiere, lo deje. Los miembros tienen que pasar por un verdadero protocolo de participación.

Cada hombre se coloca detrás de la mesa y pone los ojos en su pavo. Cuando le llega el turno, se adelanta, toma su pavo y anuncia que está muy satisfecho de trabajar para esa firma, y que agradece mucho el hecho de haber recibido el ave para el día de Acción de Gracias.

El joven abogado de quien estamos hablando es soltero, vive solo y no puede utilizar en absoluto un ave tan grande. No tiene ni la menor idea sobre cómo aderezarla, y aun si pudiera prepararla adecuadamente, él no podría utilizar toda esa carne. Pero como se espera que participe, él recibe su pavo todos los años.

Un año, sus amigos íntimos del bufete reemplazaron el pavo verdadero por uno de papel. Para que tuviera apariencia de genuino, le colocaron plomo adentro, le pusieron un pescuezo real de pavo y una cola. Pero era un ave completamente falsa.

El viernes precedente al día de Acción de Gracias se reunieron todos en la sala de sesiones. Cuando le llegó el turno al joven abogado, se acercó a la mesa, levantó su gran ave y expresó la gratitud por el trabajo y por el pavo.

Posteriormente, esa misma tarde, se subió a un autobús y se marchó a casa. Mientras llevaba el pavo en su regazo se preguntaba qué podría hacer con él. Más adelante se subió al autobús un hombre que tenía una apariencia bastante agotada y desanimada. El único puesto libre que encontró este hombre fue el que estaba junto a nuestro joven abogado.

Se sentó, y los dos comenzaron a hablar acerca del feriado. El abogado supo que el hombre había estado todo el día buscando empleo y no había logrado nada, que tenía una familia grande y que se estaba preguntando qué haría él para el día de Acción de Gracias.

Al abogado le fulguró una brillante idea: “Me llegó el día de hacer una obra buena. ¡Le daré mi pavo!”

Luego se le vino otro pensamiento. “Este hombre no vive a costa ajena. El no es un vago. Si se lo *regalo*, probablemente heriría su orgullo. Se lo *venderé*”.

Así que le preguntó al hombre:

—¿Cuánto dinero tiene usted?

—Sólo un par de dólares y unos pocos centavos —contestó el hombre.

—Me gustaría venderle este pavo —le dijo el abogado, mientras le colocaba el ave sobre las rodillas.

—Vendido.

El hombre sacó los dos dólares y las monedas que tenía. Se conmovió tanto que se le salieron las lágrimas al pensar en que su familia comería pavo el día de Acción de Gracias. Se bajó del autobús y se despidió del abogado con el acostumbrado movimiento de las manos.

—Que Dios lo bendiga. Que se divierta mucho el día de Acción de Gracias. Nunca lo olvidaré.

Cuando el autobús abandonó el sitio de parada, los dos hombres sonreían.

¿Puede usted imaginarse lo que sucedió cuando este hombre llegó a su hogar? Nos imaginamos que al entrar en la casa anunció: “¡Muchachos, hoy sí que conocí a un hombre sumamente amable! Vengan y vean lo que traje”.

Estoy seguro de que el hombre descargó el paquete en la mesa de la cocina y comenzó a desenvolverlo. ¡Y halló que sólo era un globo de papel que tenía pesas de plomo, y se le habían agregado un pesquezo y una cola reales!

El lunes siguiente regresó el abogado a su trabajo. Sus amigos tenían un deseo ardiente de saber lo que había ocurrido con el pavo. Puede imaginarse la mortificación que tuvieron cuando oyeron lo que había ocurrido. Por lo que me dijo mi amigo, entiendo que todos ellos se subieron al autobús todos los días de la semana, buscando al hombre que compró el pavo falso, pero en vano, pues hasta hoy, según lo que sé, alberga el malentendido con respecto al hombre que inocentemente le vendió un poco de papel con apariencia de pavo por un par de dólares y unos pocos centavos.

¡Eso es lo que se llama un malentendido!

ANALISIS DEL MALENTENDIDO

Creo que no hay ninguna persona de las que leen este libro que necesita que se le amplíe tan horrible sentimiento. Todos hemos tenido esta clase de experiencia en algún grado. Cuando uno se detiene a analizarla, descubre que el malentendido envuelve dos pasos. En primer lugar, un acto o una palabra, o algo que uno da a entender de manera inocente produce un mal entendimiento. Lo que hace que esto sea doloroso es que uno *inocentemente* dice, o

hace, o da a entender algo que es erróneamente interpretado. En segundo lugar, como resultado, se crea una ofensa.

No hace mucho tiempo, mi esposa y yo fuimos mal comprendidos por un comerciante en nuestra ciudad. Salimos a comprar una nueva lavadora de platos, hallamos una que pensamos que nos gustaba, y dijimos que queríamos pensar en la posibilidad de comprarla. El comerciante convino en tener en su poder nuestro cheque mientras pensábamos el asunto y decidíamos.

—Eso está bien. No hay ninguna obligación, ningún problema —nos dijo. Nosotros le creímos.

Ocurrió que nosotros cambiamos nuestra manera de pensar, lo cual es una prerrogativa del cliente (¡pensamos nosotros!). Así que regresamos a la tienda y le dijimos al comerciante:

—Hemos cambiado nuestros planes, y nos gustaría que nos devolviera nuestro cheque.

Bueno, él me dijo con toda franqueza lo que pensaba del asunto. Maldijo y rompió el cheque hasta hacerlo trizas, las cuales regó por el piso. Al recordar que yo era un pastor, comenzó a vociferar a gritos lo que yo, como predicador, estaba haciendo al decirle a él cómo debía manejar su negocio.

¡El me entendió mal!

Y no importó cuánto me esforcé, ni hubiera importado cuánto le hubiera contestado a gritos (lo cual no hice, aunque seriamente pensé si debía hacerlo), aún seguía el malentendido.

Ahora bien, esta clase de problema ocurre siempre, aun a los cristianos. Usted experimenta en su pequeño mundo cierta medida de lo que pudiéramos llamar persecución. Y la persecución pudiera venir a causa de algo inocente: un acto, una palabra o haber dado a entender algo. Claro que con eso usted no quiso decir nada, pero fue mal interpretado, y se creó una ofensa.

No estamos solos en esto. Tal vez le sirva de consuelo saber que éste ha sido siempre el procedimiento normal que opera en el pueblo de Dios. Es parte del proceso de crecimiento. Usted no crece plena y completamente sin que algunas veces sea mal comprendido.

ILUSTRACION DEL MALENTENDIDO

Permítame presentarle a un hombre de la Biblia que fue mal entendido. David terminaba de matar al gigante Goliat. Samuel ya lo había ungido y había anunciado a la familia de Isaí que el menor

iba a ser el rey. Pero aprender a ser rey incluía aprender a soportar el ser mal comprendido.

Saúl, que a la sazón era el rey, era un hombre muy amenazante e inseguro. Si usted hubiera trabajado para un hombre como Saúl, entendería el problema al que se enfrentaba David. La más leve irritación le creaba un enorme sentido de inseguridad.

David había matado al gigante y regresaba con Saúl de la guerra contra los filisteos. Al entrar en la ciudad, las mujeres que se habían reunido entonaron un canto que habían escrito en honor a la victoria.

Aconteció que cuando volvían ellos, cuando David volvió de matar al filisteo, salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel cantando y danzando, para recibir al rey Saúl, con panderos, con cánticos de alegría y con instrumentos de música. Y cantaban las mujeres que danzaban, y decían: Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles (1 Samuel 18:6, 7).

¡Ah, claro! Lo que molestó a Saúl no era sólo los nueve mil de deferencia, sino el hecho de que David estaba recibiendo la gloria que el quería. Y Saúl entendió mal a aquel “joven títere” que incontinentemente había matado al gigante, simplemente en cumplimiento de un servicio al Señor. Saúl pensó: “Este David me quiere quitar mi trabajo”.

Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho, y dijo: A David dieron diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino (1 Samuel 18:8).

¡Notemos la exageración! David no estaba buscando el reino. El simplemente se levantó una mañana y mató al gigante. Eso no sucede todos los días. Y después de matar al gigante, él fue fiel a Saúl; en efecto, llegó a ser su músico personal. El no quería tomar el trono para sí; ésa fue una designación de Dios. Pero Saúl, al ver, no sólo el valor de David, sino su popularidad, lo entendió mal. “Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David” (1 Samuel 18:9).

Un acto inocente y valiente fue interpretado incorrectamente de tal modo que Saúl, en lo profundo de su ser, estaba convencido de que David había salido a arrebatarle el trono.

COMO COMPRENDER EL MALENTENDIDO

La mayor parte de los eruditos del Antiguo Testamento creen que el Salmo 140 fue escrito por David como resultado de los hechos

que acabamos de comentar. Usted comprenderá al leer el salmo que David estaba huyendo. Tenía que hacerlo. Estaba siendo perseguido por el demente Saúl. Ser mal entendido es siempre algo desagradable, ¡pero era una desdicha ser mal entendido por Saúl!

Hay cierto sentido en que podemos acercarnos a una comprensión de la manera cómo funcionan los malentendidos, cómo avanzan. Porque en el Salmo 140 vemos un *patrón de desarrollo* que nos puede dar cierta sabiduría que necesitamos mucho para apoyarnos en ella la próxima vez que seamos mal comprendidos.

Ante todo, hay *un sentido de vulnerabilidad*. Notemos lo que dice el versículo 1: “Líbrame, oh Jehová”; y luego “guárdame”. En el versículo 4 repite: “Guárdame”. Son palabras de una persona vulnerable. Cuando hablo de vulnerable, me refiero a que no tiene defensa ni protección. La vulnerabilidad es la primera expresión de esta desdicha. El hecho de ser uno mal entendido invariablemente lo toma desprevenido; cae inadvertidamente.

Luego viene el segundo paso: *la exageración*. Recordemos que Saúl, cuando oyó el canto de las mujeres, dijo: “A David dieron diez miles, ... no le falta más que el reino”. Cuando las personas lo comprenden mal, agregan al malentendido la exageración que se ha formado en sus mentes. Sus imaginaciones crecen salvajemente. ¿Recuerda lo que antes conté acerca del comerciante que me entendió mal?

Miremos cómo la exageración afectó a los enemigos de David: Ellos maquinaron males: “Los cuales maquinan males en el corazón, cada día urden contiendas” (Salmo 140:2). ¿No es eso algo vivido?

Cuando usted es objeto de un malentendido, puede ver cómo la persona comienza sólo de manera leve, pero gradualmente va creciendo el malentendido hasta el punto de creer todas las mentiras que se digan de usted.

Pensemos en un marido celoso que momentáneamente alberga el siguiente pensamiento acerca de su mujer: “No estoy convencido de poder confiar en ella”. Tal vez ella dijo que llegaría a la casa a cierta hora. Cuando llega, hora y media después, el marido le pregunta: “¿Dónde estabas tú?” Ella le da una explicación objetiva de los motivos legítimos por los cuales se demoró. El no queda convencido de que puede creer en lo que ella dice. Está sospechoso. Eso aviva su imaginación, y comienza a sondearla aún más con preguntas increíbles, salvajes e impertinentes.

Tal vez usted no lo crea, pero conozco un caso en que se dio exactamente esa situación. El día siguiente, el hombre comenzó a controlar el odómetro del automóvil para saber hasta qué distancia había ido ella conduciéndolo. Anotó el número de kilómetros que marcaba el odómetro por la mañana, y cuando regresó a la casa lo volvió a revisar. Ella había manejado, digamos, una distancia de unos 10 kilómetros. Entró en la casa y habló:

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás?

—Bien —respondió ella.

—¿A dónde fuiste hoy? —le preguntó.

—Fui a la tienda —contestó ella.

—¿A cuál fuiste?

—Al supermercado.

—Al supermercado, ¿ah? ¿Y a qué *otro* lugar fuiste?

—A ninguna otra parte.

—¡Claro que sí, fuiste a otro lugar! De aquí al supermercado no hay sino 3,3 kilómetros, y el odómetro marca

¿Qué estaba haciendo él? Estaba imaginándose lo que había ocurrido a través del malentendido. Nuestras mentes caídas son así. Y cuando decidimos entender mal, avivamos el fuego de la exageración. Y si alguna vez usted ha sido mal entendido, ya sabe de qué estoy hablando. A medida que el tiempo pasa, el asunto va empeorando, en vez de mejorar. Eso es parte del aguijón que se sufre al ser mal entendido.

El tercer paso está en Salmo 140:3: “Aguzaron su lengua como la serpiente; veneno de áspid hay debajo de sus labios”. Las personas no sólo albergan el malentendido en sus corazones sino que lo comparten y *lo dicen en alta voz*. Lo recalcan en la mente de alguna otra persona, quien ahora dice: “¡Ah! Nunca supe eso. Bueno, realmente tienen sentido. ¿Y sabes qué otra cosa oí?” Y simplemente para hacer el asunto un poco más jugoso, le agregan un poquito aquí, le agregan un trocito allá para hacer que el relato apetezca de verdad. Y al poco tiempo, ya aman lo que están diciendo.

Entretanto, usted está solo en casa. No está orando; está pensando: “Oh Señor, ¿qué otra cosa está diciendo?” Mientras tanto, se va mordiendo las uñas hasta los nudillos.

Ahora usted entiende por qué Santiago dice que la lengua es un órgano que puede controlarnos. David dijo: “Veneno de áspid hay debajo de sus labios”.

Recientemente oí que de las lenguas de los seres vivos, nin-

guna se mueve más rápido que la de las serpientes. Algunas veces se dice que son de “lengua triple”, por el hecho de que mueven tan rápidamente la lengua que parece que tuvieran tres. David sabía de qué estaba hablando.

Escúcheme: El único músculo que usted necesita para quebrantar la dignidad de otra persona es uno que está escondido dentro de su boca. Puede destruir una vida con su lengua.

Leí de un caso en que una mujer que se suicidó dejó una nota que simplemente decía: “Ellos dijeron . . .”. Nunca terminó. “Ellos dijeron” algo que la mató.

COMO VENCER EL MALENTENDIDO

Usted dirá: “¿Qué puedo hacer yo cuando sucede esta clase de cosas? David hizo lo siguiente: “He dicho a Jehová: Dios mío eres tú” (Salmo 140:6). Note que él *dijo* esto al Señor. Sugiero que no se conforme con pensarlo, sino que lo *diga*. Tenemos que expresar con palabras nuestra lealtad al Dios viviente. Hay ocasiones en que le digo al Señor directamente en alta voz: “Señor, tú eres mío. Cuento contigo ahora mismo”. Eso fue precisamente lo que hizo David.

Recuerdo que en mi etapa de crecimiento, yo tenía un intenso deseo de llegar a ser jugador de fútbol profesional. ¡Y tenía planes específicos para tener un cuerpo grande! Ahora bien, yo crecí bastante, pero no lo que había esperado. Yo había fantaseado que llegaría a ser el mejor jugador de la defensa de un excelente equipo de fútbol. Me imaginaba a Dios revoloteando en el aire sobre mí. Luego, cuando el Señor necesitara a alguien para que persiguiera a alguno de los malos, él me diría: “¡Oye, te encargo ese tipo! ¡Búscalo!” Y yo lo haría.

Pero cuando crecí realmente, comprendí que nunca tendría esa clase de tamaño físico ni esa fuerza; así que aprendí a permitir que Dios librara algunas de mis batallas. Las técnicas son decididamente diferentes. Ahora, hay ocasiones en que digo: “Señor, hazte cargo de aquella persona. No puedo pelear con ella. Es más hábil que yo. Tiene más tiempo librando peleas. Además, estoy agotado. Hazlo tú”.

Y, como usted sabe, ¡él lo hace! Yo lo he visto librando la batalla. Es como ver a un gran gigante peleando contra un enano. Es como si, cuando nos rodean nuestros enemigos, tuviéramos el derecho de decirles: “¡Cuidado, o de otro modo le digo a Dios que les

caiga encima!” De hecho, precisamente antes del milagro del mar Rojo, después de aquel dramático escape de la ira de Faraón, el general Moisés animó a su pueblo diciéndole: “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (Exodo 14:14).

Y David escribió:

No concedas, oh Jehová, al impío sus deseos; no saques adelante su pensamiento, para que no se ensoberbezca (Salmo 140:8).

Y si eso no fuera suficiente, veamos cómo David invitó al Señor a acabar con sus enemigos:

En cuanto a los que por todas partes me rodean, la maldad de sus propios labios cubrirá su cabeza. Caerán sobre ellos brasas; serán echados en el fuego, en abismos profundos de donde no salgan (Salmo 140:9,10).

Como si dijéramos: “Señor, pon los en los abismos”. ¡Es sorprendente lo que hallamos en la Biblia!

Permítame decirle que la persona que coexiste con el malentendido y la amargura es desdichada. Estos enemigos lo perseguirán a usted, pisándole los talones. Pero cuando entrega la situación a Dios y le dice: “Señor, soy indefenso. Soy mal entendido. Tengo la razón, pero nunca me lo creerían. Encárgate tú”, Dios realizará las hazañas más increíbles y glorificará su nombre en su vida. ¡Esa es su especialidad!

Nosotros *crecemos* espiritualmente a través de los malentendidos. Por medio del malentendido llegamos a ver al Señor como nuestro Defensor. Usted puede acostarse tranquilo por las noches al saber que, aunque la lengua de su acusador puede estarse moviendo, Dios tiene a su cargo la situación.

¿En el instituto donde estudia hay algún “amigo” que le está causando dolor? ¡Dígaselo a Dios! ¿En el trabajo hay algún individuo que no puede manejar, no importa lo que usted haga? Escúcheme: Esa es la razón por la cual tiene un Salvador y un Libertador. Usted nació en la familia de Dios; así que no se contente en vivir como un huérfano. Cuando alguien lo entienda mal, aprenda a llevarle al Señor ese malentendido.

El verano pasado, mi esposa y yo pasamos por una de las etapas más dolorosas de nuestras vidas. Desarmados e indefensos, experimentamos en forma directa y amarga ese doloroso y familiar aguijón paralizante de la humanidad. Habíamos hecho lo recto, pero fuimos mal entendidos y, por tanto, calumniados. La injusta crítica

aumentó el dolor y, con lágrimas, nos llevó a ponernos de rodillas. Recuerdo una declaración que una vez hizo C. S. Lewis:

Dios nos susurra en los placeres, nos habla en la conciencia, pero nos grita en nuestros dolores: es su megáfono para despertar a un mundo sordo.¹

Créame, ¡el Señor logró que le prestáramos una atención no dividida! Agobiados y heridos, lo único que podíamos hacer era esperar.

Aunque ya desapareció la inflamación de ese agujijón, el recuerdo no se ha esfumado. *Nunca* olvidaremos esas angustiosas semanas. Pero ahora, cuando ya han pasado, algo muy bello ha surgido en nuestras vidas. Ahora somos mucho más sensibles a los problemas de otros, nos preocupamos mucho más por colocarnos en el lugar del otro.

En Tejas hay un abogado que daría cualquier cosa para convencer a una familia en especial de que él no es un estafador. Pero ¡ay! eso probablemente nunca ocurrirá. En el caso de algunos, la inflamación nunca parece ceder.

3

La tensión: La tormenta amenazante de la ansiedad

Uno de mis libros favoritos para los niños, en todos los tiempos, se titula *Alexander and the Terrible, Horrible, No Good, Very Bad Day* (Alejandro y el día terrible, horrible, nada bueno y muy malo). Este muchachito llamado Alejandro, quien probablemente no tiene más de unos siete u ocho años de edad, tiene “uno de aquellos días”, es decir, un día en que *nada le sale bien*. Tiene desilusiones y tragedias consecutivas que usted no se puede imaginar. Continuamente está deprimido. El muchachito no puede ganar, sino perder.

Tomemos por ejemplo el momento en que despierta por la mañana:

Me acosté mascando chicle, y ahora tengo chicle en el cabello, y cuando me levanté esta mañana, tropecé sobre la patineta y por equivocación dejé caer mi suéter en el lavabo mientras el agua caía, y entonces sabía que iba a ser un día terrible, horrible, nada bueno y muy malo.¹

Después de un día terrible en la escuela, de una visita horrible al odontólogo y una parada no buena en la zapatería, Alejandro se desploma en su silla del comedor para participar en la cena. Sus dificultades continúan:

Para la comida había frijoles, y yo odio los frijoles. En la televisión había un programa donde la gente se besaba, y yo odio los besos. El agua del baño estaba demasiado caliente, y se me metió un poco de jabón en los ojos; una bolita o canica se me fue por el

lavabo. Tuve que usar un pijama que a mí no me gusta. Cuando me acosté, Nicolás se había llevado la almohada que él había dicho que yo podía usar, y la luz de Mickey Mouse que uso por la noche se quemó. Además, me mordí la lengua.

El gato quiere dormir con Antonio, y no conmigo.

Ha sido un día terrible, horrible, nada bueno y muy malo.²

No nos parece nada raro que nuestro amiguito suspire al terminar un día como ése y diga: “Creo que mejor me mudaré a Australia”.

Días como ése me impulsaron a escribir un capítulo como éste. Son días que crean tensión. Llegan a ser opresivos, molestos, intensos. Utilizaré la palabra *tensión* en este capítulo. Todos conocemos bien esta palabra.

ANALISIS DE LA TENSION

Los humanos somos criaturas extrañas. Cuando nos perdemos del camino, andamos más rápido. En vez de hacer una pausa para reagruparnos, vamos de lugar en lugar. Hay tres palabras que describen nuestros tiempos: prisa, preocupación y sepultura.

En esta carrera que se llama vida, cuando se nos imponen las demandas apremiantes del tiempo, necesitamos detenernos para orientarnos. Necesitamos descubrir que el Señor es Dios. El será exaltado; él está con nosotros; él es nuestra fortaleza.

¿Recuerda usted cómo, mientras crecía, su mamá tenía una pared de la casa especialmente arreglada con marcas de lápiz, donde a medida que usted crecía año tras año, ella marcaba la altura hasta la cual usted llegaba? En nuestro hogar tenemos tal pared. (De hecho, ¡se nos están acabando las maneras de saber a cuál muchacho pertenece tal o cual marca!) Es interesante ver cómo nuestros hijos pasan algunas veces por ciertos crecimientos repentinos.

En algunas ocasiones siento algo de culpa cuando, al regresar de un viaje, uno de mis hijos más pequeños me pregunta: “Papá, ¿cuánto creciste mientras estuviste ausente?” Claro que ellos no tienen en mente el crecimiento espiritual, pero a menudo yo pienso en el crecimiento con ese sentido. Lo que ellos quieren saber es si yo continúo creciendo. “¿Cuándo se detiene el crecimiento?”

Dios utiliza un número infinito de medios en el proceso de ayudarnos a crecer. No conozco ningún medio que nos haga crecer *ins-*

tantáneamente. Nunca he conocido a nadie que haya madurado instantáneamente. Es un proceso doloroso por el cual Dios nos hace pasar, e incluye hechos como esperar, fallar, perder y ser mal entendidos: cada uno de los cuales exige una dosis especial de perseverancia. En el propio crecimiento espiritual de usted, ¿dónde están las marcas sobre la pared de su vida? ¿Qué crecimiento ha tenido en relación con el año pasado? ¿En relación con la década pasada?

UNIDADES DE TENSION

El doctor Thomas H. Holmes y sus colegas de la Universidad de Washington han hecho una considerable investigación en el área de la tensión humana. Ellos midieron la tensión en “unidades de cambio de vida”. En la escala de ellos, la muerte del cónyuge equivalió a 100 unidades de cambio de vida. El divorcio equivalió a 73 unidades. El embarazo, a 40, la remodelación de la casa, a 25 ... y la agitación por las fiestas navideñas llegó a 12 unidades (¡lo cual no es sorprendente!).³

Ellos llegaron a la conclusión de que, desde el punto de vista estrictamente humano, ninguna persona puede manejar con su propia fuerza 300 unidades o más de cambio de vida en un período de 12 meses, sin que sufra física o emocionalmente en el transcurso de los siguientes dos años.

Constantemente, nos enfrentamos a situaciones que producen tensión: la muerte de un amigo, un divorcio dentro de la familia, la pérdida del empleo, la angustia producida por la enfermedad de algún hijo, la noticia de algún médico en el sentido de que hay algo “dudoso” en la radiografía.

No hace mucho recibí una carta de un amigo íntimo. Me causó impacto el leer las palabras que estaban escritas con una mano temblorosa. Cierta tensión había afectado todo el estilo de vida de la familia. La esposa de mi amigo había ido a una consulta médica para hacerse los exámenes generales anuales. Durante el examen, el médico había descubierto una masa de tejido inexplicable en el pecho. Había llegado hasta la zona de la linfa, y había mucha posibilidad de que fuera un tumor maligno.

Mi amigo siempre ha tenido éxito en su trabajo como contador público para una compañía de contabilidad internacional, con un magnífico salario y una excelente foja de servicios. En los estudios

universitarios siempre sacó calificaciones excelentes, y de allí salió directamente a los negocios. Ellos constituyen una familia cristiana maravillosa. Pero de repente ¡pum! El factor tensión se remontó.

UN SALMO PARA LOS ABATIDOS POR LAS TENSIONES

El Salmo 46 se produjo en el contexto de una severa tensión. Constituye un bálsamo para los que están dominados por ella. Martín Lutero, quien estuvo bajo continua tensión y aun bajo la oposición satánica, al estudiar el Salmo 46 comprendió que “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones”. Como resultado, escribió el himno “Castillo fuerte es nuestro Dios, defensa y buen escudo”.

Dios es nuestro amparo y fortaleza,
Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.
Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida,
Y se traspasen los montes al corazón del mar;
Aunque bramen y se turben sus aguas,
Y tiemblen los montes a causa de su braveza.

Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios,
El santuario de las moradas del Altísimo.
Dios está en medio de ella; no será conmovida.
Dios la ayudará al clarear la mañana.
Bramaron las naciones, titubearon los reinos;
Dio él su voz, se derritió la tierra.
Jehová de los ejércitos está con nosotros;
Nuestro refugio es el Dios de Jacob.

Venid, ved las obras de Jehová,
Que ha puesto asolamientos en la tierra.
Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra.
Que quiebra el arco, corta la lanza,
Y quema los carros en el fuego.
Estad quietos, y conoced que yo soy Dios;
Seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra.
Jehová de los ejércitos está con nosotros;
Nuestro refugio es el Dios de Jacob (Salmo 46).

Para mí, el tema de este salmo está en el versículo 1. Si yo pudiera expresarlo en una paráfrasis moderna, las palabras serían más o menos las siguientes: *Dios es nuestra instantánea ayuda cuando estamos en riguroso aprieto*. Eso es lo que quieren dar a entender las palabras del primer versículo. La palabra “tribulaciones” es el sustantivo que corresponde al verbo atribular, que en hebreo significa:

“estar restringido, estar limitado en un lugar estrecho y apretado”. Hay una antigua expresión que dice: “Entre la espada y la pared”. Usted la ha oído, tal vez la haya usado. Ese fue exactamente el lugar en que se encontró el salmista cuando escribió el Salmo 46.

El estar entre la espada y la pared significa que estoy presionado. Estoy en aprietos; la tensión está haciendo su efecto en mí. ¿Usted también la ve? El mensaje que nos da el salmista para esas ocasiones es que Dios es nuestro amparo y fortaleza. Ese es el tema. Cuando usted está presionado, cuando se halla bajo tensión, cuando es empujado hacia abajo y su debilidad se manifiesta, Dios le está construyendo una tienda de refugio. Lo está protegiendo; lo está rodeando con su cuidado protector y fortaleza.

Echemos una mirada general al salmo. Se nos revelan tres situaciones y las tres son sumamente importantes para nosotros.

La primera es la que yo llamaría un cataclismo de la naturaleza (Salmo 46:1-3). Cuando ocurre un fenómeno natural que amenaza, eso produce tensión. ¿Y cuál es la reacción? El versículo 2 dice (hagámoslo personal): “No temeré”. La tensión es un cataclismo, pero la reacción es: “Estaré firme”.

La segunda es una perturbación civil (Salmo 46:4-7). La ciudad está siendo atacada. ¿Y cuál es la reacción? “Dios está en medio de ella; no será conmovida”.

La tercera situación es la que yo llamo la fatiga posterior a la batalla (Salmo 46:8-11). En el versículo 10 vemos la reacción: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”. Así que no lucharé.

Ocurre un fenómeno natural que trae temor y amenaza. No temeré. Hay una ciudad que está siendo atacada. No seré *conmovido*. Luego viene un tiempo que sigue a esas horribles experiencias, cuando se asientan sobre uno la fatiga o la depresión. No *lucharé*. ¿Por qué? Porque “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Salmo 46:1).

Cómo vencer el temor

Echemos una mirada más de cerca a estas situaciones de tensión. El fenómeno natural: “Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza”. (¿No suena esto algo familiar a los que viven en regiones sísmicas?)

Los que vivimos en la costa occidental de los Estados Unidos de América sabemos lo que es experimentar los derrumbamientos de tierra cuando la lluvia no quiere detenerse. También sentimos el temblor de la tierra cuando la falla de San Andrés pareciera mover la cabeza de manera amenazante hacia nosotros para decirnos sobriamente: “Recuerden que la vida es transitoria”.

¿Y qué le parece a usted cuando las colinas se secan y los incendios arrasán? Recientemente estuve conversando con varios conocidos de Santa Bárbara que se salvaron de un devastador incendio. Me contaron los incidentes más increíbles. Estos incendios pueden arrasár un desfiladero a una velocidad de 50, 65 y hasta 80 kilómetros por hora.

Una familia tenía una piscina, y las niñas estaban nadando allí. Vieron que se acercaba el incendio sobre el desfiladero. Casi antes que pudieran agarrar las toallas y salir corriendo, la boca del cañón ya había lanzado el fuego sobre ellas.

Otra familia había estado dedicada a la investigación. El padre, quien era arqueólogo, había regresado del Cairo con algunos tesoros inapreciables que había encontrado en las excavaciones. Todos ellos fueron destruidos en un momento.

Otra familia había atiborrado su camioneta tan rápidamente como les fue posible con algunas de sus pertenencias. Sólo habían dejado espacio suficiente para los niños. Todos se apiñaron adentro, pero no pudieron hallar las llaves del vehículo. Así que salieron y corrieron para salvar sus vidas. Cuando regresaron, todo se había derretido y había formado una plancha fundida . . . incluso algunas partes del automóvil.

Un hombre que se dio cuenta de que el fuego vendría pronto, hizo una lista de las cosas que no quería olvidar. ¡Pero el fuego llegó tan pronto que lo único que salvó fue la lista!

El salmista dice que aunque la tierra cambie, las montañas tiemblen y el fuego ruja, Dios es nuestro Puente sobre las turbulentas aguas.

¿Pero realmente lo es? ¿Es Dios así de importante? Necesitamos investigar con completa sinceridad para ver dónde entra Dios, tanto ahora como cuando surja la aflicción.

Veamos algunas promesas bíblicas:

No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios (Isaías 41:10).

Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio (2 Timoteo 1:7).

Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente (Josué 1:9).

Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme? (Salmo 27:1)

Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá (Salmo 27:10).

En los asaltos extremos de tensión, Dios nos invita a que reposemos en sus brazos eternos.

PERMANECER FIRMES

Luego, pasamos a la parte del Salmo 46 que se refiere a la ciudad en que vivimos. Las naciones y los reinos se levantan contra la ciudad. Pero el versículo 5 dice: “Dios está en medio de ella; no será conmovida”. El vocablo hebreo que se tradujo “conmovida” significa “tambalearse o sacudir”.

La declaración: “Todo se tambaleó” la hizo popular el ya fallecido Elvis Presley. El había nacido en la pobreza en un pueblecito de Misisipí, y era hijo único. Recibió poco estímulo y no tenía capacidades especiales. A los 18 años de edad, cuando ganaba 14 dólares por semana como conductor de camiones, decidió hacer una grabación, sólo para divertirse. Usted ya conoce el resto de la historia. El llegó a ser el artista mejor pagado en la historia de los Estados Unidos de América.

Pero poco antes de su muerte, Elvis Presley dijo que él pagaría un millón de dólares por una semana de vida normal de paz, para poder moverse para arriba y para abajo por las calles de su pueblo sin que lo acosaran.

Oí la entrevista que le hicieron a Pat Boone poco después de la prematura muerte de Elvis. El dijo: “Yo me preocupaba mucho por Elvis. Pero él iba en la dirección equivocada. Irónicamente, cuando nos encontramos la última vez, yo iba a ofrecer una función en el este, y él iba para Las Vegas. El me dijo: ‘Mira, Pat, ¿a dónde vas?’ Le dije a dónde iba y también que estaba esperando participar algún día en alguna clase de ministerio cristiano. El me dijo: ‘Mira, yo voy a Las Vegas. Pat, desde que te conozco, siempre has marchado por la dirección equivocada’. Le respondí: ‘Elvis, eso depende de dónde vienes tú’”. El artista mejor pagado de los Estados Unidos

de América era la personificación de la tensión.

Elvis descubrió que el dinero no alivia la tensión. Este hombre de 42 años de edad, a cuyo funeral llegaron más de cinco toneladas de flores, llevadas por personas que condujeron vehículos noche tras noche, o que tomaron vuelos internacionales para llegar a Memphis; este hombre que hubiera dado un millón de dólares por una semana de paz, llevó una vida completamente trastornada.

El salmista dijo: “Cuando la ciudad esté sitiada y bajo amenaza, no será conmovida. Yo no me tambalearé, porque el Dios de esperanza está con nosotros”.

El también está en nosotros.

El cese de la lucha

Veamos la tercera parte del Salmo 46 (versículo 10). Describe la depresión que plaga y que a menudo acompaña a las consecuencias de la muerte. Dios dice: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”. Las palabras “Estad quietos” equivalen a “Cese la lucha”. En algunas versiones, los editores han agregado esta palabra: “lucha”. Creo que es aceptable porque explica el significado de manera consecuente. Pero tal vez le quita un poco de impacto al verbo “cese” cuando se usan estas dos palabras en conjunto. El término hebreo *raphah*, del cual se hizo la traducción “Estad quietos” o “Cese la lucha”, significa “relajaos”. Lo que quiere decir es que nunca descubrirá la tienda que el poder de Dios puede edificar sobre usted, si continúa luchando. La tensión al fin triunfará.

Disminuye mi velocidad, Señor.

Modera los latidos de mi corazón tranquilizando mi mente.

Calma mi paso apresurado con una visión del alcance eterno del tiempo.

Dame, en medio de la confusión del día, la calma de los collados eternos.

Quebranta las tensiones de mis nervios y músculos con la suavizadora música de las corrientes que viven en mis recuerdos.

Enséñame el arte de tomar minutos de vacaciones: de bajar la velocidad para mirar una flor, para charlar con un amigo, para dar palmadas a un perro, para sonreír a un niño, para leer unas pocas líneas de un buen libro.

Disminuye mi velocidad, Señor, e inspírame para que mis raíces se profundicen en el suelo de los valores perdurables de la vida, de tal modo que yo crezca hacia mi mayor destino.

Recuérdame cada día que la carrera no es siempre rápida; que

en la vida hay algo más que aumentar su velocidad.

Permíteme levantar la mirada hacia el altísimo roble, y comprender que él se hizo grande y fuerte porque creció bien y lentamente.⁴

Para que Dios contrarreste el sufrimiento que nos provoca la tensión, tenemos que disminuir la velocidad.

Deténgase y piense. ¿Cuándo se sentó junto a la mesa después de cenar, por última vez, sólo para relajarse y divertirse un poco? ¿Cuándo fue por última vez a echar a volar una cometa, o dio un largo paseo por la arboleda, o pedaleó una bicicleta en el parque local, o condujo el automóvil por debajo del límite de la velocidad, o hizo algo con sus propias manos? ¿Cuándo se tomó tiempo para oír una hora de buena música, o caminó por la playa mientras se ponía el sol? ¿Cuándo se quitó por última vez el reloj del brazo toda una tarde de sábado, o llevó a un muchachito sobre los hombros, o leyó un capítulo de algún libro metido en la bañera llena de agua caliente, o disfrutó de la vida tan profundamente que no podía dejar de sonreír? ¡No es extraño, entonces, que esté dominado por la tensión! Nunca olvidaré el testimonio de un fraile anónimo de un monasterio de Nebraska. Lo escribió en una carta en la última parte de su vida. No es lo que esperaríamos de un “testimonio religioso”. . . ¡tal vez ésa sea la razón por la cual lo aprecio mucho!

Si yo pudiera volver a vivir mi vida, trataría de cometer más errores la próxima vez.

Me relajaría, procuraría ser más humano y más tonto de lo que he sido en esta vida.

Son pocas las cosas que conozco que tomaría en serio. Haría más viajes. Actuaría de manera más fantástica. Treparía montañas, nadaría en más ríos y observaría más ocasos. Caminaría y observaría más.

Comería más helados y menos frijoles.

Tendría más dificultades reales, y menos imaginarias.

Como ve, yo soy una de aquellas personas que vive profilácticamente y de manera sensible hora tras hora y día tras día. ¡Ah, claro que he tenido mis momentos, y si tuviera que volver a repetir mi vida, tendría más de esos momentos!

En realidad trataría de no tener ninguna otra cosa, sólo momentos, uno tras otro, en vez de vivir con muchísimos años de adelanto cada día. He sido uno de aquellos individuos que nunca va a ninguna parte sin un termómetro, una bolsa de agua caliente, un gargarismo, un impermeable, aspirinas y un paracaídas.

Si tuviera que volver a vivir, visitaría lugares, haría cosas y viajaría con menos peso que en esta ocasión.

Si tuviera que volver a vivir mi vida, comenzaría descalzo al comienzo de la primavera y de esa manera continuaría hasta bien entrado el otoño.

Me escaparía más de mis obligaciones.

No sacaría tan buenas calificaciones, a menos que fuera por accidente.

Me montaría más en los carruseles.

Recogería más margaritas.⁵

Con mucha seguridad se puede decir que este anciano caballero había tenido abundancia de tensiones. Comprendía que para quebrantar su hechizo uno tiene que quebrantar el molde en que el estilo de vida es una competencia inexorable. ¡Que haya muchos como él!

MI TENSION Y LA FORTALEZA DE DIOS

Permítame usted dejarle tres pensamientos muy prácticos relacionados con este asunto de la fortaleza de Dios para la tensión, tal como se hallan en el Salmo 46.

En primer lugar, la fortaleza de Dios está inmediatamente a la disposición. Nuestras pruebas *no* son superficiales ni carecen de importancia. Son vehículos de gracia que Dios usa para traernos crecimiento. En uno de los libros de Stuart Briscoe, leí acerca de un hombre que fue a consulta con el médico. Se quejaba de constantes jaquecas. El médico le preguntó si él fumaba:

—Sí, fumo —dijo el hombre.

—Bueno, deje de fumar —le sugirió el médico.

Así que el hombre dejó de fumar, pero los dolores de cabeza persistieron. Volvió, pues, a consulta con el médico.

—¿Toma usted bebidas embriagantes?

—Sí, tomo bastante.

—Deje de tomar.

Así que el hombre dejó de tomar. Los dolores persistieron.

—¿Realiza usted algún trabajo físico que de algún modo le ponga presión en la espalda?

—Sí, hago un trabajo de esa clase.

—Abandone ese trabajo.

El hombre abandonó el trabajo y buscó otro, pero las jaquecas le persistían. Todos los días el dolor le hacía pulsar la cabeza.

Finalmente, descubrieron que el usaba una camisa de cuello 15,

cuando el tamaño de su cuello era 16. ¡No era extraño que tuviera dolor de cabeza!⁶

Los problemas superficiales exigen soluciones superficiales. Pero la vida real no es así; sus dolores de cabeza y tensiones son más profundos, y van hasta el hueso. Tocan las zonas nerviosas de nuestra seguridad. Pero Dios dice que él es nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. El está inmediatamente disponible. ¿Se da cuenta usted de que en cualquier parte donde esté viajando, y a cualquiera hora del día, puede llamarlo, y él le responderá? El ni siquiera exige nunca que establezca una entrevista. Nunca lo coloca en una “lista de espera”. No; él dice: “Te ayudaré ahora mismo”. El es un Auxilio pronto e inmediato.

¡Lo segundo que observo en cuanto al poder de Dios en este salmo es que es todopoderoso! Es una cubierta que se extiende sobre *cualquier* tensión. En realidad, está hecha a la medida para la tensión. No hay nada más grande que el poder de Dios. ¿No es esto bello?

Además, su poder no depende de nuestra ayuda. Usted es débil. ¿Recuerda eso? ¿Ha sentido últimamente esa debilidad? Probablemente. ¿Llegan sus unidades de cambio de vida a 300 o más? Si así es, Dios está dispuesto a ayudarlo.

En el invierno de 1966 hubo una terrible ventisca en Nueva Inglaterra. Nosotros vivíamos allí en ese tiempo, y sólo teníamos nuestros dos hijos mayores. Cynthia, los niños y yo habíamos ido esa tarde a un espectáculo especial. Eramos novatos en lo que respecta a tormentas de nieve, y no creíamos que el informe sobre esa tormenta fuera algo de lo cual había que estar preocupados. Fuimos en nuestro coche hasta un sitio llamado Jardín Boston, y lo estacionamos a varias cuadras de distancia.

El espectáculo a que habíamos acudido fue una bella demostración de patinaje artístico. Nos encantó la función.

Cuando nos abrigamos bien y salimos, llegamos a la dura comprensión de que hubiera sido mejor creer el informe sobre el tiempo. ¡Nuestros pies estaban metidos en una profunda capa de nieve!

Recuerdo que yo levanté a nuestro hijo mayor, Curt; Cynthia alzó a Charissa, y los dos emprendimos la marcha. Caminamos penosamente a través de la nieve. Podíamos sentir la respiración caliente de nuestros hijos sobre nuestras orejas. A lo largo de todo el trayecto, nos mantuvimos asegurando a los niños que todo saldría bien, que lograríamos llegar.

Cuando nos acercamos al automóvil, no sabíamos cuál era, pues había montones de nieve encima de cada coche. La nieve comenzó a acumularse en nuestros sobretodos, y nos la sacudíamos lo mejor que nos era posible. Yo miraba coche tras coche. El pánico comenzó a apoderarse de mí. Finalmente, llegamos a nuestro coche, lo desenterramos y apresuradamente raspamos la escarcha del parabrisas.

Traté de meter la llave para destrancar la puerta, pero la cerradura estaba sólidamente congelada. Para entonces, ya todos estábamos tiritando. Con mis puños cerrados le di golpes a la cerradura vez tras vez. El viento atravesaba nuestros gruesos sobretodos.

Finalmente, logramos abrir la puerta y los muchachos se acomodaron en el asiento de atrás. Uno de ellos nos miró y dijo: “Nosotros los amamos a ustedes, papá y mamá. Gracias”. Eso era todo lo que yo necesitaba. Al oír eso, me sentí como si tuviera un millón de dólares. Simplemente: “Papá, yo te amo”. Mientras sacaba el coche de allí, esas palabras me infundieron calor por dentro.

Eso es lo único que nuestro Padre pide. No podemos pasar por nuestra cuenta a través de las tormentas; eso es demasiado para nosotros. ¿Cuándo llegaremos a comprender que las ventiscas de nuestras vidas son permitidas por Dios? Esas tormentas amenazantes están diseñadas para que reduzcamos la velocidad, para hacer que nos subamos a sus brazos, para obligarnos a depender de él.

Tal vez sea tiempo de decir: “Señor, yo te amo. Gracias. Por medio de tu fortaleza, no seré conmovido. Dejaré de correr, de luchar. No temeré. Me asiré de ti. Cuento contigo para que hagas una carpa en torno a mí que me proteja de las tormentas. Gracias a ti por darme, con amor, esta ventisca de tensión. Gracias porque ni siquiera puedo ver a la distancia, ni distinguir la meta. Admito mi debilidad. Necesito tu fortaleza”.

4

Las pérdidas: Solitarios tiempos de crisis

Mientras escribo estas palabras, un enorme incendio ruge a través de un desfiladero que está a unos 50 kilómetros al norte de mi hogar. Acabo de apagar el televisor. Estaba viendo un noticiero en que se entrevistó a un matrimonio. Los dos estaban de pie tomados del brazo. Su hogar, que les había costado un cuarto de millón de dólares, acababa de desaparecer en el humo. Habían pasado 11 años ahorrando y construyendo su “sueño”. En menos de 30 minutos había quedado reducido a una pila de ceniza humeante.

Varios estados del sur de los Estados Unidos de América: Louisiana, Misisipí y Alabama, fueron desolados recientemente por un huracán devastador. Las inundaciones, los vientos tormentosos y los saqueadores han infligido pérdidas. Las pérdidas se han estimado en millones de dólares, tal vez unos 500 millones en su totalidad.

Precisamente antes de regresar a mi hogar esta noche, pasé alrededor de una hora con una señora cuyo marido murió ayer.

Un miembro de nuestra iglesia también tuvo que ser internado en un hospital esta tarde. El pudiera perder un brazo por causa del cáncer.

Es fácil no comprender las cosas que Dios tiene para enseñarnos,

por cuanto no podemos imaginarnos que él participa en el dolor, o en la desilusión, o en la aflicción que nos produce la pérdida de algún ser amado o de algo que estimamos mucho. Pero algunos de sus más selectos envíos llegan a nuestras vidas por la puerta de atrás. Estos inesperados reveses se abalanzan sobre nosotros, y a menudo no estamos preparados para recibirlos con el empaque particular en que Dios los entrega. Por tanto, es fácil no comprenderlos.

En sentido general, las pérdidas son de dos categorías.

LA PERDIDA DE LOS SERES AMADOS

Joseph Bayly perdió tres de sus hijos, quienes murieron de la manera más inesperada, dos de ellos mientras estaban en la adolescencia. Posteriormente, él escribió un libro *View from a Hearse* (La perspectiva desde una carroza fúnebre), en el cual se refirió a la pérdida de personas que significan mucho en nuestra vida.¹ ¡El libro fue un éxito!

Cuando mi buena amiga Joyce Landorf soportó el dolor de perder a su preciosa madre, ella compartió su profunda tristeza con todos nosotros en su libro *Canción de duelo*, uno de sus mejores libros.²

Pero tal vez usted no tenga el don de expresar su pérdida en forma tan elocuente. La persona que perdió pudiera ser un familiar, o un amigo íntimo, un compañero de trabajo, y está experimentando solo la pérdida. Ha perdido a esa persona, bien porque murió o porque está distante: de cualquier modo, la perdió. Había disfrutado de comunión y compañerismo con esa persona, y de repente murió o se fue muy lejos, de tal modo que no vuelve a tenerla cerca. Tal individuo ya no está visiblemente presente.

Esa es una clase de pérdida que es difícil soportar. ¿Ha pensado alguna vez en el mensaje de Dios cuando pierde a algún ser amado?

LA PERDIDA DE LAS COSAS QUE AMAMOS

La segunda clase es la pérdida de necesidades o beneficios personales: la pérdida de un trabajo, de un deseo, de una meta o de un sueño en la vida (y todos tenemos tales sueños, o debiéramos tenerlos; ¿qué sería de la vida sin sueños?). Ocurre la pérdida y, de repente, comprende que nunca se realizará el sueño que tenía en su corazón.

Job: un hombre que lo perdió todo

En este capítulo, echaremos una mirada a la dolorosa historia familiar de Job. El perdió tanto personas *como* cosas. Es fácil ensalzar e inmortalizar a este hombre, famoso por su paciencia, según Santiago, “la paciencia de Job”. Pero quiero que sienta con él el horrible golpe de sus pérdidas.

Tenga en mente que la Biblia es un libro de *realidades*. Eso fue lo que me atrajo a ella hace años. Ella no ensalza a los santos; dice la verdad acerca de ellos. Los pinta como son. Cuando actúan como hombres de Dios, ella los presenta como tales. Y cuando fracasan, descubre eso. La Biblia no anda con rodeos.

Echemos una mirada a la lista de bienes espirituales y materiales de Job. En primer lugar, era piadoso. La Escritura dice que él era “perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1). ¡Uno no puede llegar a ser mucho mejor que eso! Era un increíble hombre de Dios, un hombre altamente respetado.

En segundo lugar, él tuvo una familia grande. Le nacieron siete hijos y tres hijas: un total de diez. Una verdadera “aljabá” llena (ver Salmo 127:3-5).

En tercer lugar, tenía abundantes posesiones, entre las cuales se incluían 7.000 ovejas, 3.000 camellos, 500 yuntas de bueyes, 500 asnas y siervos por docenas.

En cuarto lugar, tenía prestigio. El texto hebreo dice literalmente que Job era “el más pesado” de todos los orientales. Eso no significa que era gordo. Es una expresión antigua que significa “próspero”. El era notoriamente popular. La gente sabía acerca de Job. La mayoría de los eruditos bíblicos creen que Job vivió en los días de los patriarcas, que fue contemporáneo de Abraham. Su nombre era ampliamente conocido.

Quiero que se entienda que, si hablamos humanamente, Job no merecía sufrir las pérdidas que experimentó. *Todas las pérdidas no vienen por causa de hacer lo malo*. Algunos del pueblo de Dios que sufren grandemente, no lo merecen, desde el punto de vista humano. Quiero hablar especialmente a esas personas.

El hecho es que Job era piadoso. El tenía una familia buena y la cuidaba de manera excelente. El continuó orando por sus hijos, aún después que éstos hubieron crecido. Estos ya tenían sus propios hogares; así sabemos que él vivió muchos años. El texto bíblico no dice nada acerca de la salud de él, ni de su edad, ni de su negocio.

Simplemente, lo describe como un hombre de Dios, tranquilo, próspero y seguro.

Algunos pudieran pensar, al leer estas palabras: “Bueno, ¿quién no andaría con Dios al tener un estilo de vida como ése? Es decir, rodeado de tanta seguridad, ¿quién no estaría con el Señor?”

Ese fue exactamente el enfoque que Satanás le presentó al Señor: “¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? . . . Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti”.

He aquí la historia. Trate usted de representarse la escena lo mejor que pueda; no pierda ni una línea.

Y un día aconteció que sus hijos e hijas comían y bebían vino en casa de su hermano el primogénito, y vino un mensajero a Job, y le dijo: Estaban arando los bueyes, y las asnas paciendo cerca de ellos, y acometieron los sabeos y los tomaron, y mataron a los criados a filo de espada; solamente escapé yo para darte la noticia.

Aún estaba éste hablando, cuando vino otro que dijo: Fuego de Dios cayó del cielo, que quemó las ovejas y a los pastores, y los consumió: solamente escapé yo para darte la noticia.

Todavía estaba éste hablando, y vino otro que dijo: Los caldeos hicieron tres escuadrones, y arremetieron contra los camellos y se los llevaron, y mataron a los criados a filo de espada; y solamente escapé yo para darte la noticia.

Entre tanto que éste hablaba, vino otro que dijo: Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano el primogénito; y un gran viento vino del lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cual cayó sobre los jóvenes, y murieron; y solamente escapé yo para darte la noticia (Job 1:13-19; cursivas del autor).

¡Simplemente así! ¿Sintió usted el movimiento rápido, golpe por golpe del relato? Ahí estaba Job, seguro, tranquilo e ileso. Luego, después de haber presentado a sus hijos e hijas delante de Dios en oración, murieron uno tras otro, sin advertencia. El perdió todos sus hijos adultos.

¿Cómo respondió él? Comenzó diciendo: “Desnudo . . .”. ¿No es interesante eso? Job, con las manos vacías, dependiente, sin tener nada en sí, con la cabeza rasurada y con el manto roto, es el cuadro de la absoluta dependencia. El adora al Señor y dice: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (Job 1:21).

El no levantó sus puños hacia el cielo para blasfemar contra

Dios. El oró. Tampoco se sumió en la autoconmiseración y en los gemidos. “¿Por qué a mí?” No, él adoró.

Es tentador pensar: “Bueno, él fue un tipo especial, un tipo de hombre cristiano extraordinario. Yo no soy de ese mismo corte; ése no es mi mundo”.

Pero, Job no tenía nada especial. Simplemente, era un hombre de Dios. Su estilo de vida estaba vinculado con el de Dios tan bellamente que no podía ser desviado.

¿Se apesadumbró? El resto del libro nos dirá que sí.

¿Fue él un hombre realista? En todo el sentido de la palabra. Pero él no le echó la culpa a Dios; él no pecó. Eso me dice que *esto puede lograrse*. Eso me dice a mí, a las madres y a los padres, que, por medio del poder de Dios, podemos lograr una confianza vital en Cristo cuando se presente la calamidad. Hombres de negocios, estudiantes: cuando ustedes vean que su sueño muere, y piensen que llegó el fin; cuando vean que el romance fracasa, Dios dice: “¡Oye! Aún estoy aquí. ¿Me recuerdas?” Tales tiempos difíciles nos sazonan, nos atemperan . . . nos maduran. Las pérdidas dan temple a nuestras vidas, que de otro modo serían frágiles.

Un miembro de nuestro personal pastoral me hizo recientemente un comentario muy penetrante. Dijo: “Parte de la dificultad con el hombre que he estado aconsejando es que *nunca ha sufrido realmente una pérdida severa. La vida casi lo ha malcriado*”. Eso puede suceder fácilmente.

Así que nuestro amigo Job no le echó la culpa a Dios, ni tampoco pecó. Al buscar una razón lógica, pudiéramos pensar: “Bueno, por lo menos le quedaba la salud”. Demos la vuelta a la página.

Entonces salió Satanás de la presencia de Jehová, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza (Job 2:7).

¡Qué horrible!

Una autoridad en enfermedades dice que esta condición se parece a la plaga que se menciona en Deuteronomio 28:27, 35. He aquí una idea de lo que Job soportó:

Jehová te herirá con la úlcera de Egipto, con tumores, con sarna, y con comezón de que no puedas ser curado (versículo 27).

Te herirá Jehová con maligna pústula en las rodillas y en las piernas, desde la planta de tu pie hasta tu coronilla, sin que puedas ser curado (versículo 35).

El doctor Meredith Kline, erudito en Antiguo Testamento, ofrece una vívida descripción de la enfermedad de Job:

La moderna opinión médica no está unánime en el diagnóstico de la enfermedad de Job, pero según el análisis que se hizo de ella en aquel día, era una enfermedad que no tenía esperanza de curación. Entre los horribles síntomas se incluían: erupciones inflamadas acompañadas de intensa picazón (2:7, 8); gusanos en las úlceras (7:5); erosión de los huesos (30:17); ennegrecimiento y caída de la piel (30:30); y aterradoras pesadillas (7:14); aunque algunos de éstos posiblemente pueden atribuirse a los prolongados rigores soportados después del comienzo de la enfermedad. Parece que todo el cuerpo de Job fue rápidamente castigado con estos síntomas repugnantes y dolorosos.³

¡Qué cuadro tan trágico! Job está cubierto desde la coronilla hasta la planta de sus pies con esas úlceras supurantes y dolorosas, y está sentado sobre ceniza rascándose con un tiesto.

Cuando usted ha experimentado una pérdida, ¿se ha preguntado alguna vez por qué Dios deja algunas cosas y quita otras? Algunas veces, lo que él deja le parece extraño a usted. ¡Estoy pensando en la esposa de Job! Ella le dijo: “¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete” (Job 2:9).

¿Quién necesita un consejo como ése? Bayly menciona en su libro que una de las mejores contribuciones que podemos dar a una persona que está pasando por intensos sufrimientos y pérdida es hacer acto de presencia sin decir palabra, ni siquiera descargar versículos bíblicos en el oído del que está afligido. El escribió:

No trate de probar algo al que sufre. Ponerle el brazo sobre el hombro, tomarle fuertemente la mano, darle un beso: éstas son las pruebas que necesita el afligido, no razonamientos lógicos.

Yo estaba sentado, desgarrado por la aflicción. Alguien llegó y me habló acerca de los tratos de Dios, de la razón por la cual esto sucedía, de la esperanza después del sepulcro. Me habló constantemente, me decía cosas que yo sabía que eran ciertas.

Yo estaba inmóvil, lo único que deseaba era que él se fuera. Al fin se fue.

Vino otro y se sentó junto a mí. No habló nada. No hizo preguntas fundamentales. Simplemente, se sentó junto a mí durante una hora o más, oyó cuando yo dije algo, respondió brevemente, oró sencillamente, y se fue.

Me conmoví. Me sentí consolado. Lamenté que se fuera.⁴

Un individuo que está aturdido por el golpe de la calamidad tiene el corazón quebrantado. El suelo de su alma no está listo para

la implantación de la semilla celestial. Llegará a estar listo, pero no lo está ahora. Tampoco está listo para recibir exageradas palabras de consejo como: "Maldice a Dios, y muérete".

(La señora de Job, incidentalmente, sólo se menciona una vez más en toda la Biblia. La gran contribución de ella a la vida de Job sería el consejo que le dio y que aparece en 2:9, y luego, lo que se dice en 19:17. Allí Job comenta: "Mi aliento vino a ser extraño a mi mujer". ¿Puede usted creerlo?)

Hace varias semanas sonó mi teléfono un lunes por la mañana. Un buen amigo mío de nuestra iglesia trataba de hablarme, pero la voz se le quebrantó. Quería entrevistarse conmigo lo más pronto posible. Me dijo que mi consejo le era absolutamente vital. Se disculpó por interrumpirme en mi día libre, pero no podía esperar.

Por supuesto, dejé todo. Nos encontramos en mi oficina menos de 30 minutos después. El entró tambaleándose. Mientras me daba un abrazo, lloraba audiblemente. Inmediatamente, sentí que Clifford (no es su nombre real) no estaba en condiciones de recibir un consejo de gran potencia, ni siquiera de que le recordara lo que yo había predicado 24 horas antes.

Entre sollozos y largas pausas de silencio total (que son tan importantes en el proceso del aconsejamiento), no le dije virtualmente nada. La esposa de Clifford acababa de regresar de una consulta con su médico. Después de amplias pruebas y de exámenes completos de diagnóstico, está comprobado que ella tiene una enfermedad maligna en las glándulas linfáticas; y es de aquella clase que tiene un pronóstico sombrío, aunque ella soporte los horribles tratamientos de quimioterapia. Comprensiblemente, ésa fue una noticia devastadora.

Durante casi una hora, el hombre expresó su angustia, sus temores, su confusión. El está versado en la Escritura. Su esposa y él asisten fielmente a los servicios los domingos. Los dos aman a Cristo. Pero ése no era el momento de decirle muchas cosas . . . aunque fueran ciertas. El necesitaba a alguien que lo oyera, simple y llanamente.

Y lo más raro fue que, cuando Clifford se iba, me volvió a abrazar y me dio las gracias por haberlo aconsejado. Realmente no creo que hice ni siquiera diez breves declaraciones en todo ese tiempo.

Cuando tenga amigos que estén pasando por valles de aflicción, ellos apreciarán muchísimo el solo hecho de que se preocupe por

ellos. La presencia suya, algún acto bondadoso, un abrazo cordial y cosas por el estilo les mostrarán mejor su amor. De hecho, el sólo sentarse junto a ellos y llorar con ellos a menudo ayuda muchísimo.

LA GRAN META DE DIOS

Quiero que usted lea un versículo que, en mi opinión es uno de los más profundos de la Biblia.

Y él le dijo: Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. [Así que aquí está, por favor, márkelo con lápiz o haga una anotación mental. Grábeselo en la mente y úselo cuando las calamidades le azoten.] ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó Job con sus labios (Job 2:10).

¡Amén! El Dios de Job no era una bondadosa criatura que se sienta en el borde del cielo, y deja caer unos buenos regalos pequeños envueltos en plata, y dice: “Eso te hará feliz. Eso te complacerá”. *Ese* no es el Dios de los cielos. El soberano Dios del cielo dispone y dispensa lo que le da la gloria a él. *El no sólo nos da el bien, sino también la adversidad.* Nuestro gran Dios no está obligado a mantenernos cómodos.

¿Vio usted esa verdad? “¿Recibiremos de Dios el bien [¡Ah, estamos prontos a recibir eso!], y el mal no lo recibiremos?” ¿Está usted *dispuesto* para aceptar la adversidad? En la carne, en la perspectiva horizontal, ¿la resentirá? ¿Huirá de ella? ¿Desarrollará una amargura contra él, con las palabras: “¡Qué clase de Dios es ése!”? Pero en la dimensión espiritual, usted reconocerá que él tiene *el derecho* de traernos lo desagradable así como lo agradable. Sin este concepto, nunca podrá perseverar a través de las presiones. ¡Estas lo arrastrarán!

Oigame, nuestra principal meta en la vida *no* es ser felices o estar satisfechos, sino glorificar a Dios. Eso da un golpe cortante a nuestra cultura occidental. La meta de todo padre para su familia es que estén felices y satisfechos. Muy pocos padres, pero muy preciosos, tienen como meta para su familia que ellos glorifiquen primero a Dios. Nosotros con nuestro trabajo desgastamos los dedos hasta llegar a los huesos y hasta el último día de nuestras vidas, para poder estar felices y satisfechos; y lo único que tenemos como resultado de eso es los dedos desgastados. No, la gran meta de Dios para nuestras vidas es que lo glorifiquemos a él, como dijo el apóstol

Pablo: "... o por vida o por muerte" (Filipenses 1:20).

Oigamos el consejo de Job cuando las calamidades se extinguen:

He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga;

Por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso.

Porque él es quien hace la llaga, y él la vendará;

El hiere, y sus manos curan.

En seis tribulaciones te libraré,

Y en la séptima no te tocará el mal.

En el hambre te salvaré de la muerte,

Y del poder de la espada en la guerra.

Del azote de la lengua serás encubierto;

No temerás la destrucción cuando viniere.

De la destrucción y del hambre te reirás (Job 5:17-22).

Como ve, la gran meta de Dios para nosotros no es que estemos tranquilos o satisfechos, ni que vivamos en un maravilloso plan de constante sonrisa, felices, sin afrontar calamidades, ni males, ni dificultades. Es *malo* decir al que no es cristiano: "Confíe en Dios, y sus preocupaciones se acabarán . . . Crea en Jesús, y nunca volverá a experimentar la derrota". Eso es injusto. ¡Es completamente antibíblico!

En vez de ello, sería más honesto decir: "Crea en Jesucristo, y usted entrará en un mundo de pruebas que nunca antes conoció, por cuanto habrá llegado a ser objeto del mismo Jesús, y en su vida han de ser formados los rasgos del carácter de él. Y francamente, no se pueden formar sin el fuego y la pérdida. Puesto que nuestra meta es glorificar a Cristo, podemos esperar alguna pérdida". ¡Eso es exacto!

Cuando usted sufre y pierde, eso no significa que está desobedeciendo. De hecho, eso pudiera significar que está precisamente en el centro de la voluntad de Dios. El sendero de la obediencia se caracteriza a menudo por tiempos de sufrimiento y pérdida.

Job admite sinceramente: "He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré; y al occidente, y no lo percibiré" (Job 23:8). Ahora bien, he aquí un hombre con un cuerpo descompuesto y en decadencia; que no tiene hijos; con una esposa regañona. Siente el corazón pesado, y por la noche busca a Dios. El exclama: "He aquí yo iré ... y no lo hallaré". Cuando hay pérdidas, los tiempos son solitarios y de crisis.

Y al occidente, y no lo percibiré;

Si muestra su poder al norte, yo no lo veré;

Al sur se esconderá, y no lo veré" (Job 23:8, 9).

Cuando usted ha pasado por etapas como ésta, comprende *exactamente* lo que dice Job.

LA PERSPECTIVA CORRECTA

Creyente, recuerde que Dios sabe el camino.

Mas él conoce mi camino;

Me probará, y saldré como oro

[lo cual implica que la aflicción tendrá fin].

Mis pies han seguido sus pisadas;

Guardé su camino, y no me aparté.

Del mandamiento de sus labios nunca me separé;

Guardé las palabras de su boca más que mi comida.

Pero si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar?

Su alma deseó, e hizo.

El, pues, acabará lo que ha determinado de mí;

Y muchas cosas como estas hay en él (Job 23:10-14).

¡Qué maravilloso! Esto es lo más difícil que se puede afirmar en el mundo. Cuando yo he perdido todo y acudo a una porción bíblica como ésta, que dice que él lo “ha determinado” así para mí, ¿sabe lo que tengo que hacer? Tengo que cambiar mi perspectiva. Tengo que obligarme a ver el asunto desde el punto de vista de él. Lo que *ahora* se considera a menudo como una pérdida conduce a una ganancia *más tarde*. El Señor le restauró la fortuna a Job, y le aumentó todo lo que tenía al doble. ¡Le *duplicó* la prosperidad!

Ahora, tengamos el cuidado de no hacer de esta situación específica un principio general. Es fácil que pensemos: “Ah bueno, yo tenía un trabajo en que ganaba 33.000 dólares por año. Ahora cuando lo perdí, el próximo mes Dios me dará uno en que gane 60.000 dólares por año. ¡Todo resultará magnífico! Mi talonario de cheques siempre tendrá balance ... mi automóvil nunca se echará a perder”. Esa manera de pensar reduce al Dios Todopoderoso a un solo envoltorio en que están San Nicolás, el Hada Madrina y Aladino y su lámpara maravillosa. Las bendiciones de nuestro Señor no se miden siempre en dólares y centavos.

Cuando él recompensa después de la pérdida, construye los rasgos del carácter interno. El da una profunda paz. Provee cosas que el dinero no puede tocar. La seguridad reemplaza a la inseguridad. Recibimos propósito y dirección renovada para nuestras vidas. Logramos un entendimiento, un corazón compasivo, junto con una clase de sabiduría que nunca antes tuvimos.

¿No es interesante la manera como usted se puede complicar en su propio pequeño mundo, en su propia casita, y luego un día hace un viaje en avión, y eso cambia su perspectiva? El aeroplano se remonta a 5.000 metros de altura ... a 8.000 ... a 10.000; ¿y qué ve usted? ¡Ve un mundo completo allí abajo! Su perspectiva se altera, por cuanto ya no está mirando la vida desde el punto de vista de un pequeño cuarto, ni se preocupa por el color de una cortinita.

Allí es donde él mora. El arregla todo como una bella pieza de tapicería. De vez en cuando, usted echa una mirada al revés y ve los nudos y la parte fea de la pieza. ¿Qué es lo malo que hay en ella? Dios mira desde el otro lado; él ve todo a la vez.

¿Ha sufrido recientemente una pérdida? Tal vez la herida esté aún delicada; tal vez sea demasiado pronto para saber por qué. Francamente, ¡tal vez *nunca* lo sepa! Pero a través de todo eso, créamelo, Dios no lo abandonó. El estuvo allí. El nunca se apartará.

Una vez leí acerca de un hombre cuya vida estuvo caracterizada por las penurias. Era cristiano, pero la vida no le era fácil. Experimentó pérdida tras pérdida, y la desilusión y el dolor parecían ser sus amigos más íntimos.

Una noche tuvo un sueño. El estaba con el Señor, echando una mirada a su vida pasada, la cual estaba representada por medio de huellas a lo largo de una playa arenosa. Generalmente, había dos pares de huellas: la suya y la de su Salvador. Pero al mirar más de cerca, vio que sólo había un par de huellas en los lugares muy escabrosos. Confundido, frunció el ceño, y le preguntó al Señor:

“Señor, mira allí. Tú y yo hemos andado juntos durante gran parte de mi vida . . . pero cuando las cosas se pusieron realmente difíciles, ¿a dónde fuiste tú? En esos momentos te necesité más que nunca. ¿Por qué me abandonaste?”

Y recibió la respuesta: “Hijo mío, nunca te he abandonado. Los dos pares de huellas te confirman eso. Pero hubo ocasiones en que las dificultades eran casi más de lo que tú podías soportar. En esos tiempos verdaderamente difíciles, yo te cargué en mis brazos. El par de huellas que ves en esos lugares peligrosos son las mías. Eso ocurrió cuando yo te cargué”.

Podemos sentirnos solos, abandonados y olvidados, pero no lo estamos.

En tiempo de pérdida, nuestro Dios nos toma en sus brazos y nos sostiene cerca de él.

5

Las imposibilidades: Ríos de la vida que no se pueden cruzar

A menudo nos hallamos empantanados en nuestro crecimiento espiritual simplemente por cuanto el desafío que tenemos delante parece absolutamente imposible. Tales frustraciones no son nuevas. El que compuso el pequeño coro que anoto a continuación tuvo que haber experimentado también esos sentimientos.

¿Hay algunos ríos que crees insuperables;
algunas montañas que no puedes atravesar?
Dios es especialista en cosas imposibles;
El hace las cosas que otros no pueden lograr.*

Si usted no está actualmente en tal aprieto, no pasará mucho tiempo sin que lo esté. Si las cosas parecen un poco difíciles hoy, simplemente espere: ¡pronto serán imposibles! Los ríos insuperables, las montañas a través de las cuales no se pueden abrir túneles y las circunstancias imposibles realmente no son cosas raras. ¿Cómo las maneja usted? ¿Dónde consigue la fe para hacerles frente?

* "¿Hay algunos ríos?" Copyright 1945. Renovado en 1973 por Oscar Eliason. Asignado a *Singspiration, Inc.* Derechos reservados. Se usa con permiso.

PASAJES BÍBLICOS QUE HABLAN DE “IMPOSIBLES”

Para colocar todo en su perspectiva correcta, me gustaría que comencemos echando una mirada a cuatro pasajes bíblicos claves que se refieren al tema de las imposibilidades. Dos de ellos se hallan en Jeremías 32 y dos en el Evangelio según Lucas. El profeta Jeremías escribió:

¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti (Jeremías 32:17).

Volvamos a leer la última declaración: “ni hay nada que sea difícil para ti”.

¿Entiende usted que cualesquiera cosas que usted llame “imposibilidades” se desvanecen ante lo que Dios dice que es “nada” para él? ¡Nada!

Es difícil reconstruir en nuestra lengua el pleno valor y el impacto de las palabras hebreas que se usaron en este versículo. Lo mejor que podemos hacer es decir: “No, absolutamente nada para ti es extraordinario ni superior”. El texto comienza con la negación más fuerte que se conoce en lengua hebrea. “No, nada, absolutamente nada para ti, Señor, es extraordinario”. ¡Qué declaración para reflexionar en ella!

El segundo versículo que quiero que vea es Jeremías 32:27:

He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?

Miremos por segunda vez la última parte de este versículo: ¿habrá algo que sea difícil para mí? Dios le pide a usted que, en vez de la palabra “algo”, coloque sus imposibilidades. “Habrá -----que sea difícil para mí? Por supuesto, se sobreentiende que la respuesta es: “Absolutamente no. Nada es demasiado difícil para mí”.

Usted puede estar ahí sentado pensando: “Sí, eso puede ser cierto para cristianos que cuentan con muchos milagros pasados en sus repertorios. Pero usted no conoce mi situación”.

Yo no tengo que conocer su situación. Al único a quien tengo que conocer, y a quien usted necesita conocer, es a Dios y sus promesas. El es el Señor, la base fundamental de la vida, y nada es demasiado difícil para él.

Luego, examinemos Lucas 1:37. Quiero relacionar los pasajes de Jeremías con este mensaje que se halla en Lucas. Es una respuesta a

la pregunta de María con respecto al hecho de que ella había de concebir. El ángel le apareció y le dijo: “. . . darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús”.

Ella pregunta: “¿Cómo será esto? pues no conozco varón”.

¿Recuerda cuál fue la respuesta que se le dio? Precisamente lo que acabamos de leer en Jeremías: “porque nada hay imposible para Dios”. Para hacer práctica esta declaración, usted puede colocar en vez de la palabra “nada” su propia situación. Sea lo que fuere, no es imposible para Dios.

En Lucas 18:27, Jesucristo dijo: “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios”.

Cierre, por favor, los ojos un momento. Quiero que piense en lo que parece más imposible. Usted ha visto y leído estas promesas de Dios. Cada una dice virtualmente lo mismo: Nada es imposible para Dios. Eso incluye su río, su montaña, cualquier imposibilidad. ¿O es su negocio? ¿O sus estudios? ¿O su vida matrimonial? ¿Y qué le parece el problema de mantener la casa limpia, de mantener el lavado de la ropa al día, de cumplir un ministerio a favor de otros, o de arreglar relaciones tensas con otras personas? ¿Quiere pedirle al Señor que maneje esa imposibilidad específica, y luego dejar el asunto en manos de él con una fe que simplemente no dude?

¡HAGALO

AHORA

MISMO,

POR

FAVOR!

UN ACONTECIMIENTO “IMPOSIBLE”

En Juan 6 no sólo hallamos un evento familiar, sino único, por varias razones.

En primer lugar, es el único milagro que se menciona en los cuatro evangelios, así que parece que fue sumamente significativo para los escritores, y ciertamente lo fue para el mismo Señor.

En segundo lugar, es el único informe que se nos da en que se nos dice que Jesús pidió consejo a alguna persona.

En tercer lugar, fue la única vez en que Jesús realizó un milagro ante una multitud tan inmensa.

En cuarto lugar, es un milagro “absoluto”; en otras palabras, no fue un acontecimiento natural que fue alterado levemente por gra-

dos. De hecho, he escogido este milagro porque parece sumamente imposible. Juan 6 comienza con tres palabras que son importantes dentro del contexto: “Después de esto . . .”. Cuando uno lee estas palabras, siempre se pregunta: “¿Y qué significa *esto*?” Pues, “estas cosas”. ¿Cuáles cosas? El relato que Juan ofrece de este milagro está precedido por otros cinco capítulos, y si uno llega de repente a la mitad de la historia es como comenzar una novela por la mitad. Así que necesitamos preguntar: “¿Después de *qué*, o de *cuáles cosas*?”

Jesús había escogido a sus apóstoles y los había enviado a cumplir un ministerio. Según Mateo, ellos habían ido a todas las aldeas de la región y habían proclamado el evangelio del reino, el mensaje de arrepentimiento. Ahora están de nuevo con Jesús, cansados y fatigados. Han predicado en todos los rincones. Están físicamente agotados, emocionalmente desgastados, y el Señor desea estar a solas con ellos y descansar. (Para todos nosotros es importante, y el Señor Jesús fue un buen ejemplo de esto, tener tiempos de refrigerio.) El quería ofrecer a sus esforzados trabajadores la oportunidad de escapar de la multitud.

Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. Entonces subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos (Juan 6:1-3).

Represéntese mentalmente la escena. Jesús y los 12 apóstoles están solos en el cerro. Están allí para descansar y recuperarse. Luego leemos en Juan 6:5:

Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud ...

Están cansados y fatigados, y quieren estar solos. Jesús miró y vio la enorme multitud que se acercaba. Según el versículo 10, el número era de alrededor de 5.000 varones. Mateo nos informa (14:21) que eran 5.000 hombres, sin contar las mujeres y los niños. De manera que sería moderado decir que pudo haber habido entre ocho y diez mil personas que se acercaban a la colina. Eso es mucha gente, ¡muchas necesidades!

Ahí están en un lugar desierto, y si no lo sabía usted, sépalo: la gente tiene hambre. ¡Y no hay tiendas por ninguna parte! Los discípulos no conocen ninguna, ni están enterados de que haya alguna fuente de alimento. Es una situación *imposible*.

Pero *así era como Jesús la quería*, pues esos discípulos eran simplemente como usted y yo. “¡Ah no, Señor! ¿Qué se puede hacer?” Así es como nosotros, los discípulos, vemos la situación, pero Jesús la vio como una perfecta oportunidad para un milagro de primera clase. El les había explicado que él era el Hijo de Dios, Dios hecho carne. Ellos habían aprendido esa teoría cuando estaban en el campamento de reclutas. Ahora les había llegado la oportunidad para verlo en acción. La oportunidad para que una estéril teoría fuera reemplazada por una sólida realidad.

Así que él les hizo una prueba. El primero que tuvo que someterse al examen fue Felipe, quien se menciona en el versículo 5.

Quando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?

Probablemente, Felipe no era el más inteligente del grupo. (Personalmente creo que Judas era el más aguzado de los 12 apóstoles. A propósito, a menudo se cumple eso cuando se trata de lobos y de falsos profetas.) Y Felipe no era el encargado de las provisiones. El tesorero era Judas, pero el Señor no le preguntó a Judas. ¿Por qué?

Antes de responder a esta pregunta, echemos una mirada al siguiente versículo. Este nos quita toda la presión.

Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer.

Jesús sabía lo que había de hacer. ¡Siempre lo sabe! El proceso de aprendizaje es para nuestro beneficio. El sabe cómo vamos a terminar, pero no nos coloca en una máquina cósmica de tiempo y nos dispara hacia el fin. El permite que nos pulamos por medio de la experiencia. Recordemos que él quiere que perseveremos *a través* de las presiones, y que confiemos en él en las situaciones imposibles.

Así que él dijo a Felipe: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?” ¿Por qué a Felipe? Para probarlo. El quería confirmar la profundidad de su fe. Quería determinar: “¿Ha aprendido Felipe a confiar en mí? ¿Se concentrará Felipe en mi capacidad mientras se encuentra totalmente sumergido en su imposibilidad?”

Quiero darle un pequeño informe acerca de Felipe. Eso hará que aprecie aún más el hecho de que Jesús le preguntara a él. Felipe fue el que posteriormente dijo al Señor: “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta”. Felipe era un hombre que tenía que ver todo. Felipe era lo que yo llamo “un pesimista estadístico”. Su mente era una regla

de cálculo, y si podía calcularlo todo, magnífico.

¡Cuán fácil es vestir la duda con una vestidura que parezca pulcra, lógica y sofisticada! Felipe ni siquiera le contestó a Jesús la pregunta.

Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco.

¡Eso no era lo que Jesús le había preguntado! El le preguntó: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?” Felipe le respondió: “Doscientos denarios no bastarían para alimentarlos”. Había dos conversaciones diferentes: el Señor preguntaba: “¿A dónde iremos?” Y Felipe respondió diciendo “cuánto” necesitaban.

A propósito, un denario valía lo que hoy valen unos 17 centavos de dólar. Equivalía a un jornal de un hombre. (¿Qué me dice de esto usted que se queja del mal salario?) Para reducir, pues, los denarios a dólares norteamericanos de nuestro tiempo, multiplicamos los 17 centavos que valía un denario por 200 y tendremos 34 dólares. Eso no sería suficiente para dar a cada persona una migaja y una taza de té.

¡El pesimista estadístico! Lo único que el Señor quería que Felipe dijera era lo siguiente: “Yo no sé. Para *mí* es imposible, pero para ti, no, y esperaré para ver lo que tú vas a hacer. Tú eres un especialista, Señor, en situaciones como ésta”. Pero eso no fue lo que dijo Felipe.

La prueba no había terminado. Se presentó en el escenario otro personaje, de significación más interesante para nosotros. Se llamaba Andrés. El era tan distinto de Felipe como es distinta la noche del día. Felipe sólo vio la situación, el tamaño del problema. No recordó cuán grande es Dios. Estaba más convencido de lo que no podía hacerse que de lo que podía hacerse.

Si usted es un Felipe, también es así. Cuando alguien sugiere una nueva idea, dice: “¡Ah, no! Eso no funcionará”. O cuando empeora una situación y usted ya no puede manejarla, nunca se le ocurre simplemente confiar en Dios. Lo único que ve es lo que no se puede hacer. Hay muchas personas de esta clase en la familia de Dios.

Oí una vez acerca de un granjero que continuamente estaba optimista, y raras veces con desánimo o triste. Tenía un vecino que era precisamente lo contrario. Ceñudo y melancólico se enfrentaba a cada día con un fuerte suspiro.

El granjero feliz veía el sol cuando iba saliendo y gritaba por

encima del ruido del tractor: “¡Mira qué bello sol, y el cielo tan claro!” Y el vecino negativo con la frente arrugada replicaba: “Sí, ¡probablemente chamuscará los cultivos!”

Cuando las nubes se reunían y una lluvia muy necesaria comenzaba a caer, nuestro amigo optimista sonreía a través de la cerca y decía: “¿No es esto magnífico? ¡Dios le está dando al grano una bebida hoy!” De nuevo, el mismo hombre pesimista respondía: “¡Ajá! . . . pero si no se detiene, pronto habrá una inundación que arrasará todo”.

Un día, el optimista decidió someter a su pesimista amigo a una prueba máxima. Compró el más astuto y costoso perro de presa que pudo encontrar. Lo entrenó para que hiciera cosas que ningún otro perro pudiera hacer en la tierra: hazañas imposibles que ciertamente asombrarían a cualquiera.

El optimista invitó al pesimista para que fuera a cazar patos con él. Se sentaron en el bote, en el escondite especial que se usa para la cacería de patos. Llegaron las aves. Los dos hombres dispararon y varios patos cayeron al agua.

—¡Vé, recógelos! —le dijo el propietario al perro con un brillo en los ojos.

El perro saltó del bote, caminó *sobre* el agua, y recogió las aves una por una.

—Bueno, ¿qué piensa usted de eso?

Sin sonreír, el pesimista respondió:

—El no sabe nadar, ¿verdad?

Volvamos a Felipe. Era un tipo pesimista hasta la médula.

Leemos en Juan 6:8: “Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo . . .”. (Me compadezco un poco de Andrés. Cada vez que se menciona, se dice que es el hermano de Simón Pedro. ¿Había pensado usted en eso?)

Andrés tenía, sin embargo, algo fuerte que a mí me gusta. ¡Cualquier hombre que pueda conseguir que un muchachito le dé su almuerzo tiene que tener algún grado de persuasión! El dijo: “Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos”. ¿Cómo supo él eso? No lo sabemos. Probablemente, había estado moviéndose a través de la multitud para ver quién tenía algo. Se acercó al Señor y le dijo: “Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos”.

Pero él no se detuvo ahí, sino que continuó: “mas ¿qué es esto para tantos?” Lástima que no se detuvo antes del último comenta-

rio. El ofreció voluntariamente una información que ni siquiera se le había pedido. Eso casi fue como si hubiera colocado ahí la bolsa en que estaba el almuerzo y se hubiera retirado mientras se encogía de hombros. El Señor ni siquiera le respondió. ¡Un pensamiento tan pequeño lo apagó!

Esto se aplica a todos nosotros, “los Andreses”, que trabajamos duro y diligentemente, pero que somos derribados ante la perspectiva de los obstáculos que encontramos en nuestro camino.

Usted oye acerca de las necesidades de las multitudes a las cuales no ha llegado el mensaje de Cristo. Todo un mundo ansia conocer a Cristo. Acomoda a sus pequeñitos en la cama por la noche: dos, tres, cuatro hijos. “Señor, son tuyos, ¿pero qué son estos entre tantísimos?”

No tiene mucho dinero, así que puede dar muy poco por mes. Y comienza a calcular: “¿Qué es esto para tantísimas necesidades?”

No tiene mucho tiempo. Emplea en su trabajo de diez a 12 horas por día, y piensa: “A menudo no me quedan sino unos cinco o diez minutos para orar. Eso casi no cuenta”.

La mujer que compuso el himno “Aprisa, ¡Sion!” tuvo que haber tenido en mente a hombres como Andrés:

Tus hijos da que lleven el mensaje,
provee los fondos para el mensaje enviar.

Y ora por ellos, que tengan el coraje;
Y cuanto gastes Jesús lo ha de pagar.¹

Tal vez no tenga mucho para dar, pero aquello fue lo único que el muchacho tenía, y eso fue lo que Andrés pudo hallar, y eso fue lo que necesitaba el Señor. *Sólo eso.*

Ahora viene el milagro. ¿Recuerda la historia? Fue un milagro completamente sencillo. De una manera tranquila y sin obstrucciones, Jesús les dijo a los discípulos: “Haced recostar la gente” (Juan 6:10). Como usted ve, los 12 apóstoles van a estar personalmente incluidos en la realización de este milagro, pues básicamente el milagro es para beneficio de ellos, y no de la multitud. El pudo haber dado a los millares cualquier cosa que quisieran en cualquier tiempo del día, pero utilizó a los discípulos como acomodadores.

La gente se recostó como se le dijo. Luego dice la Escritura:

Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían (Juan 6:11).

Usted no puede apreciar plenamente esto a menos que entienda

que la palabra “peces” es traducción de una palabra que se usaba para hacer referencia a pececillos conservados, como las que hoy llamamos sardinas; no eran grandes róbalos marinos o salmones. Y los panes de cebada eran del tamaño de panqueques grandes: planos, duros y quebradizos. Constituían el pan de los pobres.

Jesús tomó estos panes quebradizos y los pececillos en sus manos, y con ellos produjo lo imposible. ¡Las multitudes estaban recostadas por las laderas de las montañas, y los discípulos estuvieron ocupados sirviendo el alimento a las docenas, los centenares y los millares!

¿Recuerda que Felipe sólo está pensando en que cada uno recibiera un poco? El versículo 11 dice que les sirvieron “cuanto querían”. Puedo imaginarme a un hombre que no había comido hacía tiempo: “¡Oye, Felipe! Trae un poco más acá”. Así que Felipe le llevó pan, *cuanto quiso*.

“Y cuando se hubieron saciado . . . (versículo 12). Así es precisamente el Señor. No sólo hace lo imposible. Lo hace abundantemente, más de lo que cualquiera pudiera pedir o pensar. El dio a ese gentío hasta que quedaron saciados. Realizó su especialidad: hizo lo imposible.

Se cruzó el río insuperable, se abrieron túneles para pasar a través de la montaña, se realizó lo imposible. ¡Y para él, eso no fue nada! Notará que, cuando la gente quedó saciada, él dijo a los discípulos: “Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada” (versículo 12). Los recogieron, y llenaron 12 cestas con los pedazos que sobraron de los cinco panes de cebada.

¿Cuántos eran los discípulos? Eran 12. ¿Cuántas cestas recogieron? Recogieron 12. ¿Puede usted imaginarse lo que está haciendo Felipe? Está en la parte baja de la colina con su cesta. Y mientras sube la colina va diciendo: “¡No lo puedo creer!” Tenían más pan del que pudieron comer. Andrés, el del pensamiento pequeño, ¡tuvo que haber quedado atolondrado!

HAY QUE SOLTAR EL PROBLEMA

¿Sabe usted cuál lección pienso yo que aprendieron los discípulos, o por lo menos han debido aprender? *Cuando uno se enfrenta a una imposibilidad, hay que dejarla en las manos del Especialista. Niéguese usted a calcular. Niéguese a dudar. Niéguese a resolverla*

por su propia cuenta. Niéguese a preocuparse o a animar a otros para que se preocupen. Opóngase a eso.

En vez de ello, diga: “Señor, tengo algo que no puedo manejar. Como tú no sólo puedes, sino que también estás dispuesto y ansioso de ayudarme, quita esto de mis manos. Para mí es imposible, pero para ti no lo es”. La perseverancia a través de las presiones de las imposibilidades exige *esa* clase de confianza.

Ahora bien, nuestro problema está en que nos aferramos a nuestros problemas. Si usted nota que su reloj suizo de pulsera no funciona, no se sienta en la casa con un destornillador y comienza a arreglarlo por su propia cuenta. Lo lleva al especialista.

¿Qué pasa si se pone a trabajar con el reloj y luego se lo lleva al especialista?

—Señor, mi reloj dejó de funcionar.

— ¡Ah, verdad! Vamos a ver qué le pasa . . . ¿Qué le hizo usted a este maravilloso reloj?

El problema está en que el Señor recibe los desechos. Nosotros cometemos todos los errores y hacemos incontables nudos mal hechos, y luego tiramos el asunto al regazo del Señor y le decimos: “Aquí lo tienes, Señor”.

¡No! En el mismo comienzo, diga: “Es imposible. No lo puedo manejar. Señor, antes que yo lo eche a perder, te lo entrego”. El puede manejarlo.

Acabo de leer un libro emocionante que se titula *Say It With Love* (Dívalo con amor), escrito por mi buen amigo el doctor Howard. Hendricks. En el libro, él narra una historia verdadera de lo más maravillosa. Cito:

Tuvimos una amable pareja en Dallas hace varios años. El vendió con pérdida su negocio, entró en el ministerio cristiano y las cosas se pusieron un tanto duras. Tenían cuatro hijos. Una noche, en el culto familiar, Timoteo, el muchacho menor, dijo:

—Papá, ¿piensas que Jesús se molestaría si le pido una camisa?

—Bueno, no, por supuesto que no. Digámosle a tu mamá que escriba eso en nuestro libro de peticiones.

Así que ella escribió: “Camisa para Timoteo”. Y agregó: “tamaño siete”. Usted puede estar seguro de que Timoteo se encargó de que todos los días oraran por la camisa. Un sábado, después que habían pasado varias semanas, la madre recibió una llamada telefónica de un vendedor de ropa hecha del centro de Dallas, que era un comerciante cristiano.

—Ya terminé mi venta de liquidación de julio, y como sé que

tiene cuatro muchachos, se me ocurrió que podría usar alguna ropa que nos quedó. ¿Podría usar algunas camisas para muchachos?

—¿De qué tamaño? —preguntó ella.

—Tamaño siete.

—¿Cuántas tiene? —preguntó ella con vacilación.

—Tengo 12 —contestó él.

Muchos hubiéramos recibido las camisas, las hubiéramos guardado en las gavetas, y de paso les hubiéramos dicho algo a los muchachos sobre el particular. Pero estos sabios padres no hicieron así. Esa noche, como se esperaba, Timoteo dijo:

—No olvides, mamá, oremos por mi camisa.

—Ya no tenemos que orar por la camisa, Timoteo —dijo ella.

—¿Por qué?

—El Señor contestó tu oración.

—¿Sí?

—Sí.

Así que, tal como lo habían arreglado, el hermano Tomás sale, saca una camisa, la trae y la coloca sobre la mesa. Los ojos del pequeño Timoteo se pusieron tan grandes que parecían platillos. Tomás volvió a salir, y trajo otra camisa; y volvió y volvió y volvió, hasta que amontonó las 12 camisas sobre la mesa, y Timoteo pensaba que Dios se iba a meter en el negocio de las camisas. Pero ya usted sabe que en Dallas hay un muchachito hoy que se llama Timoteo, quien cree que hay un Dios en el cielo que se interesa tanto en sus necesidades que provee camisas.²

Pero nosotros, por lo general, no le damos a Dios esas oportunidades. Confiamos tan completamente (y tan pecaminosamente) en nosotros mismos que no le damos a Dios la oportunidad de hacer aquello en lo cual es Especialista. Si hay algo que es humanamente imposible, entonces ¿que' vamos a hacer para tratar de conseguirlo?

Hay una conclusión de este tema que no quiero que perdamos. Se trata de dar carácter personal a lo que hemos estado leyendo. Por el hecho de que gira en torno a un padre y su hijo, no será difícil para la mayoría de nosotros identificarnos con esa situación. Al hombre (como a muchos) se le habían agotado los recursos.

HAY QUE CREER LO INCREIBLE

Y se lo trajeron; y cuando el espíritu vio a Jesús, sacudió con violencia al muchacho, quien cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde niño. Y muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle; pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos. Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible (Marcos 9:20-23).

Este es el único pasaje bíblico en que Jesús hizo tal clase de declaración. El padre miró a su hijo, luego se volvió a Jesús y le dijo: "Señor, si puedes hacer algo . . .". Y Jesús dijo: "Si puedes". Es como si le hubiera dicho: "Bueno, soy Especialista en esa clase de problemas. Para ti es imposible, pero para mí, eso no es nada".

La respuesta del padre es loable. Cuando él reconoció su necesidad de confiar completamente y no inquietarse más, clamó: "Creo; ayuda mi incredulidad" (versículo 24).

Ciertamente, algunos de los que leen estas palabras están enfrentados a los problemas más increíbles que cualquiera pudiera imaginar. Ya usted ha llegado al fin absoluto. No hay nada que pueda hacer. Está en cero.

¿Qué es lo que Dios le dice a usted ahora? "¿Todo es posible para el que se preocupa?" ¡No! "¿Todo es posible para el que intenta solucionarlo?" ¡No! . . . al que *cree* todo le es posible". Según la historia que hallamos en Marcos 9, por supuesto, el Señor salva la vida del muchacho, lo libera del espíritu inmundo y le provee sanidad.

La obra que Dios quiere realizar no va a suceder mientras usted está sentado leyendo. Va a ocurrir cuando la presión de la imposibilidad esté sobre sus hombros. Hijo de Dios, aprenda un secreto: Dios se especializa en cosas que pensamos que son totalmente imposibles. Pero como es un caballero, él no se las quitará de las manos, si usted insiste en aferrarse a ellas. Dice Isaías: ". . . Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado teniendo de vosotros misericordia" (Isaías 30:18).

Su situación imposible puede ser una vida matrimonial que está casi o completamente al borde del fracaso. Puede ser un romance destruido que lo ha dejado desilusionado. Tal vez sea un hábito terrible que no es capaz de vencer. Puede tener relación con su trabajo, o con su carrera, o tal vez con sus estudios. Pueden haberse agotado los recursos económicos. Puede ser una relación que ahora está tan tensa y presionada que no puede manejarla. Si es imposible para usted, ¡retire las manos de ella! Pídale a Dios, con fe absoluta, que se encargue.

Permítame terminar este capítulo con una declaración que me gustaría que aprendiera de memoria. Cierre el libro y repítala oralmente varias veces. Es una declaración que yo me repito a mí mismo casi todas las semanas de mi vida. Nunca falla en cuanto a colocar las llamadas "imposibilidades" en el enfoque correcto.

*Todos nos enfrentamos a una serie de grandes oportunidades
brillantemente disfrazadas como situaciones imposibles.*

¿Hay ríos insuperables? ¿Hay montañas?

6

La espera: Persistente prueba de la paciencia

¿Ha oído usted la oración de los tiempos modernos?

“Señor, dame paciencia . . .
¡Y la quiero ahora mismo!”

Es horriblemente difícil para personas que viven de cenas congeladas, puré de papas instantáneo, jugo de naranja en polvo, mezclas empacadas para pasteles, cámaras fotográficas instantáneas y rápidas autopistas, enseñar a esperar a sus hijos. En efecto, es casi imposible.

Una noche estaba yo fastidiado por las semillas que tenían las uvas que mi esposa había servido en la cena. Luego de masticar otra semilla, establecí una ley: “¡No se servirán más uvas en el hogar de los Swindoll, a menos que no tengan semillas!” Eso lo anuncié con un dogmatismo característico. Posteriormente, cuando no estaba nadie cerca para que oyera el reproche, Cynthia se inclinó hacia mí y tranquilamente me preguntó:

—¿Sabes por qué te molestan las semillas de las uvas?

—¡Claro que sí! —le respondí—. ¡Yo mastico esas pepitas amargas y se me esparcen por toda la boca!

—No —dijo ella sonriente—, es porque eres muy impaciente y no sacas primero las semillas. Las uvas moradas realmente tienen mejor sabor . . . pero se necesita algo más de tiempo para comerlas.

Ahí me quedé, clavado a la puerta de la despensa, por un conjunto de hechos muy ciertos (aunque dolorosos).

Yo estaba demasiado ocupado, tan apurado que no tenía tiempo para abrir una uva y sacarle las semillas. ¡Qué cosa! No es extraño

que para mí sea difícil manejar la espera.

¿No haría usted *cualquier* cosa en vez de esperar? Para decir la verdad, algunos de nosotros preferiríamos hacer *lo malo* en vez de esperar.

He descubierto, sin embargo, que en la vida, esperar es la regla, y no la excepción. La excepción es una puerta abierta; cuando usted vea una, ¡entre! ¡Esto no sucede con mucha frecuencia! Pero el hecho de esperar cuando la puerta está cerrada no significa que está fuera de la voluntad de Dios, pudiera estar precisamente en el centro de su voluntad.

La puerta abierta es la excepción. El relampagueo de las luces verdes sólo ocurre unos pocos segundos en la vida. El resto del tiempo está lleno con unas pocas luces amarillas, y mayormente con luces rojas que dicen: “¡Espere, espere, espere!”

Esperar en Dios es descansar en vez de preocuparse. Usted sabe que no puede disimular que está esperando. Todos hemos hecho esto. Podemos estar completamente trastornados por dentro, pero nos ponemos la máscara plástica que dice que estamos en paz, cuando realmente no lo estamos.

Todo esto me recuerda una historia en que estuvieron envueltos algunos soldados estadounidenses durante la guerra de Corea. Ellos habían tomado una casa en alquiler y habían contratado a un muchacho para limpiar la casa y cocinar. Fue común durante esa guerra que los soldados hicieran esa clase de arreglo con personal disponible a precios bajos.

El pequeño muchacho coreano que ellos contrataron tenía una actitud increíblemente positiva: siempre estaba sonriente. Así que ellos le hacían malas jugadas, una tras otra.

Le clavaban los zapatos al piso. El se levantaba por la mañana, les sacaba los clavos con tenacillas, se ponía los zapatos y mantenía un excelente espíritu.

Ellos ponían grasa en las llaves de la estufa, y él limpiaba cada una de ellas, mientras sonreía y cantaba a su manera todo el día.

Ellos colocaban baldes de agua sobre la puerta de tal modo que cuando él la moviera saliera empapado. Pero vez tras vez, él se secaba y nunca se enojaba.

Finalmente, ellos se avergonzaron tanto de sí mismos que un día lo llamaron y le dijeron:

—Queremos que sepas que nunca más te volveremos a hacer malas jugadas. Tu actitud ha sido magnífica.

—¿Quieren decir que ya no me clavarán más los zapatos al piso?
—preguntó él.

—No lo haremos más.

—¿No colocarán más cosas pegajosas en las llaves de la estufa?

—No más.

—¿No van a poner más baldes de agua sobre la puerta?

—No más.

—Está bien, entonces no escupiré más en la sopa —respondió con una sonrisa mientras encogía los hombros.

Es fácil hacer eso. ¿No es verdad? Con nuestras caras decimos que estamos esperando, pero estamos molestos y escondemos ese hecho. ¡“Escupimos en la sopa” más veces de las que no lo hacemos!

UN SALMO QUE ESTIMULA LA PACIENCIA

En el Salmo 62 hallamos un esquema muy útil, y yo pudiera agregar, muy simple, para guiar nuestros pensamientos en lo que respecta a esperar victoriosamente en el Señor. No creo que necesitemos amplia enseñanza sobre esperar. ¡Lo que necesitamos son largos *períodos* de práctica! La mayoría de nosotros sabemos eso; necesitamos *practicarlo* más. Permítame decir sólo lo suficiente sobre el tema para refrescarle la memoria y ponerlo en marcha.

David escribió: “En Dios solamente está acallada mi alma” (Salmo 62:1). Esta declaración en hebreo tiene un hipérbaton completamente distinto al castellano: “Sólo por Dios en silencio mi alma espera”. La palabra que se tradujo “silencio” viene de un verbo hebreo que significa “susurrar suavemente”. La idea es la de susurrar un secreto a alguien que uno ama, en tal tono que no lo alcance a oír ninguna otra persona. En este caso, sólo es para que Dios lo escuche.

El adverbio “solamente” aparece cinco veces en este salmo. Para David, no hay ningún otro, sino el Señor. Con esto en mente, vea detenidamente el pasaje, y verá lo que hemos de hacer.

(1) *Espere que Dios dirija sus pasos.*

“En Dios solamente está acallada mi alma”. No corra adelante. ¡Espere! La luz roja del semáforo significa: “Espere, observe con cuidado”. Usted no puede esperar y correr al mismo tiempo.

El versículo 1 es la declaración de David; el versículo 5 es su

mandamiento: “Alma mía, en Dios solamente reposa”. El se está hablando a sí mismo. ¿Alguna vez ha tenido que hacer eso usted? Con toda seguridad lo ha hecho, en medio de los crecientes dolores de la vida cristiana. “Alma mía, ¡escucha! ¡Haz lo que se te dice!” Eso es lo que el salmista dice: “Espera que Dios dirija tus pasos”.

(2) *Confíe en que Dios le proveerá lo necesario.*

Continúa: “De él viene mi salvación. El solamente es mi roca”. Está bien, entonces usted tiene que esperar en él y confiar que él le proveerá lo que necesite. Ahora bien, ¿cómo le va con esto? Comprendo que éste es un asunto muy trillado; desde que usted era niño y asistía a la escuela dominical ha oído eso: “Espere que Dios le supla todo lo que necesita”. Permítame preguntarle: ¿Ha superado eso? Yo puedo enseñarle, pero no puedo hacerlo aprender. Dios tiene que hacer eso. ¿Verdad? Y eso requiere espera.

Mi hija mayor, Charissa, fue sometida a una operación del ojo cuando estábamos en Tejas. Tenía el ojo débil, y en esa condición, los músculos le hacían voltear el ojo hacia afuera. El médico que teníamos allí nos dijo: “Haré lo mejor que pueda”. Cuando terminó la operación, el ojo se le volteó hacia adentro.

Nos mudamos a California, y como no le estaba mejorando el ojo, volvimos a consultar a un médico de nuevo. Para entonces, ella ya tenía que usar lentes gruesos. Hallamos a un pediatra oftalmólogo, quien no trabaja en otra cosa sino con los ojos de los niños. El nos dio más o menos la misma esperanza que el médico en Tejas: “Haré lo mejor que pueda, pero ahora tiene tejido cicatrizado. Eso me ofrecerá dificultad cuando llegue a esa parte. Así que quiero decirles con anticipación que el ojo pudiera voltearse hacia adentro o hacia afuera; en una dirección o en otra. Sólo se lo digo para que estén prevenidos”.

Tal como les sucede a todos los padres, yo estaba convencido de que Dios iba a hacer que todo saliera bien. Ella salió de la operación ensangrentada, inflamada y adolorida. Yo quería que ella abriera el ojo. Recuerdo que me paré junto a su cama y le dije: “Hija, ¿puedes abrir el ojo para que yo lo vea? Abrelo”. Mi esposa y yo esperábamos ansiosamente esa primera mirada.

Finalmente, el párpado se abrió. ¡El ojo estaba completamente volteado hacia adentro, precisamente hacia la nariz! Lo único que uno podía ver era la parte blanca del ojo.

¡Yo llegué al fondo de la desesperación!

Le digo que ése fue uno de los momentos más desesperados de mi vida. *Sinceramente, yo no sabía cómo hacer frente a eso.*

—Me voy —le dije a Cynthia.

—¿Adonde vas? —preguntó.

—No sé —respondí—. Simplemente me voy.

Me subí al automóvil y fui hasta mi oficina. Entré, puse el aviso “No interrumpa” en el pestillo, y cerré las puertas. Mi secretaria trató de entrar, y le dije que se retirara. Me hallaba en la absoluta oscuridad. Extremadamente deprimido.

Un amigo íntimo habló con mi esposa y se arriesgó a buscarme en la oficina. Llegó, me expresó su genuina preocupación, y me dijo: “Vamos, salgamos de aquí”. Me rodeó con su brazo, salimos y nos metimos en su automóvil. No me dijo mucho; simplemente dimos vueltas en el auto. No hubo sermones ni órdenes para “sacarme de mi ensimismamiento”. Todo fue quietud.

Unas dos o tres horas después regresamos al hospital.

—Realmente voy a encomendar esto al Señor —me dijo—. Pero tenemos que esperar en Dios, tenemos que confiar en él, Charles.

Ese fue un consejo sabio de un hombre a quien aprecio profundamente.

Volvímos, pues, a la habitación del hospital donde estaba mi hija. Pasó la noche. La mañana siguiente le volvímos a examinar el ojo. ¡Se le estaba enderezando! Cuando el oftalmólogo se lo revisó posteriormente y analizó la condición de ella, dijo: “Su fusión es perfecta. Le quitaremos los lentes”. Hasta el día de hoy, la visión de ella es perfecta.

Ahora bien, no sé por qué nunca he aprendido esa lección de manera permanente. Supongo que ésa es parte de mi humanidad caída. ¿Alguna vez ha tenido que aprender una lección dos veces? ¿Crearía siete u ocho veces?

Nosotros esperamos. No podíamos hacer nada. No había nadie a quien acudir, sino al Señor. Conseguí el mejor cirujano especialista en ojos de niños. El me lo advirtió. Tuve que cambiar mi debilidad por la fortaleza de Dios, aunque yo no merecía el cambio. Simplemente dije: “Es imposible, Señor; hazlo tú”. Y él lo hizo.

Cuando esperamos para que Dios dirija nuestros pasos, ¡él lo hace!

Cuando confiamos que él satisface nuestras necesidades, ¡él lo hará!

¿Qué más?

(3) *Espere silenciosamente y con calma.*

“En Dios solamente está acallada mi alma” (versículo 1).
“Alma mía, en Dios solamente reposa” (versículo 5). El himnólogo escribió:

Habla, Señor, en la calma,
mientras espero en ti;
dispuesta está mi alma
para tu voz oír.*

Algunas de mis mejores oraciones las he hecho sin palabras. Dejo de hablar, cierro los ojos, medito en lo que he estado leyendo o en lo que he estado diciendo y me oigo internamente. Oigo profundamente. Me oigo los reproches. Pienso en mí como si fuera una casa con muchas puertas. Mientras estoy meditando —y a menudo me ayuda el cerrar los ojos para no distraerme—, corro el cerrojo de las puertas y las abro mientras espero. Es entonces cuando el Espíritu Santo entra. Entonces le presento las circunstancias y escucho con las puertas abiertas.

Entienda usted, por favor, que yo nunca he oído una voz audible. Esa no es la clase de respuesta que recibo. La oigo en lo profundo de mi ser. Siento lo que Dios está diciendo acerca de la situación. Al fin y al cabo, su promesa es que él inscribirá sus leyes, su voluntad, en nuestros corazones y en nuestras mentes (Hebreos 8:10).

Esto se parece a lo que hace uno cuando se enamora de una persona. ¿No es verdad que cuanto más profundo sea el amor, tanto menos hay que decir? Los enamorados realmente se pueden sentar junto a una chimenea durante una o dos horas, y decirse muy poco, pero ése puede ser el más profundo encuentro y la más profunda relación que se puede experimentar.

En alguna ocasión, que sea pronto, aparte tiempo para leer Apocalipsis 2:1-7. Es una carta que Jesucristo escribió a un grupo de cristianos del primer siglo que vivían en la metrópoli de Efeso. Era una gran ciudad; los santos eran sólidos, la iglesia era fuerte; pero algo faltaba.

¿Sabe qué era lo malo que había en Efeso? Ellos habían abandonado su primer amor. Eran ortodoxos, se podía predecir cómo seguirían, eran sólidos hasta la médula, defendían la verdad; pero habían perdido su primer amor. Habían dejado de amar a Jesucristo. Y el Señor dijo que eso era tan significativo para él que, a menos que se

* “Habla, Señor, en la calma”, Copyright 1951 by Singpiration, Inc. Todos los derechos reservados. Se usa con permiso.

volvieran de su mal camino, él les quitaría el candelero del lugar de ellos y se llevaría la luz. No serían más que un caparazón con un aviso al frente: “Iglesia Cristiana de Efeso”. Una armazón con vidrios de colores sin el calor de Cristo.

(4) Espere con estabilidad y confianza.

El solamente es mi roca [ésta es una buena palabra] ... Es mi refugio, no resbalaré mucho (Salmo 62:2).

Hay un sentido de estabilidad cuando se confía en el Señor. Así es como esperamos: silenciosamente y con un sentido de confianza.

DISCERNIMIENTO DE LA PACIENCIA

A mí me encanta muchísimo lo que leo en Isaías 40:31: “Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas”.

En este caso, el verbo “esperan” significa “torcer o extender a fin de llegar a ser fuerte”. En la forma nominal significa “una línea” o “una cuerda”. En otras palabras, la idea es la de extender o torcer hebras de cáñamo a fin de que, en el proceso, se logre mayor fuerza.

Alguien ha llamado esto “el intercambio de vida”, en que cambiamos nuestra debilidad por la fortaleza de Dios. Yo tomo mi hebra (que es como la de una pequeña telaraña) y la envuelvo en torno al cable de acero del carácter del Señor (a través del proceso de la espera), y luego mi hebra llega a ser tan fuerte como su carácter. Intercambio mi debilidad por su fortaleza que es como un cable de acero. Nunca cede en medio del calor de la lucha; siempre se mantiene firme.

Los que esperan (los que cambian su debilidad por la fortaleza de él) en Jehová tendrán nuevas fuerzas. Pero recuerde que la clave para obtener la fuerza del Señor es esperar.

Note las tres cosas que el profeta Isaías dice que ocurrirán:

... levantarán alas como las águilas;
correrán, y no se cansarán;
caminarán, y no se fatigarán (Isaías 40:31).

El significado hebreo de la primera declaración es: “Les brotarán alas como águilas”. ¿No es eso interesante? ¿En qué piensa usted cuando se imagina a un águila que se remonta? Yo pienso en la libertad y en la fuerza. Pienso en el carácter sólido del vuelo. ¿No sería magnífico poder volar? Los que esperan en el Señor, de algún

modo tienen esa opción delante de ellos. Hay libertad de las presiones de la vida para el vuelo. Y esta libertad estará acompañada por una paz interna.

Luego, Isaías promete que los que esperan correrán y no se cansarán. Ya no arrastraremos un ancla. En esta carrera espiritual nos espera la levedad, la ligereza de pies. Agrega Isaías que caminaremos y no nos fatigaremos. ¿Por qué? Porque estamos esperando: no estamos marchando con nuestra propia fuerza. Marchamos con la fuerza de él, y Dios nunca se cansa. Cuando envolvemos nuestra hebra alrededor de su cable, podemos remontarnos con libertad y caminar con un corazón liviano.

EL BENEFICIO DE LA ESPERA

Volvamos al Salmo 62. Dios nos dice por qué debemos esperar. La razón es simple. Porque:

- (a) El solamente es nuestro *Libertador*. De él viene nuestra salvación (versículo 1).
- (b) El solamente es nuestra *Seguridad*. El es nuestra Roca (versículo 2).
- (c) El solamente es nuestra *Esperanza*. De él es nuestra esperanza (versículo 5). ¡Qué declaración tan estimulante!
- (d) El solamente es nuestra *Gloria*. En Dios está mi salvación y mi gloria (versículo 7). Eso me encanta. Ahí hay finalidad.
- (e) El solamente es nuestro *Refugio*. En Dios está mi refugio (versículo 7). Solamente, solamente, solamente *Dios*.

¿Por qué esperar? Porque sin él no tengo libertad ... no tengo seguridad ... no tengo esperanza ... no tengo ninguna gloria ... no tengo ningún refugio.

¿Sabe usted lo que aprendí al fin? (En algunas de estas cosas, yo aprendo lentamente, como me pasó con las uvas.) He aprendido que esperar envuelve confiar. He aprendido que esperar incluye orar. He aprendido que esperar implica descanso. Le prometo que Dios cumplirá su Palabra, si usted está dispuesto a esperar.

Permítame recordarle lo que le dije al comienzo de este libro. La palabra clave es *perseverancia*. Nosotros crecemos y aprendemos, no cuando las cosas vienen instantáneamente por nuestro camino, sino cuando nos vemos obligados a esperar. Así es como Dios nos atempera y nos sazona; nos ablanda y nos madura.

He leído muchas cosas relacionadas con esto de esperar y desarrollar la paciencia, pero nunca he leído nada que sea mejor que la paráfrasis que hizo J. B. Phillips de Santiago 1:2-4. Lea, por favor, estas palabras finales de manera lenta y reflexiva. Después de terminar, haga una pausa y ore. Pídale al Señor que le dé fortaleza para esperar . . . para soportar la prolongada prueba de la paciencia.

Cuando todas las clases de pruebas y tentaciones se apiñen en las vidas de ustedes, mis hermanos, no se resientan de ellas como si fueran intrusas; ¡sino recíbanlas como amigas! Comprendan que vienen a probar la fe de ustedes y a producirles la característica de la paciencia. Pero permitan que el proceso continúe hasta que la paciencia se haya desarrollado plenamente, y descubrirán que han llegado a ser hombres de carácter maduro que tienen la clase correcta de independencia (Santiago 1:2-4; Phillips).

Cambiamos la oración común de los tiempos modernos por la oración del cristiano:

“Señor, hazme maduro . . .
Y estoy dispuesto a esperar en ti”.

7

La tentación: Defecto vulnerable de la debilidad

Marco Antonio fue conocido como el “orador elocuente de Roma”. Fue un hombre de estado brillante, magnífico en la batalla, valiente y fuerte. Y era bien parecido. En lo que respecta a sus cualidades personales, él hubiera podido ser un emperador mundial. Pero tenía el defecto muy vulnerable y fatal de la debilidad moral, tanto que su tutor personal en una ocasión le gritó en la cara: “¡Oh, Marcos, oh niño colosal! Capaz de conquistar el mundo, pero incapaz de resistir una tentación”.

Temo que este juicio no se aplica sólo a Marco Antonio, ni se aplica sólo a la gente del mundo perdido. Si se conociera la verdad, podría aplicarse a muchos de los que están en las filas evangélicas. Todos nos enfrentamos a la tentación, y es un hecho muy real que muchos no sabemos aún cómo resistirla y vencerla cuando aparece.

Eso, muy sencillamente, es lo que quiero tratar en este capítulo. Escribir un libro acerca de las luchas de los santos, sin incluir un capítulo relacionado con la tentación, le daría al libro carácter de irreal e incompleto. ¿Por qué tiene tanto éxito la tentación? ¿Qué es lo que hace que funcione? ¿Cómo podemos manejarla? ¿Podemos aprender algo que Marco Antonio nunca aprendió: a resistirla?

¿PRUEBAS O TENTACIONES? EL SABER LA DIFERENCIA

Hay una diferencia definida entre las *pruebas* y las *tentaciones*. Las pruebas son experiencias severas que fortalecen nuestra fe. Normalmente, en una prueba no hay nada inmoral. Es simplemente una penuria, una experiencia difícil. Pero por lo general, no es algo malo, ni producido por el mal.

Notará usted que Santiago 1:2, 3 se refiere al problema de las *pruebas*.

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.

Hasta el versículo 12 del mismo capítulo, Santiago continúa escribiendo acerca de las pruebas. Pero en el versículo 13 habla acerca de la tentación.

Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios.

Tomemos, por ejemplo, las pruebas de Job. El perdió su salud, su familia, su hogar, sus haberes. ¡Perdió todo! Pero los problemas de Job no le vinieron por causa de la inmoralidad. Lo que a él le vino fue una prueba. De hecho, fue una de las pruebas más severas, como lo estudiamos en el capítulo 4 de este libro.

O miremos al deprimido Elías debajo del enebro. Cuando su vida estuvo amenazada, fue y se escondió, y le rogaba a Dios que le quitara la vida.

Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres (1 Reyes 19:4).

La experiencia depresiva de Elías no fue causada por nada inmoral ni malo.

Juan, el autor del Apocalipsis, fue desterrado a la isla de Patmos, pero no por haber hecho algo malo. El fue alejado de todo aquello que conocía y apreciaba. Eso fue una prueba.

Pero cuando se trata de la tentación, todo es diferente. Por esa razón se incluye en Santiago 1:13 la palabra “tentado”. Aunque en griego es la misma palabra que se lee en los versículos 1 al 12, en la mente del escritor tenía en este último caso un significado diferente. Cambió la idea de una experiencia severa por la de la solicitud a hacer el mal.

La tentación es el acto de incitar a hacer el mal mediante una promesa de placer o ganancia. Esta sería una buena definición. La tentación lo motiva a uno a hacer lo malo mediante la promesa de

algo bueno. ¿No es ésa precisamente la obra del diablo?

Tenemos la tendencia de pensar primero en el aspecto sensual de la tentación. Si preguntáramos: “¿Qué es la tentación para usted?” la inmensa mayoría de lectores diría: “Es aquello que se relaciona con la naturaleza más baja, la parte sensual de la vida; aquello que se relaciona con la concupiscencia de los ojos y los deseos desordenados del hombre”. Eso es tentación, pero no es todo. Podemos ser tentados a chismear ... a robar ... a mantener un resentimiento ... a mentir. Hay tentaciones de toda clase. Así que no clasifiquemos las tentaciones en el aspecto de la sensualidad, aunque los deseos sensuales son los más comunes como tentación.

HAY UNA RESPUESTA SIMPLE

La tentación puede ser contraatacada *de una manera muy definida mediante un acto particular*. Este acto es un fruto del Espíritu. En Gálatas 5:22, 23 leemos:

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.

La palabra que estamos buscando es “templanza”. La palabra griega de la cual se tradujo significa literalmente “fuerza interna”. Y eso es precisamente la templanza. En la literatura no bíblica se traduce con frecuencia como “dominio” o “dominio propio”. En otras palabras, una de las cosas que promete el Espíritu de Dios que hará para el hijo de Dios es capacitarlo para que se domine, domine sus debilidades y los aspectos en que sea tentado. ¿Cómo se contraataca la tentación? Mediante el *dominio propio*. Métase ese pensamiento en la cabeza.

Pero, espere un momento. Al leer esto, usted pudiera estar tentado a decir (como lo dirían los que asisten a las llamadas conferencias sobre la vida más profunda): “Esto no es algo que me toca hacer a mí; sino algo que hace Dios. Yo no puedo hacer nada. Sólo entro en el proceso *de manera pasiva*. Dios es el que obra activamente en esto, pues al fin y al cabo, la templanza es el fruto del Espíritu”.

Estoy seguro de que ha oído esa clase de pensamiento. Suena muy bien, muy profundo. Pero esta enseñanza sutil está equivocada. Aunque el dominio propio viene del Espíritu de Dios, nosotros lo llevamos activamente a la práctica. ¡En esto hay participación acti-

va tanto del Espíritu Santo como nuestra! Es importante recordar esto. Es un esfuerzo de equipo, ambos, el Espíritu Santo y usted.

En el día de hoy anda por ahí una enseñanza según la cual, lo que yo tengo que hacer, en caso de que haya que hacer algo, es esperar pasivamente en Dios y él hace todo. Lo que yo hago no es nada; o muy poco. Si yo participo en ello, entonces sería algo “de la carne”. Eso suena bien; es muy piadoso. Y técnicamente, es cierto.

Pero sólo es la mitad del asunto. Tal concepto deja a la persona sin participación en la vida. Mediante algún proceso maravilloso, o exudación espiritual, todas estas cosas salen por completo de mi queridísimo corazón, y yo veo y me asombro de la maravillosa obra de Dios, casi como si estuviera fuera de mí observando cuando me sucede.

Permítame decirle que tal concepto es antibíblico, y no funciona. Si usted trata de enfrentarse pasivamente a la tentación, jella lo dominará todos los días de su vida! El poder y el fruto del Espíritu están a la disposición; la templanza o dominio propio viene de Dios; pero quiero repetirlo: *Nosotros lo llevamos a la práctica*. Haga una pausa y permita que esto le penetre.

¿Cómo lo sabemos?

El apóstol Pedro escribió acerca del dominio propio.

Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor (2 Pedro 1:4-7).

En esa serie de mandamientos, el Señor incluye nuestra responsabilidad: Usted suple el dominio propio. Parece como si fuera una contradicción, ¿no es verdad? Pablo lo llama “el fruto del Espíritu”, y lo es. El dominio propio es un ingrediente procedente del cielo que nos envía Dios cuando el Espíritu de Dios vive dentro de nosotros y nos controla. Pero Pedro dice que nosotros debemos “añadir . . . dominio propio”.

Esta aparente contradicción se resuelve cuando comprendemos que Dios es la fuente del poder, y que eso significa que *nosotros pavimentamos el camino* para que ese poder se manifieste. La misma provisión básica se le concede a todo hijo de Dios, pero a nosotros nos corresponde obedecer y poner en práctica el dominio

propio para que se produzca en nuestras vidas.

CUATRO HECHOS RELACIONADOS CON LA TENTACION

Hay cuatro principios básicos relacionados con la tentación. Antes de estudiar cómo manejarla, establezcamos dichos principios. Se encuentran en tres versículos del capítulo 1 de Santiago.

Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte (Santiago 1:13-15).

(1) *La tentación es inevitable.* “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios”. Santiago no dijo: “Si alguno es tentado, no diga . . . Dijo: “Cuando alguno es tentado”. Entre estas dos declaraciones hay una diferencia.

Sería maravilloso si pudiéramos vivir sin enfrentarnos a las tentaciones. Pero el hecho simple es que no podemos. Si usted piensa que ha hallado algún lugar, algún secreto único para la victoria cristiana, alguna ubicación perfecta, alguna isla inhabitada, alguna iglesia ideal, alguna parte donde no hay posibilidad de tentación, no se meta allí. ¡Pues cuando usted se meta lo va a echar a perder! Como ve, cuando vaya a ese sitio, lleva consigo la mente suya, los pensamientos suyos, que son el vehículo de la tentación. Nunca estaremos en algún lugar en la tierra en que no haya tentación. Jamás.

El monje que vive enclaustrado, lucha contra la tentación en forma tan real como el hombre de negocios de Nueva York, Chicago, Los Angeles o cualquier ciudad del mundo. El comerciante que se enfrenta a las tentaciones de la competencia no lucha menos ni más contra las tentaciones que el hombre que está dedicado a la obra del ministerio de Cristo. Todos nos enfrentamos a tentaciones. La tentación es inevitable. No podemos escaparnos de ella.

(2) *Dios nunca dirige la tentación.* Ciertamente, él la permite, pero nunca la dirige. Dios no nos guía hacia el pecado. Notemos en Santiago 1:13 que Dios no puede ser tentado por el mal, y que él no tienta a nadie.

Recordemos las palabras de 1 Juan 1:5: “Dios es luz, y no hay

ningunas tinieblas en él". Eso significa que Dios no puede tener compañerismo con el pecado. El no puede tolerarlo, ni dirigirnos hacia el pecado. Nosotros pecamos por nuestra propia determinación. Nos dice Isaías 6:3 que, cuando los ángeles rodeaban el trono de Dios, le rendían alabanza diciendo: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos". "Santo" significa "totalmente separado del pecado".

Permítame decir esto de la manera más cuidadosa que pueda: No hay nada malo en que nos enfrentemos a las tentaciones. No es pecado que se nos presenten cosas tentadoras. En Hebreos 4:15 se nos dice que Jesús fue "tentado en todo según nuestra semejanza, *pero sin pecado*" (las cursivas son mías).

¿Pero cómo reaccionamos ante la tentación?

Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios (Santiago 1:13).

¿Alguna vez se dio usted cuenta de que estaba haciendo eso? La ilustración clásica es el caso de Adán cuando estaba en el huerto del Edén. Cuando Adán hubo comido del fruto, y Dios llegó y le preguntó: "¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?", ¿recuerda usted lo que dijo Adán? "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí". ¿Qué era lo que estaba diciendo? "Dios, ¡tú fuiste el que me colocó en esa situación! Aquí estaba yo disfrutando de la abundancia y de la bendición del huerto, cuando se presentó esta mujer que tú trajiste a mi vida. Y si no hubiera sido por ella, yo nunca hubiera sido tentado".

Ese pensamiento fue exactamente el que Santiago quiso contradecir. Dios no está empeñado, ni siquiera *indirectamente*, en conducirnos hacia el pecado. Ciertamente, Dios permite que en nuestra vida ocurran los eventos tal como ocurren. Pero cuando nosotros nos rendimos a las tentaciones que se nos presentan, Dios no tiene, en absoluto, parte en el acto nuestro. En vez de ello, lo que ocurre es que usted y yo hemos desobedecido, y nos hemos entregado a la tentación.

(3) *La tentación es un asunto individual.*

"... cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido" (Santiago 1:14).

Quiero que subraye las palabras *cada uno* y *propia*. Cuando decidimos rendirnos a la tentación (ya pronto nos vamos a referir a

ese proceso), ése es un asunto individual. Usted no puede echarle la culpa a ninguna otra persona.

No hay nada fuera de nosotros que sea lo suficientemente fuerte para hacernos pecar, ni siquiera Satanás. *El pecado se produce cuando estamos de acuerdo con la tentación y la seguimos.* Se necesita un acuerdo de nuestra parte. El pecado no ocurre mientras yo no entre individualmente en él. Hasta ese punto estoy seguro y puro.

Permítame ilustrar esta verdad de la siguiente manera. Tengo un amigo abogado que trabaja conjuntamente con el Banco Federal de la Reserva en otra ciudad. Su trabajo incluye numerosos viajes a la Reserva Federal, donde se guardan y se cuentan pilas, y pilas, y pilas de papel moneda. ¡Si usted nunca ha visto eso, no puede imaginárselo!

El cometió el error de llevarme allí una tarde. Entramos los dos y fuimos inspeccionados minuciosamente. (Si usted ha estado allí, ya sabe qué completo hacen ellos este trabajo.) Caminamos por un pasillo angosto y volvimos a ser inspeccionados. Todo el tiempo estuvimos enfocados por cámaras de televisión que mantienen un circuito de seguridad. Detrás de una gran sección encerrada en vidrios a prueba de balas (y la construcción del edificio es tal que uno no puede pasar al otro lado de los vidrios), hay personas que no hacen ninguna otra cosa que contar dinero. Había numerosas pilas de frescos billetes nuevos de cien dólares. El me dijo que también había pilas de billetes de mil dólares.

—¿Cómo hacen para soportar el estar allí? —le pregunté a mi amigo (¡con lo cual estaba revelando algo de mi propia condición!)

—Todo va bien —respondió él— mientras ellos recuerden que su único trabajo es el de contar papeles. Si comienzan a concentrarse en lo que representan esos papeles, entonces tenemos problemas.

Mientras ellos estén contando hojitas de papel impresas, todo está bien. Pudiera ser una pila de revistas o de cartas. Pero si piensan: “¡Epa, este billete de cien dólares que tengo en la mano se puede gastar!” o “¡Son mil dólares, hombre!” entonces se meten en dificultades. Al frente de todos nosotros hay puertas abiertas para pecar. La persona que se centra en Cristo y en su justicia dice: “No se puede”, y con determinación se aparta. La persona que quiere satisfacer sus propios deseos de pecar (sea cristiana o no) dice: “¡Ah, simplemente no puedo evitarlo”, y se mete en el pecado.

¡Para el cristiano está la buena noticia de que, mediante el poder del Espíritu Santo, *sí podemos evitarlo!*

(4) *La tentación que conduce al pecado siempre sigue el mismo proceso general.* En el versículo 14 comienza el proceso, y en el versículo 15 se lleva a cabo. Ponga buena atención:

Primer paso:	Se lanza la carnada.
Segundo paso:	El deseo interno es atraído por la carnada.
Tercer paso:	El pecado se produce cuando nos rendimos: cuando mordemos la carnada.
Cuarto paso:	El pecado trae como resultado trágicas consecuencias: terminamos ensartados en el anzuelo y quedamos fritos.

Uso este lenguaje vivido y términos análogos a causa de la terminología de Santiago. Observemos lo que él escribió:

. . . sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte (Santiago 1:14, 15).

La palabra “seducido” (versículo 14) es un término de pesca. Cuando uno va a pescar, tiene que llevar una carnada que interese y seduzca al pez. En el lugar donde yo vivo, a los peces les gustan los camarones. Uno coloca un jugoso camaroncito en el anzuelo y trata de mantenerlo vivo de tal modo que se mantenga mordiendo y danzando, como si estuviera nadando, y se lanza al océano. Si una trucha grande lo ve, no puede resistir. Si uno maneja bien todas las cosas, con toda seguridad ha logrado pescar una. ¿Por qué? Porque se ha escogido la carnada que le interesa al pez.

Ahí está el tal pez: seguro, desapercibido, haciendo lo que hacen los peces. Luego cae la carnada. El pez tiene que habérselas con ella. No sé cómo piensan los peces, pero probablemente miran y piensan algo como lo que sigue: “¡Oye! ¡Parece magnífica!” Y cuando ese pez sale de su escondite en busca de la carnada, prácticamente ya está atrapado.

Así somos nosotros.

Mientras permanezcamos obedientes al Señor, obteniendo de él nuestra fuerza y nuestro deleite, el sistema del mal que nos rodea

puede lanzarnos toda clase de carnadas, y eso no llamará seriamente nuestra atención. Claro que ahí está la carnada. Pero la Palabra de Dios y su poder son más fuertes y más importantes para nosotros que cualquier cosa que esté por ahí.

Pero cuándo decidimos no obedecer a Dios y salir a buscar la carnada, prácticamente hemos caído.

Tal vez usted se esté preguntando cómo puede uno *negarse* constantemente. Echemos una mirada a Génesis 39, y veremos los medios clásicos para manejar la tentación.

Llevado, pues, José a Egipto, Potifar oficial de Faraón, capitán de la guardia, varón egipcio, lo compró de los ismaelitas que lo habían llevado allá. Mas Jehová estaba con José, y fue varón próspero; y estaba en la casa de su amo el egipcio. Y vio su amo que Jehová estaba con él, y que todo lo que él hacía, Jehová lo hacía prosperar en su mano. Así halló José gracia en sus ojos, y le servía; y él le hizo mayordomo de su casa y entregó en su poder todo lo que tenía. Y aconteció que desde cuando le dio el encargo de su casa y de todo lo que tenía, Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José, y la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que tenía, así en casa como en el campo. Y dejó todo lo que tenía en mano de José, y con él no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía. Y era José de hermoso semblante y bella presencia. Aconteció después de esto, que la mujer de su amo puso sus ojos en José, y dijo: Duerme conmigo. Y él no quiso . . . (Génesis 39:1-8).

¿Notó usted cuál fue la carnada que se lanzó? Ahí está un hombre soltero, bien parecido, solo en el hogar de Potifar. La mujer de Potifar siente un deseo lujurioso, y le dice: “Duerme conmigo”. Ahora bien, ¡eso es lo que yo llamo lanzar la carnada! ¡No había nada sutil en la señora de Potifar!

Pero José no quiso. Veamos su respuesta:

He aquí que mi señor no se preocupa conmigo de lo que hay en casa, y ha puesto en mi mano todo lo que tiene. No hay otro mayor que yo en esta casa, y ninguna cosa me ha reservado sino a ti, por cuanto tú eres su mujer; ¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios? (Génesis 39:8, 9).

¿No es eso fuerte? Este es un hombre en cuyo corazón Dios tiene precedencia. “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” El, de manera consciente y voluntaria, rechazó la carnada.

Hablando ella a José cada día [No creas ni por un instante que una vez que resistes, allí termina el asunto. El mismo pensamiento tentador regresará una vez, y otra y otra. No creas que porque dices *no*

una vez, Satanás va a abandonar.], y no escuchándola él para acostarse al lado de ella, para estar con ella, aconteció que entró él un día en casa para hacer su oficio, y no había nadie de los de casa allí. Y ella lo asió por su ropa, diciendo: Duerme conmigo. Entonces él dejó su ropa en las manos de ella, y huyó y salió (Génesis 39:10-12).

¡A mí me gusta eso! El se marchó. Corrió como loco. Ella se quedó con la ropa, y él (con el tiempo) recibió su recompensa. A propósito, hay un nombre para los que vacilan y tratan de razonar con los deseos carnales: *víctima*.

MANERAS PRACTICAS DE MANEJAR LAS TENTACIONES

¡Eso puede hacerse! Mire, nosotros hemos hecho de eso de resistir la tentación un talento místico, inalcanzable e irrealizable, reservado para los muy viejos o para los muy piadosos. *¡Exageración!* Decir *no* es algo que podemos hacer todos los que pertenecemos a Cristo. No hay nada mágico en eso. ¡Usted simplemente coloca a Cristo como el timón de su vida, y dice: *¡No!*

Creo que fue John Wesley quien dijo: “Denme hombres que no amen más que a Dios, y que no odien nada sino el pecado”. Así es precisamente. El Señor le dará a usted el poder para resistir o correr y decir no, cuando venga el tentador. Permítame desglosar esta práctica en los siguientes principios prácticos y factibles.

(1) *Contraataque la tentación. No la tolere.* Pablo escribió en Romanos 6:13:

... ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.

Yo veo esto como algo activo. Dios no nos da sólo mandamientos negativos. No. El dice: “Presentad vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”. Dicho esto en otros términos equivalentes: No trates de coexistir pacíficamente con la tentación. Levántate contra ella.

Hagamos frente a esto: Nosotros jugamos con ciertas cosas que nos debilitan. Permítame ser específico. Si cierta clase de música le causa debilidad, al oírla, usted mismo se expone a caer en las manos de Satanás. Si se debilita con ciertas películas que presentan ante

sus ojos cosas que despiertan en usted deseos que no puede controlar, entonces no está contraatacando el pecado y la tentación. La tolera; está abonando el terreno. La incita.

Si echar una mirada a las revistas que venden en el quiosco es algo que usted no puede controlar, ¡permanezca alejado! Si usted alimenta su mente con la basura de las “revistas famosas” (y me refiero aún a las más populares), y no puede resistir esas cosas, permanezca retirado de ellas. Deje de chasquear con la lengua y de menear la cabeza cuando se detiene a ver las páginas.

Aprenda de José. ¡Salga corriendo!

Las palabras de Dag Hammarskjöld, secretario general de las Naciones Unidas a mediados y en la última parte de la década que comenzó en 1950, vibran de sabiduría:

No puede jugar con el animal que está dentro de usted sin volverse completamente animal; no puede jugar con la falsedad sin abandonar su derecho a la verdad; no puede jugar con la crueldad sin perder la sensibilidad de su mente. El que quiere tener su jardín pulcro no reserve una parcela para la maleza.¹

Usted es un necio, un simplón, si, sabiendo qué es lo que lo debilita, de todos modos sigue alimentándose con ello. Al traer constantemente tentaciones ante sus ojos y permitir que se asienten en su mente, usted está jugando a caer directamente en las garras del diablo. Si las relaciones con ciertas personas lo debilitan, absténgase de ellas.

De paso, esto no es legalismo. Es la maravilla de la gracia de Dios que puede librarlo de la esclavitud y capacitarlo para servirle. ¿Recuerda lo que él dijo? “. . .ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado . . .” (Romanos 6:13). Si ésa fuera una hazaña imposible, Dios no diría: “¡No lo sigas haciendo! ¡Deja de hacerlo!”

(2) *Use la correcta resistencia.* Puesto que no todas las tentaciones se manejan de la misma manera en las Escrituras, le ofreceré algunos ejemplos.

Cuando se mencionan en el Nuevo Testamento los deseos de la carne o pecados sensuales, se nos dice que debemos “huir”, correr, escaparnos de ellos. Eso fue exactamente lo que hizo José. Si usted trata de resistir esa tentación, y pelear contra ella o tolerarla, le garantizo que finalmente caerá como víctima. Tal vez tenga que hacer un pacto con sus ojos. ¿Sabía usted que tal cosa existe?

Hice pacto con mis ojos; ¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen? (Job 31:1).

Una de las paráfrasis más populares de este versículo dice:

... ¿Cómo pudiera, entonces, mirar insinuantemente a una chica?" (*Modern Language Bible*).

No pudiera expresarse esto de una manera más práctica. La "ventana del ojo" es una maravilla, pero también abre a nuestra experiencia todo un mundo de sensualidad. Cuando usted haga frente a esta clase de tentación, tiene que hacer esa clase de pacto.

La Biblia también aconseja mirar rectamente, y no a la derecha ni a la izquierda. Leemos en Proverbios 4:25:

Tus ojos miren lo recto, y diríjanse tus párpados hacia lo que tienes delante.

Permítame compartir con usted una experiencia que tuve en el Oriente, en la ciudad de Naha, en Okinawa. Yo solía tomar un minibús para ir a un lugar donde se reunía un grupo de militares a estudiar la Biblia. Yo me bajaba del minibús en cierta esquina y tenía que caminar unas seis cuadras, ya que eso era lo más cerca que el vehículo podría llevarnos. Okinawa era una ciudad única: tenía más bares por kilómetro cuadrado que cualquier isla del Pacífico del Sur. En el camino, simplemente había una oportunidad sensual tras otra. Cada garito era una puerta abierta para la satisfacción carnal.

Descubrí que Proverbios 4:25 era literalmente la respuesta. Caminaba directamente hacia adelante, sin mirar a la derecha ni a la izquierda.

Además, he descubierto que lo que sirvió en Okinawa también sirve en California. Cuando los ojos se vuelven a la derecha o a la izquierda, uno va por el camino de agarrar la carnada. La *segunda* mirada es la que conduce hacia el pecado.

Quiero ser un poco más específico acerca de esto. Nosotros nos afectamos mutuamente de diferentes maneras. Las mujeres afectan a los hombres por sus miradas y por la apariencia; por la manera como se visten y como miran a los hombres.

Los hombres afectan a las mujeres por lo que dicen y por lo que tocan, y como lo tocan.

Damas, yo estoy profundamente preocupado por la manera como algunas de ustedes visten. Creo que ustedes no entienden plenamente (incluyo a las chicas) cómo afecta a los hombres la manera cómo ustedes visten. No me importa cuán fuerte sea un hombre en el sentido moral; aún así tiene ojos. Y ese hombre tiene problemas

al ver a algunas de ustedes. De esta parte de su vida, ustedes tendrán que dar cuenta a Dios. Insto a que cada mujer que lee estas líneas comprenda que su manera de vestir y su conducta pueden servir de tentación adicional a la carne de los hombres.

Y ustedes, hombres, tengan cuidado con lo que dicen y cómo lo dicen. Tengan también cuidado en cuanto a cómo tocan a una mujer y dónde la tocan. Ustedes tienen delante de Dios la responsabilidad de ayudar a la mujer en su pureza. ¡No toquen!

Si usted está tentado a chismear y mentir, Dios dice que hay un remedio para eso. Evítelo. Usted dirá: “Bueno, ésa es una manera”. ¡No, es la *única* manera! Una rienda no es suficiente para el chismoso; se necesita un bozal.

Deje de hablar acerca de otras personas. ¡No diga nada! Es muy fácil permitir que se digan tales cosas “para que oremos de manera más inteligente”. Eso lo ha oído. O por el hecho de que usted está tan preocupado acerca de tales personas, piensa que tiene el deber de decir a alguna otra persona las cosas horribles que están ocurriendo en la vida de ellas.

No, dígame eso al Señor. El lo mantendrá en secreto. Si el asunto es confidencial, si no sabe cuál es la fuente de la información, si no está autorizado por la persona de la cual está hablando, ¡entonces mantenga cerrada la boca!

Hasta ahora hemos considerado dos maneras de ganar la guerra contra la tentación: Contraatacar a la tentación; no tolerarla ... y usar las resistencias correctas adecuadas para resistir el ataque. Pero hay otra

(3) *Recuerde que el dolor final pronto borrará el placer temporal.* Eso fue exactamente lo que hizo Moisés cuando decidió andar con Dios, en vez de dejarse absorber por el estilo de vida de Egipto.

Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado (Hebreos 11:24-27).

“Los deleites temporales del pecado”. ¡Qué elocuente expresión! ¡Y qué verdadera! ¿El pecado es deleitoso? ¡Sin duda! Es tan deleitoso que las personas arriesgan su propia reputación para probarlo. Al hacerlo, todos los esfuerzos de nuestra mente para alertarnos sobre el peligro del pecado quedan neutralizados. Nos apartamos de las advertencias internas cuando nos volvemos al deseo.

Dietrich Bonhoeffer, un teólogo luterano alemán, quien amó a

Cristo con devoción, fue ahorcado por los guardias de la Seguridad Social Nazi Negra el 9 de abril de 1945. Tenía 39 años de edad. Se había distinguido notablemente como erudito y había ganado el respeto y el afecto del pueblo cristiano en Alemania y en el exterior.

El murió, pero sobreviven sus palabras. Su manuscrito *Temptation* (Tentación) es uno de los mejores que jamás haya leído sobre el tema. La vívida descripción que hace Bonhoeffer de nuestra tendencia a apartarnos de las advertencias cuando las tentaciones nos guiñan el ojo, debe ser declarada a toda generación:

En nuestros miembros dormita una inclinación hacia el deseo que es a la vez repentina y feroz. El deseo domina a la carne con irresistible poder. Completamente de repente se enciende un fuego secreto y humeante. La carne arde y se inflama. No hay ninguna diferencia en el caso de que sea el deseo sexual, o la ambición, o la vanidad, o el ánimo de venganza, o el amor a la fama y al poder, o la avaricia por el dinero, o, por último, aquel extraño deseo de tener la belleza del mundo, de la naturaleza. El gozo que hay en Dios ... se extingue en nosotros, y buscamos todo nuestro regocijo en la criatura. En ese momento, Dios se nos hace muy irreal, pierde toda realidad, y lo único que es real es el deseo que se tiene por la criatura; la única realidad es el diablo. En este caso, Satanás no nos llena de odio hacia Dios, sino que nos hace olvidarnos de él. Y ahora, su falsedad se agrega a esta prueba de fuerza. El deseo ardiente que así se despierta envuelve la mente y la voluntad del hombre en las más profundas tinieblas. Se nos despoja de las claras facultades de la discriminación y la decisión. Se presentan las preguntas: "¿Lo que la carne desea es realmente pecado en este caso?" "¿Realmente no me está permitido?" "¿Se espera de mí, ahora, aquí, en mi situación particular, que apacigüe el deseo?" El tentador me coloca en una posición privilegiada, tal como trató de colocar al Hijo de Dios, en el momento en que tenía hambre, en una posición privilegiada. Entonces me jacto de mi privilegio frente a Dios.

Es entonces cuando todo lo que está dentro de mí se levanta contra la Palabra de Dios.²

Todos hemos estado en esa situación. A fin de impedir que volváramos a llegar allí, tenemos que repetirnos a nosotros mismos vez tras vez: "¡No me daré esa satisfacción! Al final, tendría que enfrentarme a increíbles consecuencias dolorosas. ¡No me rendiré!" Créame, Dios premiará su dominio propio.

(4) *Controle su vida pensante aprendiendo de memoria la Palabra de Dios.* Cuando el diablo lanzó su ataque completo contra Jesús (Mateo 4:1-11), nuestro Señor resistió la tentación usando las

Escrituras. “¡Escrito está . . . escrito está . . . escrito está!”

El salmista pregunta:

¿Con qué limpiaré el joven su camino?

Con guardar tu palabra . . .

En mi corazón he guardado tus dichos,

Para no pecar contra ti (Salmo 119:9-11).

Estas son palabras muy conocidas, pero fuertes. Cuando la Palabra de Dios se atesora en nuestras mentes, está lista para atacar. Ningún arma puede prevalecer contra la verdad.

¿Lo que estoy diciendo es real? Es decir, ¿realmente funciona? Por mi experiencia personal, puedo dar testimonio de que sí funciona. Ha funcionado vez tras vez.

Hace algunos meses estuve en el Canadá. Había estado fuera de casa ocho días, y aún tendría que quedarme dos más: un fin de semana. Me sentía solo y digno de lástima a la hora de la cena, sin ninguna compañía. Compré un periódico, le di una hojeada a la sección deportiva, y allí no se hablaba sino de hockey, un deporte favorito de los canadienses pero no para mí. Exhalé un suspiro y caminé hacia el ascensor. Mientras iba hacia allí, oí a un par de chicas que hablaban y se reían mientras usaban el teléfono del hotel que estaba en el vestíbulo.

Yo sonreí de paso, y unos pocos pasos más adelante presioné el botón del ascensor para subir. Se abrieron las puertas. Entré. Y las damas también entraron. Presioné el botón que tenía el número “6”. Ellas no presionaron ningún botón. Así que les pregunté: “¿A qué piso desean subir?” Una de ellas me miró de una manera más bien sensual y me dijo: “¿Qué le parece el piso 6? ¿Tiene usted algunos planes?”

Estábamos completamente solos en aquel ascensor, en el Canadá. Para ser sincero, me estaban lisonjeando, puesto que por lo general, la mayoría de las personas no me confunden con los grandes actores de cine. Estas mujeres estaban disponibles, y yo estaba solo. Mientras subía del vestíbulo al sexto piso, tuve que hacer una decisión sumamente significativa ... la carnada se había lanzado.

¿Sabe usted qué fue lo que inmediatamente fulguró en mi mente? ¿Mi esposa y mis cuatro hijos? No, al principio no. ¿Mi posición y mi reputación? En ese momento, no. ¿La posibilidad de que me vieran o me descubrieran? No.

Dios me dio una repetición instantánea y visual de Gálatas 6:7:

No os enagañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.

y de Efesios 6:11:

Vestios de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.

y de Romanos 6:11,12:

Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias.

Mientras subía en ese ascensor, la Palabra de Dios que yo sabía de memoria acudió volando a rescatarme. Llegó oportunamente.

Miré a las dos mujeres, y respondí: “Tengo la noche completamente planificada ya; realmente no estoy interesado”. Mientras yo salía del ascensor (¡y ellas se quedaban!), me miraban como si yo fuera un animal raro. Entré en mi habitación con una súbita gratitud por el poder vencedor del Libro de Dios. Al escribir estas palabras, estoy lleno de fuerza renovada, pues su Palabra me ha mantenido fiel vez tras vez durante 25 años de vida matrimonial. Sí, las porciones bíblicas que aprendemos de memoria son eficaces.

En un pintoresco pueblecito situado al norte de Pittsburgho, Pennsylvania, se construyó un nuevo edificio brillante de ladrillos rojos, diseñado como nueva sede para el ayuntamiento municipal. También tenía dependencias para la policía y para los bomberos. Era un pequeño edificio, pero a la gente le encantaba.

En sólo unos pocos meses, sin embargo, el edificio comenzó a mostrar ciertos obvios agrietamientos. Las ventanas no cerraban bien. A las pocas semanas, las puertas se quedaban a medio cerrar y no trancaban. El piso se pandeó. Finalmente se agrietó la acera del frente del edificio. En menos de un año, el edificio tuvo que ser deshabitado.

Se hizo una cuidadosa y costosa investigación, y se descubrió que, profundamente debajo de la superficie, muy cerca del edificio, se habían construido obras de minería. El trabajo de minería había debilitado el área en que descansaban los cimientos del edificio, de tal modo que lenta pero ciertamente, el edificio se estaba agrietando, cambiando, hundiéndose, desplomándose y volviéndose pedazos a causa de la falla que tenía debajo.

No es difícil entender la moraleja de este hecho. Si usted se entretiene suficiente tiempo con la tentación, jugando con ella, persistiendo cerca de su carnada vez tras vez, tras vez, entonces, en su corazón y en el carácter de su vida se producirá un daño permanente. Esa grieta vulnerable o debilidad lo conducirá a serios daños morales que no puede imaginarse.

Haga frente a esto ahora mismo ... de lo contrario, posteriormente lo deplorará.

SEGUNDA PARTE

*Asuntos
Internos*

8

Los errores: Características inevitables de la imperfección

Los cristianos sufrimos de una enfermedad muy común: la de cometer errores sinceros. No me refiero a pecados voluntarios. Los errores *pueden conducir* al pecado, pero los errores sinceros son simplemente . . . bien, razonemos sobre la palabra.

Cometer un error significa *elegir equivocadamente* o *hacer un juicio incorrecto*. Un error es, pues, una actitud incorrecta, una acción o una declaración que procede de un juicio defectuoso, del inadecuado conocimiento o de la intención. Recordemos que no estamos hablando acerca de la abierta y determinada rebelión. Ni tampoco estamos hablando del engaño demoníaco. Estamos hablando acerca de los errores sinceros, simples, comunes y corrientes, a los cuales todos estamos propensos. Pero estos simples errores, como lo veremos, con frecuencia abren la puerta a la actividad pecaminosa.

He encontrado cinco clases de errores que se ejemplifican en la Biblia. Nuestros errores, y algunos de los factores que conducen a tales errores, se clasifican de la siguiente manera:

(1) ERRORES INCITADOS POR EL PANICO

Estos son errores que invariablemente cometemos *por temor*, o *por estar apurados*, o como *resultado de la preocupación*. Nos asustamos y tomamos la decisión equivocada.

Veamos Génesis 12:10. Este error lo cometió Abraham. Recordemos que Dios le había dicho a Abraham: “Tú eres mi escogido. De ti haré una nación, y tu heredad será única, Abraham. Mantente firme. Confía en mí en todos los afanes de esta vida, y de ti haré nacer una nación”.

Aún le sonaba esta promesa en los oídos, cuando Abraham fue víctima del pánico. Leemos: “Hubo entonces hambre en la tierra”. No había pan ni carne. Aparentemente, tampoco había mucha agua. Las cosas se habían puesto difíciles. Así que Abraham cometió un error: descendió a Egipto.

¿Por qué? Porque se asustó. Aunque Dios le había dicho que se quedara en Bet-el, cerca de él, que él lo haría un hombre de Dios, y que por medio de él levantaría una nación, Abraham se dejó dominar por el pánico y siguió hacia el sur, pues el hambre era severa. Y cuando uno comete un error por causa del pánico, simplemente comete el primero, y ése conduce rápidamente al siguiente, y así sucesivamente, como si fuera una fila de personas que juegan al dominó. *¡El que sigue!*

Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo a Sarai su mujer: He aquí, ahora conozco que eres mujer de hermoso aspecto; y cuando te vean los egipcios, dirán: Su mujer es; y me matarán a mí, y a ti te reservarán la vida. Ahora, pues, dí que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya, y viva mi alma por causa de ti (Génesis 12:11-13).

¡Ah! *Nosotros* sabemos que si él iba a vivir o no, eso no dependía de Sarai; él viviría por causa de Dios. Pero como usted ve, cuando uno se muda al palacio del pánico, se deforma el enfoque total, y a uno se le olvida lo que Dios ha dicho. Y en vez de prestar atención a eso, presta atención a lo que ha dicho el hombre, y a lo que la gente piensa, y no a lo que dice la Biblia.

En Números 13 y 14 hallamos un segundo ejemplo de los errores que se cometen por causa del pánico. Los espías hebreos entraron en la Tierra Prometida para ver si los hijos de Israel podrían tomar el país que estaba precisamente adelante de Cades-barnea, una ciu-

dad limítrofe. Los espías regresaron con un informe y con la opinión dividida. Diez dijeron: “¡No hay modo! Hay gigantes en la tierra. Comparados con ellos, parecíamos como langostas”. Dos de ellos dijeron: “Podemos tomar la tierra. Dios nos la dio. ¡Es una tierra *prometida!*”

Por causa del pánico, la gente creyó el informe de la mayoría. Determinaron no entrar en la tierra. ¿Y qué ocurrió? Tuvieron que vagar por el desierto durante 40 años. Ellos cometieron un *grave error*; en este caso, la actitud de ellos fue por completo pecado. Pero lo que lo impulsó fue el error de prestar oídos al mal consejo ... y creerlo.

Descubro que en el caso de nosotros, los modernos, los errores promovidos por el pánico, a menudo tienen relación con dos asuntos principales: el romance y lo económico.

¿No ha oído usted decir a alguna joven: “Ya llegué a la edad madura de 24 años, y aún no he hallado el compañero de mi vida”? Yo conozco a ciertas jóvenes que tienen 34 años de edad, y les encantaría intercambiar su lugar con ella, porque por causa del pánico se adelantaron a Dios y se buscaron un cónyuge. Desean ahora poder volver a los 24 años, sin heridas profundas, y aún disponibles.

Los asuntos económicos son igualmente un problema familiar. A causa del pánico, agarramos el primer préstamo salvavidas al que le podamos poner la mano. Antes de sumirnos por tercera vez en el mar de las deudas, simplemente tratamos de decir una oración: “¿Dónde estás tú, Señor?”

Si usted está en uno de esos precipicios, *no se arriesgue. Permanezca firme*. Dios sabe lo que está haciendo.

(2) ERRORES “BIEN INTENCIONADOS”

Ahora bien, en un sentido, todos los errores son como esta clase, si se cometen con genuina intención. Pero clasificaremos éste por sí mismo: errores “bien intencionados”. Este es un error que se comete por ignorancia, *con un motivo absolutamente puro*. Usted tiene buenas intenciones, pero usa planificación incorrecta o un método incorrecto.

Pensemos en lo que le ocurrió a Moisés en Exodo 2. Tenía 40 años de edad. (¡Ni siquiera en la Biblia, uno llega a ser demasiado

viejo para cometer errores!) En esta edad mediana, Moisés comprende que él es potencialmente capaz de librar a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Así que se arrolla las mangas y, adelantándose a Frank Sinatra en unos 3.500 años, dice: “Yo lo haré a mi manera”.

En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos, sus hermanos. Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena (Exodo 2:11,12).

Con un motivo correcto, el de librar a los hebreos para vindicar a los oprimidos, él mató al hombre. Al fin y al cabo, ¿no debía él defender a su hermano hebreo? Su sangre era hebrea, aunque toda su cultura era egipcia. Su deseo era el de defender lo recto, pero sus buenas intenciones lo condujeron a una tragedia: el pecado del asesinato.

¿Y sabe usted? El pensó que todos comprenderían eso. Esa es otra característica, de paso, de los errores bien intencionados. Uno piensa que todo el mundo lo entenderá. Pero veamos lo que dice Hechos 7. Es la misma historia de lo que hizo Moisés, pero contada 1.500 años más tarde, desde un punto de vista diferente y ventajoso:

Quando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. Y al ver a uno que era maltratado, lo defendió, e hiriendo al egipcio, vengó al oprimido. *Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así* (Hechos 7:23-25; cursivas mías).

No soy profeta, pero he cometido suficientes errores en mi vida como para ser algo experto sobre la materia. Con buenas intenciones, usted puede precipitarse adelante, enrollarse las mangas y hacer cosas carnales; y tales cosas más tarde lo obsesionarán. Es como si decidiéramos hacer *la voluntad de Dios a nuestra manera*. ¿Sabe? ¡Esa *no es* la voluntad de Dios!

Recuerdo una vez cuando yo estaba dirigiendo un estudio bíblico de grupo, algo parecido a un seminario. Estábamos sentados en un círculo, y supongo que había allí unas 20 personas. Había un par de sillas que estaban desocupadas. Un individuo se acercó a la puerta con una mujer que parecía ser 20 años mayor que él. “Usted y su mamá, siéntense ahí”, les dije.

¿Y sabe usted? ¡Era su esposa!

Quando hubo el primer recreo para tomar café, ellos se marcha-

ron. Amigos, yo hubiera podido cortarme la lengua. Yo tenía buenas intenciones, pero no pensé.

(3) ERRORES POR NEGLIGENCIA

Nosotros los hombres sufrimos especialmente por este tipo de errores: los que se cometen por pasividad, por negligencia. En la Biblia se mencionan más bien a menudo, y se relacionan con el hogar, con el papel del padre. Los errores que se cometen por negligencia son resultado de la pereza, de la inconsecuencia, del olvido o simplemente de una falta de disciplina.

Permítame presentarle una ilustración, y tal vez usted se asombre. (Si yo estuviera iniciándome en el estudio de las Escrituras, me asombraría.) Este hombre fue David. Leemos en 1 Reyes 1:5, 6:

Entonces Adonías hijo de Haguit se rebeló, diciendo: Yo reinaré. Y se hizo de carros y de gente de a caballo, y de cincuenta hombres que corriesen delante de él. Y su padre nunca le había entristecido en todos sus días con decirle: ¿Por qué haces así?

(Haguit fue una de las mujeres de David, de paso, una de las muchas. Si usted estudia la genealogía de David, descubrirá que este hombre fue groseramente culpable de poligamia. Yo le cuento 18 mujeres; bien hubieran podido ser más. Algunas de ellas ni siquiera se nombran, pero una fue Haguit, la madre de Adonías.)

Esa es la negligencia pasiva. Adonías nació como un rebelde, creció como un rebelde, ¡y cuando le llegó la edad de la responsabilidad, se negó a ser responsable! Se rebeló, diciendo: “Yo reinaré”. Parte del problema estuvo en que el padre nunca se enfrentó al hijo. David nunca le dijo a su hijo: “Hijo, tú estás propenso hacia la rebelión. Como padre tuyo, soy responsable delante de Dios de frenarte esa inclinación, hacerle frente hasta que tú mismo te puedas controlar”.

No, David fue como muchos padres. Están demasiado ocupados. Preocupados. Y por tanto, son negligentes. Este es un error común entre los padres que tienen éxito y logran grandes realizaciones.

Benjamín Franklin escribió una vez las siguientes palabras penetrantes:

Un pequeño descuido puede producir daño: por falta de un clavo, se perdió la herradura; por falta de una herradura, se perdió el caballo; por falta de un caballo, se perdió el jinete.¹

Así es la negligencia.

(4) ERRORES CAUSADOS POR LA DESENFRENADA CURIOSIDAD

De todas las clases de errores, éste es probablemente el que más atrae a la juventud, aunque no es exclusivo de la gente joven. La curiosidad desenfrenada generalmente se relaciona con lo sensacional o con lo demoníaco.

Todo el mundo de la curiosidad es, en un sentido, una parte muy creadora de nuestras vidas; pero si no frenamos la curiosidad, estamos destinados a meternos en dificultades.

En 1 Samuel 28 tenemos la historia de un rey que había perdido su confianza y su poder. Cuando su amigo Samuel murió, el rey Saúl trató de hablar con él a través de una médium espiritista. Se disfrazó, llevó a algunos compañeros y le hizo una visita a la pitonisa por la noche. Hicieron un contrato para hablar con el otro mundo, y pronto estuvieron en contacto. Comenzó como una curiosidad desenfrenada; un error costoso. Condujo a un horrible pecado que finalmente llegó a ser parte de la causa de la muerte de Saúl (1 Crónicas 10:13,14).

(5) ERRORES CAUSADOS POR ALGUN PUNTO DEBIL

Estos son los que con más frecuencia repetimos, los que cometemos por ignorancia, por hábito, o aun por una influencia paterna inadecuada. En este caso, somos ciegos a la verdad, y tropezamos en esta clase de error vez tras vez.

En la última parte de Hechos 15 se halla el relato de un conflicto entre dos hombres piadosos: Pablo y Bernabé. Juan Marcos, el primer compañero que tuvo Pablo, había desertado en el anterior viaje de evangelización. Cuando estuvieron listos para emprender el siguiente viaje de evangelización, el apóstol Pablo discutió las cosas con Bernabé. Este sugirió que llevaran consigo a Juan Marcos. Pablo se opuso.

En la mente de Pablo, Juan Marcos no le era útil. Lo consideraba como uno que había naufragado, un parásito, un fracaso. El tenía un punto débil cuando se trataba de esa debilidad en otras personas. Así que él cometió un error. Posteriormente en su ministerio, Pablo fue suficientemente hombre como para admitir que Marcos le era *útil* (2 Timoteo 4:11).

Hay un ejemplo tal vez aún más claro de esta clase de error en

Gálatas 2:11-15. No hay necesidad de que nos metamos en un estudio de gran profundidad; sólo necesitamos ver lo que pasó. Pedro (llamado Cefas en el pasaje de Gálatas) tenía un punto débil cuando se trataba de la cuestión de la gracia, especialmente en lo relacionado con su dieta.

Cuando él estaba cerca de los judíos, comía los buenos alimentos autorizados por la religión judía. Y si estaban presentes los gentiles, se saciaba con la carne de puerco que éstos comían, y hacía desaparecer estos platos en un santiamén. El realmente no podía disfrutar de todos los beneficios de la gracia . . . pero peor aún, cayó en un estilo de vida hipócrita, pues indudablemente justificaba tanto el legalismo como la libertad cada vez que le fuera necesario lo uno o lo otro.

¡Un error! Pablo comprendió esto inmediatamente y le resistió “cara a cara”. No se halla registrada la respuesta de Pedro, pero no es difícil imaginar cómo se sentiría de avergonzado. ¡Es notable el hecho de que los errores causados por algún punto débil pueden ser obvios para todos, menos para la víctima!

De todos los errores que cometemos, esta clase es la que mejor nos explicamos racionalmente. Probablemente pudiéramos pasar la prueba de un detector de mentiras, por el hecho de que estamos *convencidos* de que lo que hicimos fue lo correcto.

UN SALMO QUE SIRVE DE BALSAMO AL QUE SE HA EQUIVOCADO

Creo que el Salmo 31 fue escrito en un día melancólico de la vida de David. Al examinar este salmo, vamos a notar que él estaba afligido y desilusionado. Muy probablemente lo escribió después de haber cometido un error, tal vez causado por el pánico. Pudo haber estado relacionado con su hogar. Tal vez, después que se le manifestó un punto débil, él dijo:

En ti, oh Jehová, he confiado;
No sea yo confundido jamás;
Líbrame en tu justicia.
Inclina a mí tu oído, líbrame pronto;
Sé tú mi roca fuerte, y fortaleza para salvarme.
Porque tú eres mi roca y mi castillo;
Por tu nombre me guiarás y me encaminarás.

En tu mano encomiendo mi espíritu (Salmo 31:1-3, 5).

¿Le parecen familiares estas palabras? Ciertamente, las últimas seis fueron las mismas palabras que Jesús pronunció cuando moría en la cruz del Calvario. Antes de exhalar el espíritu le dijo a Dios: “En tus manos encomiendo mi espíritu”. Fue el momento más bajo desde el punto de vista físico y emocional, en toda la vida del Mesías. Pero apliquemos todo esto a los períodos de depresión que nos vienen en la vida después de haber cometido algún error.

Usted descubrirá que, después de las ramificaciones graves y dolorosas que vienen como consecuencia de haber cometido un error, en ese momento, sólo a Dios puede encomendar su espíritu. Ninguna otra persona puede darle el consuelo que necesita. Inmediatamente, después de haber cometido un error, póngase de rodillas, caiga delante de Dios, y expóngale su vergüenza y desilusión. El antiguo himnólogo tenía razón: “Nadie entiende como Jesús”. Nadie.

Ahora, desde esa perspectiva, observemos cómo nos ve Dios cuando hemos cometido tales errores.

Aborrezco a los que esperan en vanidades ilusorias;
 Mas yo en Jehová he esperado.
 Me gozaré y alegraré en tu misericordia,
 Porque has visto mi aflicción;
 Has conocido mi alma en las angustias (Salmo 31:6, 7).

En primer lugar, Dios nos ve de una manera *realista*. Es muy útil e importante recordar que Dios nos ve tal como realmente somos. Algunas veces nos esforzamos mucho para ocultar la verdad de otras personas, por temor a que no la entenderán. Quemamos toda clase de energía emocional para mantenernos ocultos los unos de los otros.

Mark Twain escribió una vez: “Cada uno es una luna, y tiene un lado oscuro que nunca le muestra a nadie”.² Pero Dios conoce ese lado oscuro. El lo ve claramente.

Lo que David dijo lo podemos expresar del siguiente modo: “Me gozaré porque tú eres realista, Señor, cuando me ves. Tú conoces mis inclinaciones. Conoces mis tendencias. Conoces mi sentido del pánico, mis temores. Sabes cómo fui criado. Sabes cuáles fueron los malos hábitos que aprendí. Conoces la historia de mi vida. También conoces mis intenciones, y no sólo mis acciones. Tú has visto mi aflicción”.

Lo segundo que noto acerca de Dios es que él nos ve *por comple-*

to. "Porque has visto mi aflicción; has conocido mi alma en las angustias" (Salmo 31:7). Me pregunto si no fue entonces cuando comenzó el canto espiritual de los negros: "Nadie conoce la perturbación que yo veo, nadie, sino Jesús . . .".

Como usted ve, las aflicciones se relacionan con lo externo. Las perturbaciones se relacionan con lo interno. "Señor, tú ves todo el mundo de aflicción, y tú sientes conmigo la profunda perturbación". Recordemos aquella gran declaración con relación al hecho de que nuestro Salvador entiende con corazón compasivo:

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades (Hebreos 4:15).

Hay un gran consuelo en esas palabras. ¿Pero ha leído usted alguna vez los dos versículos que preceden al 15? El versículo 13 dice que nada está escondido de la mirada de Dios. "Todas las cosas están desnudas y abiertas ante sus ojos", ¡y aun así él simpatiza con nosotros! Le diré que esto me llena de ánimo. Aunque nos aflija lo externo y nos perturbe lo interno, aunque seamos propensos a las equivocaciones, ¡él entiende!

Al vernos de manera realista y de manera completa, ¿cómo nos trata?

No me entregaste en mano del enemigo (Salmo 31:8).

¡El no nos rechaza! Eso es lo que más tememos, así lo creo, cuando hemos cometido un error. Si ha sido un terrible error, especialmente le tememos al rechazo divino. Tememos que Dios nos va a decir: "¡Hasta ahí llegaste! ¡Vete a tu cuarto! ¡Todo ha terminado!" Pero David dijo:

No me entregaste en mano del enemigo [me encanta esto];
Pusiste mis pies en lugar espacioso (Salmo 31:8).

Eso no significa que él tenía pies grandes. Significa que Dios le dio espacio. El no nos apiña. Nos da espacio.

¿Ha notado alguna vez que cuando trata de hallar alivio, la gente lo abruma? Ellos aprietan la cuerda. Le ponen a limitaciones muy estrictas. Le ponen un límite de tiempo o alguna otra cosa que le recuerde su obligación. Lo que David dijo en este versículo fue lo siguiente: "Señor, tú tienes un amplio lugar; tú me das espacio; tú me concedes amplitud".

Quiero que sepa que nuestro Padre celestial no se afana. El está en apacible tranquilidad y en calma, mientras usted vuelve en sí. El

sabe lo que está haciendo. ¿No le sirve eso de alivio? Eso hace que confiar en él sea mucho más fácil. No es raro que David dijera:

Mas yo en ti confío, oh Jehová (versículo 14).

¿Cómo nos instruye el Señor en estos casos?

(1) *El nos instruye en un contexto de confianza, y no de sospecha.* . . . en ti confío, oh Jehová”. Cuando usted entrega su situación a un hombre, a menudo habrá la sospecha de que usted volverá a cometer el error. El hombre estará allí con 17 advertencias, seis sermones, dos cantos y un poema para respaldar tales advertencias; y un larguísimo dedo índice apuntando hacia su pecho mientras dice: “Es mejor que usted tenga cuidado con eso”. Dios nos instruye en un contexto de confianza, no de sospecha.

(2) *Dios nos instruye durante toda la vida, y no sólo en los momentos placenteros.* ¿Está usted avergonzado, desconcertado, humillado? ¿Siente que ha fracasado, que ha perdido algo? Sus tiempos están en las manos del Señor. El lo instruye tanto en los tiempos tristes como en los placenteros. Esa es la razón por la cual Santiago dice: “No las resientan [las correcciones] como si fueran intrusas; sino denles la bienvenida como si fueran amigas” (Santiago 1:2; *Versión de Phillips*; traducción directa).

(3) *Dios nos instruye en lugares secretos, y no en público.*

¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen,

Que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!

En lo secreto de tu presencia los esconderás de la conspiración del hombre;

Los pondrás en un tabernáculo a cubierto de contención de lenguas (Salmo 31:19, 20).

Las mejores cosas que aprendemos de los errores, las aprendemos en secreto, porque es allí donde él nos dice sus secretos, y al hacerlo así, nos cubre con su amor y con su comprensión.

“Los cristianos no son perfectos, sólo son perdonados”. Este es uno de los muchos letreros pegados en el paragolpes de los coches. Francamente, no me llaman mucho la atención la mayoría de las cosas que las personas pegan en sus automóviles, pero éste sí me encanta.

Hace poco lo vi directamente ... no en mi coche, sino en uno que cambiaba carrileras a cada pocos segundos en una autopista de tránsito pesado la semana pasada. El hombre obviamente estaba irritado y comenzó a seguir mi automóvil muy de cerca. Yo cambié de vía para que él pudiera pasar, y él se disparó hacia el espacio por la izquierda.

Precisamente en ese momento, otro automóvil se disparó hacia esa misma vía en frente de él, y en vez de chocar a ese coche, el extraño conductor, que velozmente se me había adelantado, volvió a cambiar de vía y se colocó delante de mí a toda velocidad. Apliqué fuertemente los frenos, de tal modo que casi me choca el automóvil que venía detrás, y escasamente evité chocar al irresponsable conductor, ¡a una velocidad de 88 kilómetros por hora!

En ese preciso momento, él miró por el espejo retrovisor y se encogió en su asiento, avergonzado. Le eché una mirada al letrero que tenía en su parachoques y sonreí internamente. ¡Era muy oportuno!

El abandonó su velocidad vertiginosa, y pronto yo pude acelerar un poco más y marchar al lado del carro de él. Lo miré y de repente me di cuenta de que era un miembro de nuestra iglesia (él ya me había reconocido por el espejo retrovisor). Bajé el vidrio de mi ventanilla, sonreí y le grité: “¡Eres perdonado! ¿Recuerdas?” Con alivio me devolvió la sonrisa.

Sí, ni siquiera el hecho de llegar a ser cristianos borra nuestras imperfecciones. Todavía cometemos errores; aun errores estúpidos. Pero, gracias a Dios, el perdón nos da esperanza. Aún necesitamos mucho de esto.

9

La inferioridad: La plaga contagiosa de la desconfianza en sí mismo

Un hombre fue a consulta con el sicólogo de su ciudad. Cuando el médico le preguntó qué lo había impulsado a acudir a la consulta, el hombre respondió: “Estoy sufriendo de un complejo de inferioridad”.

En las semanas siguientes, este sicólogo sometió al nuevo paciente a un intenso conjunto de pruebas. Luego vino una larga espera, mientras se tabularon los resultados y se sacaron las correlaciones apropiadas.

Finalmente, el médico llamó al hombre y le dijo que volviera a la clínica.

—Le tengo algunas noticias interesantes —comenzó el médico.

—¿Cuáles? —preguntó el hombre.

—Usted no tiene complejo de inferioridad —le replicó el sicólogo—. Lo que pasa es que es *inferior*.

Ciertamente, no hay duda de que algunos de nosotros tenemos infinitamente más motivos para sentirnos inferiores que otros. Abraham Lincoln se equivocó: Todos los hombres *no* fueron creados iguales cuando se trata de las diversas capacidades mentales o físicas. Pero sí tenemos mucho más dotación natural que la que la mayoría necesitaremos alguna vez.

Por ejemplo, ¿sabía usted que en un cuerpo humano hay suficiente energía atómica para destruir la ciudad de Nueva York? Hace algún tiempo, un brillante científico me explicó algunos hechos sorprendentes con respecto al poder de la mente humana. El me dijo: “Es casi imposible calcular este fenómeno, pero según lo mejor que puedo imaginarme, si pudiéramos construir una computadora electrónica que pudiera hacer todo lo que la mente humana es capaz de hacer, tal computadora sería tan grande, en cuanto a anchura y profundidad, como una manzana de una ciudad, y en cuanto a altura, como un edificio de 22 pisos”.

El poder del cuerpo y de la mente es increíble. Sin embargo, a pesar de esto, muchas personas se agazapan por timidez e inferioridad. Antes de echar una mirada a las vidas de tres hombres de la Biblia —dos de los cuales tuvieron este problema y no lo vencieron, y uno que pudo haberlo tenido pero no lo cultivó—, hagamos unas pocas observaciones generales acerca del complejo de inferioridad.

ALGUNAS OBSERVACIONES UTILES

Ante todo, los sentimientos de inferioridad no están necesariamente relacionados con la inteligencia. Se han realizado interesantes estudios de la conducta humana en lo que se refiere a la inteligencia. ¡A menudo, los que son sumamente inteligentes, que tienen un coeficiente de inteligencia de 130 o más, sufren más de sentimientos de inferioridad que los que están por debajo de ese número! De hecho, en los experimentos, tales individuos sufrieron mucho más que los otros. Y los que tuvieron un coeficiente de inteligencia relativamente bajo, en relación, tenían pocos problemas relacionados con sentimientos de inferioridad.

En segundo lugar, observemos que un complejo de inferioridad no siempre se nota en la superficie. Las personas generalmente lo enmascaran de diversos modos interesantes.

Una cubierta común consiste en adoptar el tipo de personalidad que frecuentemente llamamos el complejo de superioridad. Este es el tipo de persona que siempre parece estar por encima de las cosas. Estas personas frecuentemente tienen imágenes inferiores de sí mismas, pero no se puede ver eso en la superficie.

Otro método para enmascarar el complejo de inferioridad es el sarcasmo. Un proceder sarcástico a menudo no es otra cosa que una cubierta o una compensación de los sentimientos de inferioridad.

En tercer lugar, debemos observar que, ciertamente, los sentimientos de inferioridad no pertenecen de manera única al mundo no cristiano. Los cristianos luchamos igualmente con este problema, o tal vez aun un poco más que los inconversos.

Conozco a un hombre que era jugador profesional de baloncesto y jugaba con los Celtas de Boston. No estaba entre los cinco principales, pero era un excelente sustituto, probablemente era el que ocupaba el sexto o el séptimo lugar. Y casi jugaba en todos los juegos. El pertenecía a una iglesia en la cual yo trabajé hace años en Waltham, Massachusetts.

Nunca olvidaré que una vez le pedí que hiciera la oración en público. El es un cristiano renacido, y ciertamente tiene un buen testimonio para Cristo. Pero, nunca he visto a ninguna otra persona luchar tanto como aquel hombre para hacer una oración en público. Y eso no ocurrió en un gran culto de la iglesia, sino en una pequeña reunión.

Poco después que terminó la reunión, me dijo:

— ¡Oiga, Charles, venga acá un momento!

— ¡Cómo no! —le respondí, mientras me acercaba a él.

— ¿Usted se molestaría si le digo que no vuelva a hacer eso? —me dijo tranquilamente.

Grandes gotas de sudor le cubrían la frente. Tenía el cuello rojo. Realmente estaba angustiado. Continuó diciéndome que él sufría de sentimientos de inferioridad, que estaba tratando de hacer algo para mejorar, pero que no estaba progresando mucho. Cándidamente me conmoví. Esta estrella de la Asociación Nacional de Baloncesto tenía magnífica apariencia, gran tamaño; era popular y poseía muchos talentos. ¡Su inferioridad era el mejor secreto que se guardaba en la iglesia!

Tengo en la mente a otro joven amigo que se graduó del Seminario Teológico de Dallas. El estuvo haciendo su año de internado en una iglesia de la cual fui pastor durante algún tiempo. ¡El era fantástico en la cancha de baloncesto! Pero cuando salía de allí, todo eso se quedaba oculto. Mientras él estaba en su elemento, jugando baloncesto, nada lo afectaba. Era alto, agresivo y muy bien coordinado. Por lo que recuerdo, había sido el capitán del equipo del Colegio Universitario de la Costa Occidental. Pero en la rutina diaria de la vida, él trata de pasar desapercibido. (A propósito, en los últimos tiempos ha progresado bastante en cuanto a vencer su complejo de inferioridad.)

El sentimiento de inferioridad no aparece obviamente. Usted ve personas en todas partes, desde personal militar hasta atletas notables, que se sienten muy cómodas y tranquilas al realizar su trabajo entre bastidores, pero que no pueden hacer contacto directo con otras personas. La inferioridad es una bestia que se esconde en muchos corazones.

Mi buen amigo, el doctor James Dobson escribió un libro espléndido sobre este tema, intitulado *Hide or Seek* (Escóndase o busque). En él relata la historia verídica de un joven estudiante seminarista quien escribió una carta al doctor Dobson, mientras el notable sicólogo daba conferencias en dicho seminario. Cuando finalmente los dos se encontraron frente a frente, el atribulado seminarista, de pie y con abundantes lágrimas que le bajaban por las mejillas, le declaró francamente los horribles sentimientos de insuficiencia que tenía. Posteriormente, un administrador del seminario le dijo al doctor Dobson que ese joven hubiera sido el último individuo en un cuerpo estudiantil de 300 del cual él hubiera esperado que se sintiera de ese modo.¹

Luego, en la residencia estudiantil del mismo seminario ocurrió un evento aún más trágico.

En el auditorio, ese mismo día, estaba sentado otro estudiante que tenía la misma clase de problemas. Sin embargo, él no me escribió una carta. Nunca se identificó de ningún modo. Pero tres semanas después que salí de allí, él se ahorcó en el sótano de su apartamento. Uno de los cuatro hombres que vivía con él me hizo una llamada de larga distancia para darme la información de la tragedia. El declaró, profundamente conmovido, que los compañeros de apartamento del estudiante muerto estaban tan inconscientes de los problemas de él, ¡que duró allí colgado cinco días antes que lo echaran de menos!²

TRES CANDIDATOS BIBLICOS PARA EL COMPLEJO DE INFERIORIDAD

Moisés

Teniendo en mente las anteriores observaciones, echemos una mirada a un joven de 80 años de edad (¡esto sirve como un cumplido, para que nadie se sienta inferior con respecto a su edad!) Usted ciertamente no esperaría que Moisés hubiera tenido sentimientos de inferioridad, pero sí los tuvo. El se sintió inferior por cuanto tenía

una tradición de fracaso. El sentimiento de culpa frecuentemente alimenta la inferioridad. Esto puede ser ocasionado por alguna cosa que usted haya hecho, o por algo que piensa que nunca podrá arreglarse, y se resigna a vivir con el peso de ese fracaso sobre sus hombros.

Ese es el Moisés que hallamos en Exodo 3. El asesinó a un egipcio. Luego huyó de Egipto y se ocultó en una región desconocida que se llamaba el desierto de Madián viviendo una vida obscura. Allí vivía con sus suegros, y junto a su esposa estaba criando una familia de tres hijos. Así que él había sido olvidado . . . durante 40 años no lo había visto su pueblo en Egipto. En su corazón tenía sentimientos de inferioridad profundamente arraigados.

Puede recordar la historia leyendo Exodo 3:1-10:

Apacientando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios. Y se le apareció el Angel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.

Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema.

Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí.

Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.

Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel ... El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel.

Estoy convencido de lo siguiente: Lo único que Moisés oyó fue esto: "Te enviaré". Era lo único que tenía que oír. Inmediatamente, aquel santo de 80 años de edad comenzó a pensar en lo indigno, inestable y tambaleante que había sido. Durante 40 años había fomentado la imagen que tenía de sí mismo: "un fracaso". No se sentía capaz para esa tarea.

Ahora bien, no estamos leyendo acerca de la humildad; esto es inferioridad. Sentirse uno inferior no es ser humilde. De todas las personas que habitan sobre la faz de la tierra, los humildes son los

que tienen el grado más alto de confianza en Dios. Eso es una tranquila y reconfortante confianza interna de que Dios va a hacer lo que él dice que hará.

Recientemente, mientras yo hacía cierta investigación bíblica sobre el tema de la humildad en relación con la servidumbre, me encontré con una notable declaración que hizo Pablo dos veces a los corintios. En un contexto que trata sobre la importancia de la humildad, él escribe:

Y pienso que en nada he sido inferior a aquellos grandes apóstoles (2 Corintios 11:5).

Y él repite esta declaración en el capítulo siguiente (12:11). No, la humildad no sugiere inferioridad.

Pero veamos lo que Moisés respondió en Exodo 3:11:

¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?

El preguntó a Dios. Lo que realmente estaba diciendo era lo siguiente: “Yo no puedo ir; no estoy capacitado”. Esto ponía en tela de juicio tanto el poder de Dios como su capacidad para seleccionar los líderes, pues el Señor prometió su presencia.

Vé, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte (Exodo 3:12).

Ahora usted pensaría que Moisés de inmediato creyó a Dios, rápidamente aceptó la tarea que se le encomendaba, y avanzó rápidamente hacia Egipto. No. No hizo así. Veamos Exodo 4:1:

Entonces Moisés respondió diciendo: He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No te ha aparecido Jehová.

¿Dónde tenía puestos los ojos Moisés en ese mismo momento? En sí mismo. Lo que estaba diciendo era esto: “Quiero decir que cuando yo me coloque en frente de ellos y les plantee este negocio de que ‘Va a haber liberación’, ¿qué hago, si ellos no me creen? ¿Y qué diré si ellos dudan aún que tú me hablaste?”

Así que el Señor le replicó en 4:2, 3:

¿Qué es eso que tienes en tu mano? Y él respondió: Una vara. El le dijo: Echala en tierra. Y él la echó en tierra, y se hizo una culebra; y Moisés huía de ella.

Ahí está el poder de Dios. “Quita tus ojos de ti mismo, Moisés. Si yo puedo convertir una vara en una serpiente, y luego, volver a

convertir la serpiente en vara, también puedo cambiar el corazón de Faraón”. Dios estaba convencido de que Moisés era el hombre.

Pero Moisés no estaba convencido.

Entonces dijo Jehová a Moisés: Extiende tu mano, y tómalala por la cola. Y él extendió su mano, y la tomó, y se volvió vara en su mano.

Por esto creerán que se te ha aparecido Jehová, el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob (Exodo 4:4, 5).

Pero Moisés se resistía aún a poner su confianza en el Señor.

Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua (4:10).

¿Puede usted identificarse con Moisés al leer el versículo 10? Con mucha frecuencia uno oye tales palabras: “Ahora, no me pida que haga eso, pues realmente no puedo hablar muy bien”. O, “Yo no soy un individuo que sabe manejarse cuando estoy de pie ante el público”. Moisés está jugando el juego: “Sólo soy un simple hombre”.

Esto siempre me interesa. El complejo de inferioridad es un engaño satánico que impide que un gran número de jóvenes piensen en dedicarse a la vocación del servicio cristiano. Piensan que para ser misioneros o ministros religiosos, tienen que ser elocuentes. Que tienen que ser ingeniosos y prontos para hablar.

En términos no inciertos, Dios le dijo a Moisés que él no tenía que ser elocuente.

Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? (Exodo 4:11).

Lo que Dios estaba diciendo era esto: “Yo me hago cargo de toda la responsabilidad. Soy responsable. Yo hice tu lengua”.

Luego le hizo la más animadora promesa:

Ahora pues, vé, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar (4:12).

Dios tomará nuestras incapacidades y las cambiará, y nos dará las palabras que debemos decir. Las incapacidades no tienen que descalificarnos.

Mire, estimado joven, si usted se siente inferior a causa de su lengua o de sus palabras, Dios puede manejar esa incapacidad y convertir lo que parece ser un inconveniente o una barrera en algo

que es una bendición; si no por algún otro motivo, por lo menos para mantenerlo a usted confiando en él palabra por palabra.

Jeremías

A menudo nos viene la idea de que los profetas de Dios nunca tuvieron sentimientos de inferioridad o de inadecuación. Pero Jeremías ciertamente los tuvo.

En este caso volvemos a tener a un hombre que no fue simplemente humilde, sino que se sentía inferior. Me baso en lo que leemos en Jeremías 1:4, 5:

Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones.

Cuando Jeremías oyó tales palabras, respondió:

¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño (versículo 6).

¡Eso fue exactamente lo mismo que dijo Moisés! ¿Porqué ocurre que tan pronto como Dios coloca su mano sobre un individuo, por lo general, éste dice: “No puedo predicar”? ¿Es ésa la única manera en que Dios usa a la gente? Usted puede oír cuando las rodillas de Jeremías chocan la una con la otra, al decir: “Soy niño . . . ¡soy demasiado joven!” El sabía que sería enviado a los ancianos del país, y que no tenía ese carisma de superestrella, aquella agradable sabiduría que atraería a las personas y las ganaría por millares.

Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande (Jeremías 1:7).

¿No le parece a usted esto como una fuerte medicina?

No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte (1:8).

¿No es curioso que frecuentemente tenemos sentimientos de inferioridad a causa de que *le tememos a otra personal* Dios pone su dedo sobre esto, y le dice a Jeremías: “Jeremías, no les tengas miedo. Yo estoy contigo para librarte. No les temas”. Lo maravilloso se halla en 1:9:

Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca.

Esto no es un ocioso parloteo. Realmente ocurre. Si usted va a

hablar el mensaje de Dios, ha de expresar las palabras de Dios. El colocará sus palabras, no las de usted, en su boca.

Alguien ha dicho que la diferencia real entre el predicador que habla en la carne y el que habla del Espíritu es que el que habla de la carne tiene que decir algo, mientras que el que habla del Espíritu tiene algo que decir. Jeremías tenía algo que decir. El habló las palabras de Dios. Y la inferioridad hubiera anulado el impacto de Jeremías.

Amós

Pensemos ahora en un hombre que no se conoce bien hoy. Se llamó Amós. Quiero que usted aprecie a Amós por cuanto él no fue un hombre culto como Isaías, Daniel o Ezequiel. El no tuvo preparación académica formal. Este hombre tenía todas las razones para sentirse inferior. Supongo que él no era atractivo. No se vestía bien. Ciertamente no era elocuente. No había sido levantado de entre la realeza, como se había levantado Salomón.

¿Sabe usted cómo se ganaba la vida? El recogía higos silvestres. ¡Verdad! El recogía frutas del sicómoro. Estas frutas se parecían muchísimo a los higos. El que recogía los higos silvestres también tenía la responsabilidad de machacar la fruta a fin de que estuviera más suave para el comprador. Si uno tiene que machacar la fruta del sicómoro, se mancha las manos.

De modo que aquí tenemos un hombre cuyo oficio es el de recoger higos silvestres, o si usted prefiere, un majador de higos silvestres. ¿Puede usted ver esas credenciales en el historial, digamos, de un obispo episcopal, o de un pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana, o de un profesor erudito del seminario evangélico? Seriamente, me sorprende cuántas personas magníficas como Amós se pierden para el servicio de Dios en el día de hoy, por falta de “buenas credenciales”.

Cuando vemos la escena, Amós está de pie en la corte del rey. De hecho, él y el oficial representante del rey están frente a frente. Amós está cubierto con sus vestiduras viejas y toscas, y está de pie predicando. Ahora leemos en Amós 7:10,11:

Entonces el sacerdote Amasias de Bet-el envió a decir a Jeroboam rey de Israel: Amós se ha levantado contra ti en medio de la casa de Israel; la tierra no puede sufrir todas sus palabras. Porque así ha dicho Amós: Jeroboam morirá a espada, e Israel será llevado de su tierra en cautiverio.

¡Ese fue su mensaje! No era muy consolador. Ahí está el sacerdote: pulido, exquisito, bellamente ataviado, elocuente, con joyas (¡no salvo!), de pie delante del pequeño Amós, que tiene las manos manchadas y la cara arrugada.

Y Amasias dijo a Amos: Vidente, vete, huye a tierra de Judá, y come allá tu pan, y profetiza allá (Amos 7:12).

¿Puede usted ver al sacerdote cómo grita? “¡Vete! ¡Lárgate! ¡Muévete!”

Entonces respondió Amós, y dijo a Amasias: No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos silvestres. Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Vé y profetiza a mi pueblo Israel (Amós 7:14, 15).

¿Dónde tiene Amós fijos los ojos? En el Señor. Amós no solicitó este trabajo; Dios lo llamó. El Señor le dijo: “Vé y profetiza a mi pueblo Israel”.

El continuó:

Ahora, pues, oye palabra de Jehová. Tú dices: No profetices contra Israel, ni hables contra la casa de Isaac. Por tanto, así ha dicho Jehová: Tu mujer será ramera en medio de la ciudad [ésta no es una manera de ganarse amigos, se lo aseguro], y tus hijos y tus hijas caerán a espada, y tu tierra será repartida por suertes; y tú morirás en tierra inmunda, e Israel será llevado cautivo lejos de su tierra (Amós 7:16,17).

Aunque es un pensamiento absurdo, ¿sabe usted lo que se me vino a la mente cuando pensé en el hecho de que Amós y el sacerdote Amasias trataban de conversar? Eso sería como oír un dúo cantado por la gran cantante María Callas y Tiny Tim. Jamás se podrían mezclar las dos voces. Cuando uno coloca a estos dos antiguos personajes juntos, simplemente tampoco cuadran.

Sin embargo, Amós no cede ni un ápice. Dice que él no pidió ese trabajo. Dios lo llamó, y ahí estaba él. No tenía nada que lo recomendara, excepto el llamamiento de Dios. Eso era todo. Amós tenía todas las razones para sentirse inferior, pero no se sintió así.

Admito que he llevado mi punto hasta el extremo, pero la lección es obvia. Cuando usted pone los ojos en sí mismo, no saldrá de su propio hogar por la mañana con éxito. La tarea es demasiado difícil. Si pone los ojos en el Señor, puede entrar en la vida y mantener su corazón recto con el Señor, así como lo hizo Amós. Cualquiera que sea la tarea, usted puede realizarla.

EL PUNTO DE VISTA BIBLICO

Pero no es sólo eso. Enderecemos algunas otras cosas. Necesitamos saber cuál es la estimación que *Dios* tiene de *nosotros*. Consideremos algunos principios del Nuevo Testamento relacionados con lo que Dios piensa de usted como hijo de Dios.

En Mateo 6:26 aparecen los discernimientos de Jesús:

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?

Usted vale mucho para Dios; ése es el punto. En este pasaje, Jesús está enseñando acerca de los afanes de la vida, pero también hay otras verdades en él. Si Dios cuida y sostiene a un pajarillo en el firmamento, ¿no vale usted mucho más que ese pajarillo frágil?

¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? (Mateo 6:27-30).

¿Qué es lo que él quiere decir? Usted vale mucho más que la hierba, que los lirios, o que los pajarillos. Usted es de *infinito* valor para Dios. Vale tanto para Dios que él envió a su Hijo a morir en su lugar. La próxima vez que comience a pensar que es indigno como un gusano e inferior, recuerde que para Dios, usted es el objeto de su atención y de su afecto. Si no hubiera sido por sus pecados y por los míos, no hubiera habido necesidad de un Salvador. Dios lo *amó* de tal manera que envió a su Hijo. Incluso él busca que usted lo adore (Juan 4:23). A él le encanta estar con sus hijos.

Pensemos en otra manera como Dios nos mira. En Efesios 2:10 aprendemos que somos hechura de Dios:

Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

Dios nos presta atención como individuos. No hay dos personas que sean iguales. El no mira a toda la masa de la humanidad y escoge a un sector dentro de esa masa, y dice: “Ahora voy a derramar bendiciones a todo este grupo, y a untarles tales bendiciones como si ellas fueran mantequilla de man”. El nos conoce *personalmente*

a cada uno, y trabaja con *cada* uno: con usted. Yo sonrío mientras escribo este pensamiento.

En Filipenses 1:6 leemos que él no ha terminado aún su obra en nosotros.

. . . estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.

El que comenzó . . . perfeccionará. La idea es la de que completará. El no ha terminado. Usted es un proyecto no terminado del Señor viviente. ¡Piense en eso!

La persona que está absorta en sus propios sentimientos de inferioridad piensa que no es tan buena como debiera serlo; y luego mentalmente dice los nombres de un número de personas, ¡la mayoría de las cuales probablemente no puede soportar de ningún modo! Se le olvida que Dios está obrando personalmente en ellas. Nuestros ojos continuamente miran lo superficial cuando nos comparamos con otros. Sin embargo, Dios nos trata individualmente. El no ha terminado.

Luego viene Filipenses 2:13:

Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.

En esta declaración hay mucha teología, pero no nos atasquemos. Lo que me intriga es la primera parte del versículo: “Dios es el que en vosotros produce”.

Echemos una mirada detenida a la Palabra de Dios, antes de considerar la estimación que tenemos de nosotros mismos. Delante del Señor, usted es un individuo muy importante. Esto no es sólo buena sicología; es doctrina bíblica buena y sana. Dios envió a su Hijo por cuanto él lo ama a usted. En Romanos 8:29 leemos que Dios nos está conformando a la imagen de su Hijo, puesto que nos está labrando como sus vasos únicos.

Puesto que él no ha terminado su trabajo en nosotros, ¿que le parece si usted y el Señor forman un equipo? En vez de competir con alguna otra persona, piense en una relación de cooperación entre usted mismo y el Señor Jesucristo. Y en vez de ir contra lo que él hace, *coopere* con la obra de él. El está produciendo. Considérese a sí mismo como un inapreciable diamante que está en un terreno escabroso. Dios está trabajando en usted, golpeando y puliendo, esmerilando y limando. El diamante se está formando y preparando para el plan perfecto que él tiene para usted. Pero algunas veces, el

proceso es definitivamente irritante. *El que frecuentemente se siente inferior es el que se concentra en aquella parte que no está terminada, en vez de concentrarse en la que se está perfeccionando o en la que ya está terminada.* Dios está obrando en usted, pero él no ha acabado la obra todavía. Recuerde usted la palabra clave: *¡perseverar!*

LA BELLEZA DEL CUERPO

El cuerpo de Cristo está constituido por toda la familia de Dios en la tierra hoy, en todo el mundo. Todo creyente que ha nacido de nuevo en Cristo es miembro de ese cuerpo universal. Cristo es la cabeza, y nosotros somos brazos, dedos, tobillos, o partes de los órganos del cuerpo. Algunos se ven, y otros son invisibles; pero todos en conjunto componemos el gran cuerpo. Y en ese arreglo hay belleza.

¡Ahora, con todo eso en mente, trate de leer 1 Corintios 12:14-17, y aún sentirse inferior!

Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato?

¡Imagínese usted una tremenda oreja de 1,88 metros de altura! ¿No sería tosca? Simplemente piense en eso. O piense en un ojo grande. ¿Dónde estaría la belleza? ¿Cómo quedaría el cuadro en su conjunto? Desaparecería.

LA UTILIDAD EN EL CUERPO

Ahora, echemos una mirada a 1 Corintios 12:18:

Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso.

Eso es importante. El lo hizo a usted como un dedo, porque quiere que sea un dedo. Lo hizo como brazo, porque quiere que sea un brazo. Lo hizo como un dedo del pie o como pie para que este metido dentro del zapato, y nunca se vea, porque quiere que usted sea dedo o pie, que nunca se vea. ¡Eso le place a él! La persona que sufre por considerarse inferior, sufre porque, siendo un dedo del pie,

no es un ojo. O porque, como pie, no es una linda cara o una boca. Eso lo hace pensar del siguiente modo: “¡Ah, por el hecho de que no soy esto o aquello, no soy útil!”

Para *el cuerpo*, todas las partes son útiles.

Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros (1 Corintios 12:21).

Algunos órganos del cuerpo que parecen débiles pueden ser muy importantes. Si algunos de los órganos que nunca ve no estuvieran allí, ¡cómo sufriría el cuerpo! Algunos de ustedes, amables lectores de la familia de Dios, fueron hechos para estar invisibles; sin embargo, son órganos vitales. A propósito, los órganos vitales *son* los que no se ven. Deténgase a pensar en eso. Escondidos detrás de la piel que los estrecha, de los huesos y de los músculos, están los órganos vitales invisibles. Cuando comience a decir: “Yo no soy tan útil como Fulano de Tal”, recuerde que los órganos vitales no son realmente los que se ven.

¿Por qué diseñó Dios la iglesia de este modo?

. . . para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros (1 Corintios 12:25).

Una de las características del cuerpo es que se preocupa por sí mismo. Usted no puede decir nunca: “Me duele el dedo, pero me siento bien en todo el resto del cuerpo”. Eso no es normal. Cuando un miembro del cuerpo de Cristo sufre, los demás debieran sufrir. Eso es normal. Si uno sufre, y los demás continúan hacia adelante, sin preocuparse, alguna clase de alienación está ocurriendo.

El apóstol Pablo dijo:

Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener [no sea engréido], sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno (Romanos 12:3).

La traducción parafraseada de *La Biblia al día* para este versículo es la siguiente:

Como mensajero de Dios les advierto: no se consideren mejores de lo que son; valórense de acuerdo al grado de fe que Dios les ha permitido.

Es de gran importancia que usted tenga una estimación *honest*a de sí mismo.

UNA RECETA

Ahora voy a prescribir cuatro “recetas”. Generalmente no hago este tipo de trabajo pero pienso que esto le ayudará a recordar algunos principios.

Habiendo dicho todo lo que tenía en mente acerca de Moisés, Jeremías y Amós, y acerca de estos pasajes del Nuevo Testamento, voy a terminar este capítulo con cuatro sugerencias. Cada una de ellas le ayudará cuando se encuentra empantanado en los sentimientos de inferioridad.

Esta es la primera receta: *Entienda* que usted fue prescrito antes de su nacimiento. Veamos el Salmo 139:13-16:

Porque tú formaste mis entrañas;
Tú me hiciste en el vientre de mi madre.
Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras;
Estoy maravillado,
Y mi alma lo sabe muy bien.
No fue encubierto de ti mi cuerpo,
Bien que en oculto fui formado,
Y entretejido en lo más profundo de la tierra.
Mi embrión vieron tus ojos,
Y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas
Que fueron luego formadas,
Sin faltar una de ellas.

Todos nosotros fuimos bebés prescritos, cada uno de nosotros. Dios nos hizo precisamente como debemos ser, sin importar el color actual de nuestros cabellos, o el número de ellos. El lo hizo con la cara que él quiere que usted tenga. Si él lo hizo a usted de 2,40 metros de altura, él quiere que usted sea de 2,40 metros de altura. Si lo hizo de 1,27 metros de altura, quiere que usted sea de 1,27 metros de altura.

Esta es la segunda receta: *recuerde* que el proceso está aún en marcha. El Señor no ha terminado. Haga todo lo posible para no olvidar este hecho.

Tercera receta: *Niegúese* a compararse con otros. Esta va a ser la más difícil de las cuatro. Si usted quiere dominar su inferioridad, deje de mirar a los que lo rodean, y comience a mirar al Señor. La comparación, en este caso, desmoraliza. Niéguese a ello.

La cuarta receta es la siguiente: *Responda* correctamente a sus puntos débiles. Responda correctamente a aquellas cosas que piensa que son defectos, marcas o fallas. Si puede, trate de cambiarlas. Si no puede, ore mucho más con respecto a ellas, como lo hizo

Pablo. Considere que esa marca, o ese defecto no es una cruz que tiene que soportar, sino una señal única que Dios puso en su vida.

En resumen:

1. *Entienda* que usted fue prescrito antes de su nacimiento.
2. *Recuerde* que el proceso de crecimiento aún está en marcha.
3. *Niegúese* a compararse con otros.
4. *Responda* correctamente a sus puntos débiles.

Un amigo mío, que se graduó junto conmigo en el mismo seminario, tiene una cicatriz brillante, una marca de nacimiento, a través de un lado de la cara. Es como la cicatriz de una quemadura. Se extiende de una manera obvia y no atractiva desde su frente, a través de la nariz, le cubre gran parte de la boca y llega hasta el cuello.

Hasta donde yo puedo decir, este hombre no tiene absolutamente ninguna dificultad con el complejo de inferioridad. Para decir lo menos posible, eso es raro.

Un día saqué todo el valor que pude para preguntarle cómo era posible que él pudiera tener tanta firmeza sobre sus pies y confiar en que Dios lo usara, sin preocuparse aparentemente por su apariencia.

“Eso se lo debo a mi papá”, me respondió. “Hasta donde yo recuerdo, mi papá me enseñó que esta parte de mi cara fue aquella en que un ángel tuvo que haberme besado antes de que yo naciera. El me decía: ‘Hijo, esta marca es para papá, para que yo pueda saber que tú eres mío. Tú fuiste marcado por Dios sólo para recordarme que eres mi hijo’.

“A través de todos mis años de crecimiento, mi papá me recordaba: ‘Tú eres la persona más importante y especial de la tierra’.

“A decir verdad”, me dijo él, “¡llegué al punto de sentir compasión por las personas que *no* tenían marcas de nacimiento en los lados de sus caras!”

Mientras no podamos dar gracias a Dios por nuestras fallas, por las cicatrices que hay en nuestras vidas, nunca dominaremos el complejo de inferioridad. ¿Por qué no le confiesa ahora mismo al Señor sus luchas con los sentimientos de inferioridad, antes de seguir leyendo? Pídale que lo libere de la preocupación por sí mismo, de su constante análisis secreto sobre cuán alto o bajo pudiera usted ser en el espectro de los dones, y que le dé un toque fresco del Espíritu Santo que le permita pensar acerca de sí mismo en la forma como Dios siente y se preocupa por usted.

Todo se reduce a lo que decida pensar con respecto a sí mismo. Nadie puede hacer que se sienta inferior sin su consentimiento. Sólo usted puede, en última instancia, detener la plaga de la duda con respecto a sí mismo.

Sólo usted.

10

El temor: La feroz garra del pánico

Una joven de nuestra iglesia (a quien llamaré Susana) tuvo una increíble experiencia en 1976. Sólo tenía unos pocos meses de casada, y felizmente esperaba cada nueva alborada. Una mañana en particular no la esperó la felicidad.

Alguien tocó a la puerta de su apartamento. Por el hecho de que su marido ya había salido para el trabajo, Susana se sintió un poco intranquila en cuanto a abrir la puerta. Pero lo hizo. Frente a ella se presentó un hombre que ella nunca había visto. Parecía que el hombre estaba nervioso, y eso aumentó la intranquilidad de ella. El preguntó donde estaba situado el apartamento del administrador. Ella le dio rápidamente la información que él necesitaba y cerró la puerta.

A los pocos minutos, volvió a sonar la puerta. Estaba cautelosa, pero no lo suficiente como para no abrir. Susana volvió a abrir la puerta. La larga hoja del cuchillo del hombre la empujó hacia adentro. El cerró y trancó la puerta, cerró las cortinas y le dijo a ella que se quitara toda la ropa.

En ese aterrador momento, Susana, quien es una notable cristiana, miró directamente a la cara al que la quería violar, y con una calma admirable le dijo: —Yo soy cristiana. El Señor Jesucristo me está cuidando ahora mismo, y él no va a permitir que me suceda lo que él no quiere que me ocurra.

El hombre se quedó pálido mirándola. Estaba absolutamente estupefacto.

Ella continuó: —Jesucristo lo ama a usted. El quiere entrar en su vida y llegar a ser su Señor y Salvador —luego le preguntó de manera más bien directa—: ¿Alguna vez, alguien le ha explicado a usted el evangelio de tal manera que pudiera entenderlo?

—No —contestó simplemente, mientras bajaba el cuchillo.

—Entonces, siéntese, por favor.

El hombre guardó el cuchillo y se arrellenó en una silla. Durante hora y media, Susana y el extraño discutieron los postulados de Cristo. Ella supo que él era nuevo en esa área y que no tenía amigos, ni dinero, ni propósito en la vida. Le dijo a ella que una “voz interna” le había dicho que hiciera lo que él había hecho esa mañana.

La valerosa mujer, intrépidamente presionó el asunto. —Así como yo le abrí la puerta a usted, sin saber quién estaba afuera, usted tiene que hacer lo mismo en su vida. Jesús espera que usted decida permitirle entrar. ¿Puede pensar en alguna razón por la cual no debiera hacer eso?

El no pudo dar ninguna.

Ella le dijo que inclinara la cabeza, y con sus propias palabras manifestara que aceptaba el don que Dios le estaba ofreciendo: su propio Hijo amado. El lo hizo.

Poco después, él se fue, y nunca volvió. ¡Y en ningún momento puso su mano sobre ella!

Después que el hombre se fue, de repente, un pánico feroz se apoderó de Susana. Se sintió inmediatamente abrumada por el hecho de haber escapado de un peligro que estuvo tan cerca. Nunca antes había experimentado de una manera tan vivida la verdad del Salmo 34:

Busqué a Jehová, y él me oyó,
Y me libró de todos mis temores.

Este pobre clamó, y le oyó Jehová,
Y lo libró de todas sus angustias.
El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen,
Y los defiende.

Gustad, y ved que es bueno Jehová;
Dichoso el hombre que confía en él (Salmo 34:4, 6-8).

Susana nunca volvió a oír nada acerca de este hombre extraño. Pero la experiencia que ella tuvo dejó una impresión indeleble en las mentes de todos nosotros: ¡Dios puede manejar nuestros temores!

HAY QUE ENTENDER EL TEMOR

Wayne W. Dyer escribió un libro que llegó a ser un éxito de librería, titulado *Your Erroneous Zones* (Sus zonas erróneas). En ese libro, él habla acerca de los días cuando perdemos la batalla por el hecho de que no vivimos en el momento presente. Nos sentimos culpables por algo que ocurrió ayer, o tenemos temor de algo que pudiera acontecer mañana, y no logramos alcanzar hoy la total satisfacción. El temor puede impedir que disfrutemos del día de hoy.¹

Conozco a un joven estudiante universitario que, en las vacaciones consiguió trabajo como soldador ayudante en la construcción de un hospital. Nunca antes había soldado en su vida. Tenía temor de las alturas, ¿y sabe usted? ¡Lo pusieron a trabajar soldando en el piso 17! Grandes secciones de vigas de acero sobresalían hacia el espacio. El trabajaba día tras día casi inmovilizado por el temor. Finalmente, el soldador con quien él estaba trabajando, que era un hombrón, lo miró y le dijo:

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Tienes miedo?

—¿Mi...e...do? ¡Du-du-durante do-do-dos se-se-ma-ma-nas he-he es-es-ta-ta-do tra-tra-tan-tan-do de de-de-cir-cir-le que-que re-re-nuncio! ¡Pero no-no pu-pu-de a-a-brir la-la-bo-bo-ca!

El joven estaba mortalmente asustado. Y así están algunos de los que leen estas palabras. El temor inmoviliza. También intimida.

HAY QUE VENCER LA INTIMIDACION

Yo hallo un gran consuelo en lo que escribió David cuando se refirió a todo este tema del temor:

Jehová es mi luz y mi salvación;

¿de quién temeré?

Jehová es la fortaleza de mi vida;

¿de quién he de atemorizarme? (Salmo 27:1).

Observe, por favor, que David no dijo que el Señor *da* luz, ni que el Señor *provee* fortaleza. El dijo que el Señor es luz y es fortaleza. Eso es muy importante.

Nosotros tenemos al Señor dentro de nosotros. Así que no importa si estamos en domingo, o en martes o en sábado por la mañana, o en jueves por la tarde, él *es* todo eso para nosotros. Y no tenemos que estar dentro del edificio de una iglesia para contar con lo que él es. Por el hecho de que el Señor es en todo tiempo luz, defensa y pro-

tección, él se hace cargo de las cosas que nos molestan.

Consideremos las preguntas de David. “¿De quién temeré?” Esa es la palabra normal de uso diario en hebreo con el significado de “temor”. Pero en la siguiente pregunta no aparece la misma palabra: “¿De quién he de *atemorizarme*?” Estamos interesados en esta última palabra. Significa “estar asustado”, “estar atemorizado de alguien”, “estar intimidado”.

Yo estaba en mi estudio un día muy temprano. Mi esposa Cynthia me llamó y me dijo: “Mira, cariño, hay un hombre que está tratando de hablar contigo. Parece estar muy deprimido. Es de otro estado. Su llamada es de larga distancia. ¿Por qué no lo llamas?” Ella me dio el número telefónico del hombre.

Levanté el teléfono, llamé a la operadora, le di mi nombre y el número telefónico del hombre. El respondió con las palabras: “Sí, acepto la llamada”.

—¿Señor Swindoll? —me preguntó.

—Sí —le respondí.

—Tengo una estatura de 1,98 metros, y peso más de 90 kilogramos —me dijo. Un temblorcito me bajó por la espina dorsal.

—Sí, señor —le respondí—. ¿Qué puedo hacer a favor de usted, señor?

—Acabo de oírlo a usted en su programa radial *Discernimiento para la vida* —me dijo—. Usted es el hombre que habla por radio, ¿no es verdad?

—¿En qué región vive usted? —le pregunté. El me dijo dónde vivía, y yo le confirmé que sí era yo el que hablaba por radio.

—Yo administro 12 gasolineras —me dijo—, y luchando me he abierto paso en la vida durante los últimos 30 años. He estado en la iglesia, y fuera de ella, mayormente afuera. Puedo dominar a cualquiera. Pero en lo profundo de mi ser tengo un temor mortal. (Yo me sentí aliviado al saber que *ése* era problema de él.)

—Por radio, usted habló acerca de ser libre —continuó—. De ser libre del temor, aun del temor a sí mismo. En lo profundo de mi ser hay un muchachito que está medio muerto del susto. Yo he buscado la manera de hacer frente a esto con mis puños. Pero hombre, ¡tengo miedo! ¿Puede darme usted algún discernimiento sobre este asunto de la libertad? Realmente necesito vencer el temor.

Hablamos unos 15 ó 20 minutos, y cuando ya estábamos listos para colgar, él me dijo:

—Lo dejo ahora, tengo que ir a atender mi negocio, señor

Swindoll, te estimo. (¡También me sentí aliviado de oírle decir eso!)

He aquí un tremendo hombre que tenía temor, como si en lo profundo de él hubiera un muchachito. ¿Sabe lo que me dijo esa conversación? Me dijo que aun las personas de tamaño grande sienten temor. El tamaño no garantiza la confianza. Personas que usted ve y que piensa que son el epítome de la seguridad y de la confianza en sí mismas, a menudo, en lo profundo de su ser, tienen encerrados muchachitos o muchachitas; están aterrorizadas de sí mismas y temen decirlo.

“¿De quién he de atemorizarme? ¿Quién me intimidará?” Eso fue lo que preguntó David. Ni siquiera Goliat intimidó al pequeño David, pues éste dijo que la batalla era del *Señor*. El Dios de David es el Dios de sus hijos hoy. El dice: “Yo soy tu luz, tu salvación, tu defensa”. Bueno, razonamos, tal vez David no se enfrentó realmente a la clase de presiones a que me enfrento yo. Leamos cuáles fueron las presiones a que se enfrentó él:

Quando se juntaron contra mí los malignos,
mis angustiadores y mis enemigos,
para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron.
Aunque un ejército [los contrincantes son muchos] acampe contra
mí, no temerá mi corazón;
aunque contra mí se levante guerra [está abrumado],
yo estaré confiado (Salmo 27:2, 3).

David estaba solo peleando contra un ejército. ¿Cómo le parecen a usted tales obstáculos? Todo el ejército de Saúl había sido enviado a buscar a un hombre. ¿Sabe lo que pensé al leer eso? Pensé: “¡Eso es la cumbre de la intimidación!”

Quando David salió de una cueva y se escondió detrás de una roca, él podía oír a todos los enemigos alrededor de él. Quiero decir que si el Señor no se hubiera manifestado realmente en ese momento, nunca se manifestaría. El conflicto era intenso: Un ejército había acampado contra él, una guerra se había levantado contra él. Casi no puedo creer lo que él dice luego: “Yo estaré confiado” (Salmo 27:3).

HAY QUE MANTENER LA CONFIANZA

Tener confianza en este caso no significa tener confianza en uno mismo. No se refiere a la inteligencia humana. Ni siquiera significa ser más ingenioso que los demás. Significa “estar seguro”, “tener seguridad”. El Señor fue la única *fente* de seguridad para David.

Ahí es precisamente donde la validez del cristianismo se comprueba. Y más que cualquier cosa, usted quiere tener confianza. Dios también quiere que usted la tenga.

Bueno, ¿cómo le vino la confianza a David? El tenía una cosa en el corazón:

Una cosa he demandado a Jehová,
Esta buscaré;
Que esté yo en la casa de Jehová
Todos los días de mi vida,
Para contemplar la hermosura de Jehová,
Y para inquirir en su templo (Salmo 27:4).

No le pida a Dios cien cosas. Pídale una. “. . . ésta buscaré . . .”. Bueno David, ¿a qué te refieres? Dímelo pronto. “Que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida . . .

¿Qué? ¿Significa esto que tengo que vivir dentro del edificio de una iglesia? Usted sabe que no es eso lo que significa, pues David se halla en el campo, huyendo para salvar la vida. Veamos un poco más adelante. “Para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir (meditar) en su templo”.

Ahora bien, que no se le escape esto: morar en la casa de Jehová y meditar en el templo. Continúe leyendo.

Porque él me esconderá en su tabernáculo en el día del mal;
Me ocultará en lo reservado de su morada;
Sobre una roca me pondrá en alto (Salmo 27:5).

Morar en la casa . . . meditar en el templo . . . esconder en el tabernáculo . . . ocultar en la morada. Todo eso ayuda a sustituir el temor por la confianza. A mí eso me suena muy bien. ¿Pero qué quiere decir David con todo esto?

En el tiempo de David, las figuras poéticas de los salmos eran tales que estar “en un lugar habitado” significaba estar rodeado de protección. En otros términos, significaba tener compañerismo consciente y continuo con el Señor viviente en medio de su pueblo. Un hombre ha llamado esto “la práctica de la presencia de Dios”.

Lo que decía David era lo siguiente: “Cuando salgo de esta cueva, sin saber de dónde proceden las lanzas, sé que en la tienda, en el tabernáculo, en la casa, en el templo, rodeado por tu protección, estoy seguro. Eso es lo que te pido, Señor, que nada interrumpa nuestra comunión”.

Cuando estamos intimidados, cuando carecemos de confianza, invariablemente estamos más conscientes de la persona que nos

ataca que del Señor. Cuando entramos en el escenario que nos intimida, conscientemente tenemos que vernos en la tienda, meditando en el tabernáculo, mirando la belleza del Señor y diciéndole: “Ahora mismo, Dios, no tengo nada de lo cual pueda depender; soy todo tuyo”.

Fue éste el punto en que David comenzó a orar:

Oye, oh Jehová, mi voz con que a ti clamo;
Ten misericordia de mí, y respóndeme [usa el imperativo, es como un mandamiento].
Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro.
Tu rostro buscaré, oh Jehová;
No escondas tu rostro de mí.
No apartes con ira a tu siervo;
Mi ayuda has sido.
No me dejes ni me desampares,
Dios de mi salvación (Salmo 27:7-9).

Esta no es una petición hecha a medias. Cada palabra de David era sincera. Tenemos la tendencia de perder el tiempo con la oración. Dios dice: “Yo te prometo mi presencia. Vincúlate a mí. Cuenta conmigo, y yo te ayudaré a pasar a través de esta situación amenazante”.

Y nosotros decimos algo frío y formal como lo que sigue: “Está bien, Señor, si por casualidad lo quieres así, dirígeme, por favor, guíame y dirígeme”.

¡Esa no es la clase de oración que Dios quiere!

“Señor, ¡ahora mismo acepto tu Palabra! *No puedo entrar en esta situación sin ti. Te pido que me contestes, me proveas lo que necesito, que me des la fuerza y el valor que necesito en este momento*”.

Algunas veces, cuando voy conduciendo mi automóvil y me dirijo hacia una situación que será extremadamente amenazante, sin saber lo que me espera allí, oro en alta voz. La gente que pasa por la calle me mira extrañada. Realmente, no me importa demasiado lo que piensan. Ellos no son los que van a enfrentarse a esa situación. ¡Soy yo!

DEBEMOS PERMANECER EQUILIBRADOS

Tal vez usted esté pensando: “Parece que David y Swindoll se están poniendo un poco fanáticos”. Pues yo creo que no. Veamos lo que se nos dice en el Salmo 27:11:

Enséñame, oh Jehová, tu camino,
Y guíame por senda de rectitud
A causa de mis enemigos.

En otras palabras: “Enséñame, Señor, y guíame de una manera equilibrada, pues tengo muchos enemigos. Mantenme equilibrado. Nívelame”.

Veamos ahora el versículo 13 del mismo salmo:

Hubiera yo desmayado, si no creyese
Que veré la bondad de Jehová
En la tierra de los vivientes [esto es, donde vivo *ahora*].

“Yo nunca hubiera salido a enfrentarme a lo que tuve que enfrentar, Señor, si no estuvieras tú conmigo. La desesperación me hubiera derrotado. Hubiera perdido la razón”.

COMO LIBRARSE DE LA FERROZ GARRA DEL TEMOR

Hace algún tiempo, Cynthia y yo pasamos una tarde maravillosa con Ruth Harms de Calkins y su marido Raleigh. Ruth ha escrito las obras *Tell Me Again, Lord, I Forget*² (Dímelo de nuevo, Señor, yo olvido), *Lord, You Love to Say Yes*³ (Señor, a ti te encanta decir sí), y otras obras excelentes que vale la pena leer.

La señora de Calkins es una mujer piadosa, a quien admiro profundamente. Ella aprendió, literalmente en el lecho de la aflicción, lo que es confiar en Dios. A la edad de 19 años, ella conoció a Raleigh, e hicieron planes para casarse pronto. Pero a ella se le desarrolló una tos persistente, y ellos descubrieron que había una cavidad en su pulmón que, en aquellos días, sólo podía tratarse a través de un intenso período de hospitalización. Así que ella se internó en un sanatorio, donde estuvo acostada de espaldas durante dos años.

Con todo el trauma que acompañó a este revés, el amor de ella hacia su prometido creció. Durante su permanencia en el hospital, comenzó a escribir los pensamientos que le venían en oración. Cuando la persona promedio hubiera dicho: “No hay remedio . . . estoy desesperada”, ella creyó. Ella presentaba estos pensamientos a Dios y los escribía en su diario. Al fin salió del hospital, y se casó con Raleigh. A través de una cadena de eventos, ellos fueron guiados por Dios hacia el ministerio cristiano.

Precisamente, en el tiempo en que estaban pensando comenzar su familia, Ruth sufrió otro ataque de tos. Los fríos dedos del temor

comenzaron a extenderse a su alrededor. Se hicieron las pruebas. Se halló una cavidad en el otro pulmón. Se enfrentaba a la posibilidad de otra prolongada hospitalización. La feroz garra del pánico comenzó a estrujarla con fuerza, y ella cayó hecha pedazos delante de Dios.

Después de dejar una nota para Raleigh junto con el informe del médico, Ruth salió a dar un largo paseo. Su esposo leyó la nota e inmediatamente fue con el automóvil al lugar donde ella estaba caminando, a lo largo de la línea férrea. Ella estaba sumamente desesperada. El corrió hacia ella, y se abrazaron. “Estoy contigo, no importa lo que suceda”, le dijo él.

Los eventos que siguieron fueron trágicos. Hubo otro ataque intenso de tuberculosis. El médico les sugirió que no tuvieran nunca hijos. Así que ellos no los tuvieron. Pero nos dijeron que han trabajado literalmente con centenares de niños en coros y en el ministerio de educación cristiana, según Dios los ha usado en la Primera Iglesia Bautista de Pomona, California.

Hoy, ella sirve como nunca hubiera podido hacerlo, si no hubiera sido por los golpes de tener que esperar, quedarse quieta y creer en la bondad del Señor en la tierra de los vivientes. Ella echó fuera el temor. Al enfrentarse al temor, se quitó de encima esa garra, y lo lanzó en las manos fuertes y poderosas de Dios.

Sinceramente, temo que algunos de los que leen este libro perderán las mejores cosas que Dios tiene para ustedes por el hecho de *huir*, en vez de *confiar*, cuando tienen miedo. He aquí una manera práctica para que maneje sus temores:

(1) Cuando se presenten los temores, *admitálos*. Diga: “Tengo temor de (mencione lo que teme)”. No se puede vencer nada que no esté abierta y claramente identificado.

(2) Al admitirlos, *entréguelos* a Dios. Sea muy práctico en este caso. Expresa su decisión de dejar su caso en las manos de él. Sea específico. Haga una declaración verbal. Quítese de encima la garra de hierro del temor y pásela a Dios. Dígale que a él le corresponde manejarla.

(3) Al entregar sus temores a Dios, *suéltelos*. Dios dice: “Yo te he oído; tomaré tu temor”. En otro salmo, David dijo:

Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará;
No dejará para siempre caído al justo (Salmo 55:22).

(4) Permanezca firme. Con la invencible fuerza del Dios Todo-

poderoso, de manera consciente *niéguese a retirarse*. Dios premia esa clase de fe.

Hace muchos años, mi hermana Lucille, quien es dos años mayor que yo, viajó como representante del colegio universitario en el cual se graduó en Tejas. Su principal responsabilidad era la de poner en contacto a las mujeres jóvenes con el colegio y animarlas a estudiar allí. Idealmente, debía reclutarlas. Era un buen trabajo que sólo tenía una seria desventaja. Se le exigía que estuviera conduciendo su automóvil a lo largo de muchos kilómetros. Como mujer soltera, no podía extremar el cuidado.

Una semana, mientras hacía un largo viaje de reclutamiento, ella vio por el espejo retrovisor que la seguía un hombre solo en su coche. Los intentos que ella hizo para evadirse de él resultaron inútiles. Como estaba a punto de oscurecer, ella vaciló si debía continuar la marcha hasta la siguiente ciudad. El temor se apoderó de ella, pues se imaginaba que el extraño la obligaría a detenerse a un lado de la carretera.

Ella decidió entrar en el motel más cercano y darse una mayor medida de seguridad detrás de una puerta cerrada con llave. Cuando se registró, vio que el hombre estaba como a media cuadra, esperando. Cegada por el pánico y enferma por el temor, apresuradamente llevó sus cosas a la pequeña habitación del motel . . . e inmediatamente pasó el cerrojo y rápidamente pasó la cadena por la ranura correspondiente. De sus ojos brotaron lágrimas de horror. Ella oyó cuando el automóvil de él se detuvo fuera del dormitorio de ella.

Inmediatamente, decidió admitir su vulnerabilidad delante de Dios . . . declarar su temor, su pánico, sus sentimientos de inseguridad. Ella se obligó a sí misma a continuar preparándose para descansar: necesitaba una ducha y una buena noche de sueño; pero el pensamiento de un posible ataque a la media noche le quitaba cualquier apariencia de paz interna. ¿Qué podía hacer?

Precisamente, cuando se hallaba en un momento de distracción emocional, Luci volvió la mirada hacia la parte alta del tocador. Para asombro de ella, alguien había escrito las siguientes palabras, y las había metido por debajo del vidrio sobre la mesa del tocador:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

Firma: *Jesús*

Una increíble oleada de fortaleza la inundó. Desapareció el

temor intimidante de un ataque. La confianza en Cristo reemplazó al pánico. La seguridad de la presencia de Dios, de repente llegó a ser una realidad presente, cuando ella se entregó en sus brazos eternos. Posteriormente, ella me dijo que durmió como un bebé toda la noche, y no hubo ni siquiera un indicio de dificultad. Como yo la conozco, pienso que probablemente ella cantó para sí misma a fin de quedarse dormida.

La feroz garra del pánico no tiene que inmovilizarlo a usted. Dios no tiene límites cuando se trata de librar. Admita su temor. Entrégueselo a él. Descargue la presión sobre Dios; él la puede manejar.

Pregúnteles a Susana o a Lucille. Cualquiera de las dos le dirán cuán maravilloso es experimentar la libertad del temor.

11

La ira: La mecha ardiente de la hostilidad

Un gran hombre de estado de los Estados Unidos de América, Tomás Jefferson, inventó un método para manejar su ira. Lo incluyó en sus “Normas de vida”, las cuales dicen cómo creía él que deben vivir los adultos, hombres y mujeres. El escribió lo siguiente:

Cuando tengas ira, cuenta hasta diez antes de hablar; si tienes mucha, cuenta hasta cien.¹

Mark Twain, unos 75 años después, revisó las palabras de Jefferson. Este escribió:

Cuando tengas ira, cuenta hasta cuatro.
Si tienes mucha, maldice.²

Los que tenemos aunque sea un rasgo de honestidad, tendríamos que decir que hemos probado casi todo, desde la filosofía de Jefferson hasta la de Twain, y aún no podemos manejar la ira de manera muy eficaz. Es un problema real. Si usted lucha con un mal temperamento, tal vez esté riendo por fuera, pero llorando por dentro. No conozco nada más frustrante que la ira (¡eso me disgusta!). La ira tiene una manera de desarmarnos, de robarnos la buena conducta. Perjudica la vida en nuestro hogar y las relaciones con los compañeros de trabajo.

Hace algún tiempo, un hombre llegó a mi estudio, se sentó y expuso ampliamente su angustia. La noche anterior había golpeado

a su esposa. Ella había sido tan humillada, y estaba tan llena de contusiones que no pudo acudir junto con él. A propósito, los dos son cristianos.

Una vez me senté en la cárcel del condado Orange con un padre joven, quien tenía la cara metida entre las manos. Las lágrimas le fluían por entre los dedos mientras me hablaba acerca de su temperamento. El acababa de dar muerte a su propia nenita con sus manos, en medio de una ira incontrolable. Se había irritado porque la niña estaba llorando mientras él oía música.

No, la ira no es nada gracioso. Es algo que tiene que entenderse, admitirse, mantenerse bajo control; de lo contrario, literalmente nos matará.

¿QUE ES LA IRA?

Permítame comenzar dando una definición de ira, lo cual no es fácil. He entrelazado diversas fuentes y he sacado la siguiente definición:

La ira es una reacción emocional de hostilidad que produce desagrado personal, bien a nosotros mismos o a alguna otra persona.

Los que estudian psicología nos dicen que la ira tiene varias fases. Todos nosotros hemos experimentado algunas de esas fases.

La ira puede comenzar con una *irritación* leve, que no es otra cosa que tal vez una experiencia inocente de disgusto, un suave sentimiento de molestia producido por alguien o por algo.

Luego, la ira puede pasar de la irritación a la *indignación*, que es un sentimiento del que hay que responder a algo; tiene que haber una venganza del mal que se nos hizo. Pero tanto, la irritación como la indignación pueden producirse sin ser expresadas.

Si se alimenta la indignación, conduce a la *ira*, que siempre se expresa. Los psicólogos nos dicen que la ira es un fuerte deseo de venganza.

Luego, a medida que crece, la ira se convierte en *furia*. Esta palabra sugiere violencia, aun la pérdida del control emocional.

La última fase de la ira es la *cólera*. Obviamente, la cólera, o rabia, es la forma más peligrosa de la ira.

En Los Angeles, hace algún tiempo, un hombre ahogó a sus cuatro hijos. El admitió que tal cosa ocurrió en un arranque de cólera. La cólera es una pérdida temporal del control que envuelve actos de

violencia; la persona airada escasamente comprende lo que ha hecho.

Muy cándidamente, éste es un aspecto por el cual estoy muy preocupado en relación con la popular serie de televisión *Hulk, el hombre increíble*. Es la emoción de la ira la que convierte a Bixby en el Hulk. Tengamos la esperanza de que esta serie no sirva para enseñar a los televidentes a detener los problemas por medio de la furia.

¡LA BIBLIA LO PUEDE SORPRENDER!

En Efesios 4:26, 27 tenemos dos versículos que se relacionan con la ira.

Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo.

La Biblia Ampliada (inglés) traduce esos versículos de la siguiente forma:

Cuando estén airados, no pequen; nunca permitan que la ira —la exasperación, la furia o indignación— les dure hasta que el sol se ponga. No le den [tal] lugar o posición al diablo; no le den oportunidad.

La New English Bible lo dice de la siguiente manera:

Si están airados, no permitan que la ira los conduzca al pecado; no permitan que cuando el sol se ponga aún estén ustedes albergándola; no dejen abertura para el diablo.

La primera vez que estudié con profundidad este versículo, tuve una reacción tardía. ¿Comprende usted que Dios está diciendo: “¡Aírese!”? Sí, claro. Si ahí terminara el versículo 26, pudiéramos encerrar la palabra “airaos” entre signos de admiración. ¡Airaos! ¿Cómo le parece eso? ¿Cuándo obedeció usted lo que dicen las Escrituras en el sentido de que “perdió la calma”?

En estos versículos veo tres cosas importantes. La primera es sencilla y clara. *¡La ira es una emoción dada por Dios!* Hay algo inhumano en la persona que nunca se aíra. Tiene una rara constitución. Nosotros seríamos rápidos en decir que el que no muestra compasión realmente no tiene corazón. Y el que no ama, bueno, hay algo terriblemente malo en él. Estas emociones fueron dadas por Dios, y él dice que las expresemos. Lo mismo es cierto con respecto a la ira. Dios dice: “Airaos”.

La segunda observación va conjuntamente con la primera. *La ira no es necesariamente pecaminosa*. Dios dice: "Airaos, pero no pequéis". No toda expresión de ira es mala. Es como si yo dijera a uno de mis hijos: "Ahora bien, cuando salgas esta noche, disfruta. Diviértete realmente. Pero no uses mal tu humor". O es como lo que el Señor dice, en palabras como las siguientes: "Quiero que ustedes amen, pero no amen el mundo. Ni siquiera amen las cosas del mundo. Quiero que amen, pero restrinjan el amor a ciertas cosas". Es el mismo pensamiento. Airaos, pero no llevéis la ira hasta el punto en que se convierta en pecado.

Algunos de los lectores pudieran estarse preguntando si alguna vez es *bueno* estar airados. ¿Sabía usted que en el Antiguo Testamento, la expresión "la ira de Jehová" (o alguna similar) aparece no menos de 18 veces?

¡Y en el Nuevo Testamento tenemos algunos ejemplos clásicos del enojo de Jesús! Cuando los cambistas estaban en el templo, él no entró y les dijo: "Miren, hombres, yo no quiero ofenderlos, pero lo que ustedes están haciendo no es muy bueno". Más bien, entretejió un azote de cuerdas y físicamente los echó del templo. La suya fue una expresión de real indignación. ¡El se enojó!

Y Jesús nunca habló de manera más airada y directa a nadie como cuando habló a los religiosos hipócritas, según Mateo 23. Vez tras vez: "¡Ay de vosotros . . .!" Incluso los llamó "sepulcros blanqueados" y "serpientes". Hay ocasiones en que la ira es muy apropiada. Hablaré más acerca de esto posteriormente.

En tercer lugar, la ira *tiene que tener salvaguardas*. Notemos dos salvaguardas que Pablo nos dio en este mismo pasaje.

Primera salvaguarda:

No se ponga el sol sobre vuestro enojo (Efesios 4:26).

No prolongue usted la ira hasta la noche. En el tiempo de Pablo, la puesta del sol era el fin del día y el comienzo del siguiente. Cuando llegue el fin del día, asegúrese usted de que su problema esté resuelto.

Creo que esto debe tomarse de manera muy literal. Nosotros lo practicamos en nuestro hogar; tal vez usted lo practique en el suyo. Si ha habido ratos de desavenencia o de ira a través del día, arregle eso al atardecer. Cuando coloca la cabeza sobre la almohada, asegúrese de que estén resueltos sus sentimientos de ira. Esté seguro de que hay perdón, de que se ha aclarado la conciencia con respecto a

eso. Maridos y esposas, no se acuesten de espalda el uno al otro. No se permitan el lujo de pensar que pueden arreglar eso posteriormente.

De vez en cuando, algún hermano en la fe, o alguna hermana me cuenta alguna experiencia en que perdió los estribos. Ellos estaban equivocados. Y me dicen algo como lo siguiente: “¿Sabe usted? Cuando me acosté rendido esa noche, me pareció que las cosas simplemente no estaban bien”. Tal vez usted, estimado lector, haya tenido esa experiencia. Yo ciertamente la he tenido. Luego dicen: “Yo tuve que levantarme, encender la luz, y hacer una llamada telefónica, ... o me vestí y fui a la casa de la persona con la cual tuve el problema, y le hablé cara a cara para aclarar el asunto”. Realmente es estimulante oír cosas como éstas.

Eso fue lo que Pablo dijo: No permitan que el pecado entre al prolongar la ira. Probablemente, hay algunas cicatrices en su vida que están allí por cuanto usted no resolvió su problema de ira cuando ocurrió. Como sabe, el 99 por ciento de todos los problemas no se solucionan por su propia cuenta. ¡Jamás! Simplemente permanecen como un abrojo debajo de la silla de montar, hasta que se forma una herida y usted se enferma.

Segunda salvaguarda:

... ni deis lugar al diablo (Efesios 4:27).

Eso significa precisamente lo que dice. No permita que su ira se exprese de tal modo que se debilite y el diablo reproduzca su carácter a través de usted.

Como ve, a Jesucristo le encanta reproducir su carácter a través de usted. Cuando estamos controlados por el Espíritu Santo es cuando el carácter de Cristo fluye libremente: su amor, su bondad, su compasión, su gozo, su preocupación por los demás. Pero el diablo es un maestro para la imitación o falsificación, y cuando nosotros nos entregamos a las cosas de Satanás, él se propone hacer que nos portemos como él.

Eso es todo lo que Pablo quiere enseñar. No permitan que la ira se apodere de ustedes y los debilite de tal manera que puedan venir a sus vidas otros aspectos de pecado, o aun la participación satánica. Tengan en mente que ustedes son propensas a airarse. La ira sostenida e incontrolada ofrece al enemigo de nuestras almas una puerta abierta. Eso es serio.

Hagamos frente a esto: Todos nosotros somos diferentes porque así fuimos hechos. Algunos somos más emotivos que otros. Algunos

tenemos muchos más problemas para controlar el enojo que otros. Usted es el que sabe cómo es, cuáles son sus aspectos débiles. Cuando sienta que la ira está llegando a un punto que está fuera de su control, ya sabe que el Señor no está ahí. No le dé al diablo la oportunidad.

¿CUANDO SE JUSTIFICA LA IRA?

¿Cuándo podemos decir que realmente está bien que nos airemos? Esa es una pregunta importante. Yo encuentro en la Biblia tres situaciones específicas en que la ira se justifica.

(1) *Cuando el pueblo de Dios desobedece a sabiendas la Palabra de Dios y la voluntad de él.* Algo debe ocurrir en el corazón del hijo de Dios que ve que otros cristianos pecan abiertamente, pasando por alto la voluntad de Dios y desobedeciéndola. No es bueno que nosotros pasivamente nos quedemos contemplando esas cosas. ¡Algo anda mal! Cuando Moisés vio lo que estaba ocurriendo alrededor del becerro de oro, no lo pudo soportar. Se indignó muchísimo (ver Exodo 32:19, 20).

Además, hay un caso en la vida de Salomón que nos muestra que el Señor no pasa por alto los actos de carnalidad. En 1 Reyes 11 encontramos la muy triste narración de los últimos años de Salomón. El había sido bendecido con riquezas, como nunca las había visto el mundo. El gran magnate ya fallecido, J. Paul Getty, hubiera parecido como un pobre hombre en comparación con Salomón. Este estaba cargado de riquezas. Y según parece, tuvo más esposas y concubinas que cualquier otro hombre que jamás haya vivido. El fue más sabio que cualquier otra persona que se mencione en la Escritura. Pero echemos una mirada a la última parte de su vida.

Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas; gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor. Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón. Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David (1 Reyes 11:1-4).

Los siguientes cuatro versículos describen sus prácticas idólatras. Luego leemos:

Y se enojó Jehová contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado de Jehová Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces, y le había mandado acerca de esto, que no siguiese a dioses ajenos; mas él no guardó lo que le mandó Jehová (1 Reyes 11:9,10).

La ira se justifica, no sólo por parte del hombre, sino también por parte del Señor, cuando abiertamente desobedecemos a sabiendas su Palabra. En algunas esferas se ha deformado la gracia de tal modo que nos da la idea de que ya Dios no tiene normas, o que no se espera de nosotros una vida piadosa, ahora cuando somos justificados por la gracia. ¡Esa es una perversión y una mentira salida directamente de lo profundo del infierno!

Las Escrituras nos enseñan que el Señor siempre se ha airado, y siempre lo estará de manera intensa, cuando nosotros decidimos desobedecerle abiertamente. Si usted, a sabiendas, está viviendo en continua y abierta desobediencia a Dios, le advierto que la ira de Dios está encendida contra usted. (Trataré este asunto ampliamente en el siguiente capítulo que trata sobre la defección.) Por su gracia, él puede concederle tiempo para que vea esto, pero le aseguro que eso le traerá tremendas consecuencias.

Hay otras ocasiones en la Biblia en que se justifica la ira.

(2) *Cuando los enemigos de Dios asumen posiciones de jurisdicción que están fuera de sus derechos.* El profeta Isaías registra un ejemplo de los enemigos del Señor que se movieron hacia una esfera que estaba fuera de sus derechos. El Señor los reprendió por eso.

¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo! ¡Ay de los sabios en sus propios ojos, y de los que son prudentes delante de sí mismos! ¡Ay de los que son valientes para beber vino, y hombres fuertes para mezclar bebida; los que justifican al impío mediante cohecho [he aquí la frase], y al justo quitan su derecho [ay de ellos]! Por tanto, como la lengua del fuego consume el rastrojo, y la llama devora la paja, así será su raíz como podredumbre, y su flor se desvanecerá como polvo; porque desecharon la ley de Jehová de los ejércitos, y abominaron la palabra del Santo de Israel. Por esta causa se encendió el furor de Jehová contra su pueblo (Isaías 5:20-25).

Me llama la atención una pequeña frase del versículo 23: “. . .al

justo quitan su derecho”. Lo que quiero decir es lo siguiente: La ira se justifica cuando los enemigos del Señor quitan derechos que están fuera de su jurisdicción. Sobre esto se pueden presentar varios ejemplos de la Escritura.

Por ejemplo, en 1 Samuel 11, Saúl es el rey ungido cuando un enemigo viene e invade la tierra. Leemos en 1 Samuel 11:6 que “. . . el Espíritu de Dios vino sobre él con poder; y él se encendió en ira en gran manera”. Literalmente, su ira se hizo intensa, por cuanto se había declarado la guerra contra la tierra de Dios y contra el pueblo de Israel. Estaba siendo amenazada la libertad de ellos.

Pienso que esto es aplicable a nuestro día y a nuestro punto de vista de la guerra. Puedo asegurarle que no soy un fomentador de la guerra. Nadie se duele más que yo al ver los resultados de la guerra. Sin duda alguna, usted siente lo mismo. Pero con esto no estoy diciendo que, cuando un enemigo quiera venir y quitarnos la libertad de nuestra tierra, debemos sentarnos pasivamente y decir: “Bueno, simplemente es mejor que vivamos con esto. Sólo es uno de los problemas de la vida. El mal está sobre la tierra”. Las Escrituras declaran que cuando la gente le quita los derechos al justo, el Señor se *aira* ... y nosotros también debiéramos hacerlo. Nuestra responsabilidad es la de defender estos derechos que hemos atesorado.

(3) Una tercera situación en que la ira se justifica se halla en Efesios 6. Se produce *cuando los padres provocan a ira a sus hijos*. Aquí ya no estamos hablando de la teoría de una guerra distante, ni de algún tribunal de justicia. Nos referimos a la ira que se justifica en la casa. Quiero tener mucho cuidado al expresarme, a fin de no ser mal entendido.

Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor (Efesios 6:1-4).

Hay un versículo paralelo en Colosenses:

Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten (Colosenses 3:21).

Es interesante el hecho de que en ambos pasajes, el apóstol Pablo se dirigió específicamente a los *padres*. A menudo, los padres somos dados a la impaciencia, a la falta de comprensión real de los

sentimientos de nuestros pequeños, de nuestros adolescentes, de nuestros jóvenes adultos que aún vivan en el hogar. Cuando exasperamos a nuestros hijos al tratarlos injustamente, y ellos responden con ira, esa ira se justifica. ¡No provoque a ira a sus hijos!

Y ustedes, hijos, tengan el cuidado de no considerar que toda palabra que sale de la boca del padre los provoca a la ira. Las que provocan a los hijos son aquellas cosas que los padres hacen y producen en los hijos sentimientos de ofensa injusta y de irritación.

Nosotros los padres nos metemos en un apuro. No queremos apartar tiempo para pensar en los sentimientos de la gente, así que hacemos demandas y decimos cosas necias que son injustas e impertinentes. ¡Confieso que mis propias palabras me convencen!

Una ilustración perfecta de esta tensión es el informe que nos da la Biblia sobre Jonatán. Saúl dijo a su hijo Jonatán: “¿Dónde está David?” Jonatán contestó: “No está aquí; se fue”. Saúl entonces comenzó a reprender a Jonatán. En efecto, las palabras que aparecen en el texto original sugieren la idea de que Jonatán estaba practicando una perversión. Si yo leo correctamente el hebreo, Saúl hace una acusación que sugiere que su hijo y David participan en una actividad sexual ilícita. ¡Eso es injusto!

Jonatán se indignó con su padre y le dijo: “¿Qué ha hecho David?” Luego, después que su padre le arrojó una lanza para matarlo, Jonatán se puso de pie, reprendió a su padre por la ira, y se marchó (1 Samuel 20). Esa es una ilustración perfecta de lo que puede ocurrir cuando el padre provoca a ira a su hijo.

Voy a decir algo que pudiera ser mal entendido, pero aun así lo voy a decir. Pienso que algunos están deformando la enseñanza de la “cadena de mando” en el hogar, pues la están llevando más allá de los límites apropiados. Cualquiera puede tomar una verdad y pervertirla, y conozco casos en que se ha hecho esto.

Como marido, como padre, como hombre de Dios, tenga usted cuidado, de tal modo que sus tratos con la familia sean *justos* y que delante de Dios, pueda sostenerlos bíblica y lógicamente. Sea sensible a su esposa y a sus hijos. No utilice el concepto de autoridad como un garrote brutal y sangriento, para enseñorearse de su familia. En vez de ello, sea una autoridad que *sirve*.

¿Es usted propenso a la ira injustificada? ¿Lo han criticado severamente en su hogar, o sus amigos, simplemente porque usted perdió la paciencia? Leemos en Efesios 4:31, 32:

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledi-

cencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

Esté dispuesto a poner su problema de irritabilidad delante del Señor. Tal vez una leve irritación lo conduzca a la impaciencia, y sin darse cuenta, de un momento a otro, todo explota. Está en juego su testimonio cristiano.

La ira de Dios se derramó sobre Jesucristo en el Calvario. Toda su ira contra el pecado, fue derramada en ese momento sobre nuestro Salvador. El sabe cómo es la ira; usted puede derramar su ira sobre él. El quiere hacerse cargo de esa debilidad, de este aspecto pecaminoso, y darle la victoria en eso.

LA IRA QUE NO SE JUSTIFICA

Profundicemos más. No podemos abandonar el tema hasta que echemos una mirada por el otro lado de la moneda. ¿Cuándo no se justifica la ira?

(1) *La ira no se justifica cuando viene por un motivo incorrecto.* ¡Todos hemos estudiado al hijo pródigo, pero por lo general pasamos por alto al pródigo que permaneció en casa! El sirve como ilustración de una ira que no era justificada, pues brota de un motivo incorrecto. Cuando el hermano menor volvió en sí, como usted recordará, se hallaba en una pocilga. Se le habían agotado todos los recursos, y la Escritura dice:

Y volviendo en sí, dijo: . . . Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros (Lucas 15:17-19).

Y así lo hizo. Usted sabe el resto de la historia. El padre salió a encontrarlo con los brazos abiertos, deleitado de que hubiera regresado. Pero este gozo no fue compartido por el hermano mayor del descarriado.

Ahora bien, su hermano mayor estaba en el campo, y cuando regresó y se acercó a la casa, oyó la música y la danza. Llamó a uno de los siervos y comenzó a preguntarle qué significaban esas cosas. Y el siervo le dijo:

Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar al becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano (Lucas 15:25-27).

Notemos ahora que el *motivo envidioso* dio como resultado la ira.

Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este tu hijo [fijese que no lo llama “mi hermano”; estaba enojadísimo], que ha consumido tus bienes con ramerías [¿Cómo sabía esto? La Biblia no nos dice que su hermano hubiera visitado a prostitutas. Es posible que lo haya hecho, pero cuando usted está enojado, exagera la historia.], has hecho matar para él el becerro gordo. El [el padre] entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado (Lucas 15:28-32).

Cuando tenemos envidia de alguna otra persona, con frecuencia nuestra reacción es de ira, especialmente cuando dicha persona recibe alguna clase de elogio o promoción o atención de parte de otras personas. “ ¡Eso no es justo! Yo sí tengo el derecho de disfrutar de eso, ¡él no!” Esa clase de ira no se justifica.

Otro caso que ilustraría la ira injustificada es el del rey Nabucodonosor. A él se le encendió la ira por motivo de orgullo. Eso realmente nos pega en el corazón, pues todos nosotros luchamos con el antiguo problema del orgullo. Nabucodonosor había hecho una inmensa imagen de oro, posiblemente era una imagen de sí mismo. La colocó en un sitio público y anunció que todo el mundo tenía que adorar la imagen. Eso era idolatría en el más amplio sentido de la palabra. Nabucodonosor, lleno de orgullo, anunció por medio de sus heraldos que todos tendrían que adorar esa imagen, es decir, debían adorar a Nabucodonosor.

Pero ocurrió que algunos no quisieron adorarla.

Hay unos varones judíos, los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos varones, oh rey, no te han respetado; no adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado (Daniel 3:12).

Como resultado de esto, algo ocurrió en el corazón de Nabucodonosor. Notemos su respuesta:

Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo [¿Por qué? Por orgullo.] que trajesen a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos estos varones delante del rey (Daniel 3:13).

Esto hizo que los hebreos fueran echados al horno de fuego y que

Dios librara milagrosamente a estos jóvenes creyentes hebreos del peligro de la muerte.

Lo que tenemos que preguntarnos cuando comienza la ira es lo siguiente: ¿Cuál es el motivo que me produce estos sentimientos?

(2) *No se justifica cuando las cosas no nos salen como queremos.* El libro de Jonás contiene el relato sobre el avivamiento más grande que se ha producido en la historia. Toda la ciudad de Nínive, de la cual muchos eruditos piensan que tenía medio millón o más de habitantes, se arrepintió de sus pecados y acudió al Señor.

Jonás, por supuesto, fue un fanático racista. En verdad era un profeta, pero él quería realmente ver a Nínive destruida. Esa fue la razón por la cual no fue a Nínive cuando Dios le dijo por primera vez que fuera. No quería que Nínive se arrepintiera; quería que la ciudad fuera destruida. Y se airó porque las cosas no resultaron a su manera.

Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo. Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó (Jonás 3:10-4:1).

Notemos que la razón de su ira fue que no ocurrió lo que él quería. El quería la destrucción, pero Dios quería la liberación.

Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? [“Es por eso que yo no quería ir en primer lugar”.] Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal. Ahora pues, oh Jehová, te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida. Y Jehová le dijo: ¿Haces tú bien en enojarte tanto? (Jonás 4:2-4).

Jonás se negó a contestarle al Señor, y se fue a una colina. Se sentó debajo de una simpática calabacera para disfrutar un poco de sombra. Mientras estaba allí cómodamente sentado en la colina, y el viento soplaba suavemente, él pensó que eso sí era vida. Así podía olvidar rápidamente lo que había ocurrido en Nínive. Luego llegó un gusanillo que hirió la calabacera y ésta se secó. Jonás se sintió acalorado y molesto, y le imploraba a Dios que le quitara la vida.

Entonces dijo Dios a Jonás: ¿Tanto te enojas por la calabacera? . . . (Jonás 4:9).

Esto nos lleva a un punto muy práctico. A nosotros realmente nos gusta que se nos cumpla nuestro propio capricho. Por ejemplo, usted trabaja esforzadamente toda la semana y piensa: “Pasaré una

agradable noche fuera de la casa con mi esposa el viernes". Hace todos los arreglos, y en el automóvil van al restaurante favorito. Hay una larga fila de personas, pero no se preocupa. Pasa adelante y dice:

—Hice reservaciones por teléfono para esta noche.

—Lo siento —responde la administradora del restaurante—, pero no tengo su nombre escrito aquí.

¿Qué responde usted? A menos que me equivoque, se aíra. En vez de decir: "Señor, ¿qué puedo aprender por medio de esto?", piensa: "Oigame, ¡yo tengo que defender mis derechos!"

—Pero yo llamé hace dos días —protesta usted.

—Lo siento, señor.

Así que tiene que hacer la fila, echando humo y con el ceño fruncido. Por fin, cuando logran sentarse, les asignan una mesa mala (está cerca de la puerta, o las patas de la mesa están desniveladas), y la camarera que acude a servirles tiene mal carácter. El alimento está frío. La vela se apaga. Las personas que están alrededor hablan en alta voz y de manera alborotada.

Es entonces cuando el cristianismo se pone a prueba. La prueba real no se produce en el culto del domingo por la mañana. Se produce en el restaurante el viernes por la noche, cuando las cosas no nos salen como queremos.

Una de las mejores maneras que conozco para evitar airarnos cuando no sucede lo que queremos consiste en tener un buen sentido del humor. Se cambian las malas circunstancias en un poco de diversión.

Cuando nosotros vivíamos en Tejas, nuestra familia hizo planes con meses de anticipación para ir de vacaciones a un parque nacional. Estábamos esperando que llegara el día, pero antes de salir, oramos: "Señor, suceda lo que suceda, vamos a divertirnos".

Fue bueno que hicimos esa oración, porque el lugar era una ratonera. Había gente de pared a pared. ¡Hacía calor y el tiempo estaba terrible! Eso nos produjo una gran desilusión. Pasamos una noche con arañas y escorpiones, nos reímos de todo eso, y regresamos a casa. De regreso, nos detuvimos en otro parque nacional donde no había ni un alma. Hasta ahora no puedo entender eso. Nos inscribimos para entrar en él y casi pasamos dos semanas completas en dicho lugar maravillosamente tranquilo y deleitoso, que, sin ser temporada, estaba fresco y pintoresco.

Parece que Dios nos recompensa con experiencias buenas y

deleitosas cuando nos movemos con gozo a través de las circunstancias en que no logramos lo que queríamos. Esta decisión es nuestra. Si decidimos ofendernos cuando no nos resulta lo que queremos, entonces viviremos constantemente al borde de la ira. Pero si nos decimos: "El corazón alegre constituye buen remedio", eso establecerá toda la diferencia del mundo.

(3) *No se justifica cuando uno reacciona con demasiada rapidez sin investigar los hechos.*

Mejor es el fin del negocio que su principio; mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu. No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque el enojo reposa en el seno de los necios (Eclesiastés 7:8, 9).

. . . todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse (Santiago 1:19).

Si somos de espíritu *paciente*, oiremos *un asunto por completo*, en lugar de sólo su comienzo. Si anhelamos en nuestros corazones airarnos, somos necios.

Para mí es una real preocupación el hecho de que tengamos que vivir con un paso apresurado y atormentado. Cuando no se cumple el programa, la respuesta instantánea del necio es la ira. La represalia, devolver golpe por golpe. Eclesiastés dice: . . . el enojo reposa en el seno de los necios".

Esto me llegó de golpe durante nuestras últimas vacaciones como familia. Era sorprendente el hecho de que éramos muy pacientes cuando pasábamos ratos de sostenida tranquilidad. Estábamos acampando en lo profundo de las gigantescas secoyas cerca del lindero de Oregón. Bajo el resplandor de nuestra pequeña lámpara, nos sentábamos alrededor del fuego cada noche. Nos rodeaba por completo la tranquilidad. Todas las mañanas nos despertábamos con el gorjeo de los pajarillos y el murmullo de los raudales del río. ¡Creo que nunca olvidaremos eso! Según recuerdo, no tuvimos ni un solo ataque de ira durante las tres semanas.

Desarrolle usted el arte de la quietud. Apague todos los aparatos, incluso el televisor. De hecho, sepárese de este aparato toda una noche. Déjelo apagado. Sinceramente, nunca llegaremos a ser hombres y mujeres de Dios sin experimentar algo de soledad.

Este es el aspecto en que nos superaron todos los grandes del pasado. Los hombres y las mujeres que anduvieron con Dios, lo hicieron a causa de la profundidad de su vida cultivada en silencio.

Padres, parte de la razón por la cual somos tan irritables en casa está en que vamos a un paso muy acelerado.

Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte;
Y el que se enseñoa de su espíritu, que el que toma una ciudad
(Proverbios 16:32).

LA VICTORIA SOBRE LA IRA

¿Qué hacemos respecto de la ira? *Cuando procede de un motivo incorrecto, cuando viene porque no se cumplen nuestros deseos, o porque actuamos con apresuramientos, la ira es pecado.* ¿Qué cosas prácticas dice Dios para hacer frente a la ira? La Escritura ofrece cuatro instrucciones específicas en el libro de Proverbios. Las veremos brevemente.

(1) *Hay que aprender a pasar por alto los desacuerdos triviales.*

La cordura del hombre detiene su furor,
Y su honra es pasar por alto la ofensa (Proverbios 19:11).

Versión *Modern Language Bible*:

Es prudente que el hombre restrinja su ira; su gloria está en pasar por alto la ofensa (traducción directa).

Ante los ojos de Dios, es una *gloria* que usted sea suficientemente grande como para pasar por alto la ofensa. Cristiano, no busque pelea. No busque camorra. No defienda su punto de vista, ni su derecho. Esté dispuesto a conceder.

Proverbios 17:14 dice esencialmente lo mismo. Me encanta este versículo.

El que comienza la discordia es como quien suelta las aguas; deja, pues, la contienda, antes que se enrede.

Así como para bailar un tango se necesitan dos personas, para una contienda también se necesitan dos. Si usted ve que se acerca un desacuerdo, retroceda; déjelo. Aprenda a pasar por alto las diferencias triviales.

(2) *Hay que evitar la amistad íntima con personas que son propensas a la ira.*

No se apegue a ellas.

No te entremetas con el iracundo,
Ni te acompañes con el hombre de enojos,

No sea que aprendas sus maneras,
Y tomes lazo para tu alma (Proverbios 22:24, 25).

Eso es cierto. Nosotros llegamos a ser como aquellos con los cuales pasamos el tiempo. Si usted pasa el tiempo con un rebelde, llegará a ser rebelde y airado. Si me apego a personas negativas, ¿sabe lo que me ocurre? Me vuelvo negativo. (Y por naturaleza, soy una persona positiva.) Pero es sorprendente el hecho de que mientras más esté yo con personas que piensan que las cosas no funcionan, que esto no está bien, y que aunque haya diez cosas muy buenas, hay dos malas, tanto más comienzo a pensar que un montón de cosas están mal. Entonces me vuelvo mezquino y negativo en otros aspectos.

¿Se está volviendo usted airado por tener intimidad con personas iracundas? ¡La Biblia nos aconseja que no hagamos eso!

(3) *Hay que tener mucho cuidado con la lengua.* Una lengua desenfadada puede destruir más rápidamente una iglesia que cualquier otro evento calumnioso, o cualquier acto inmoral, o cualquier negocio imprudente. Mientras más vivo, más comprendo eso.

La blanda respuesta quita la ira;
Mas la palabra áspera hace subir el furor (Proverbios 15:1).

El que guarda su boca y su lengua,
Su alma guarda de angustias (Proverbios 21:23).

Washington Irving hizo la siguiente afirmación:

El único instrumento afilado que adquiere más filo con el uso es la lengua.³

El músculo de su pierna no es el más fuerte de su cuerpo; el más fuerte es el músculo que tiene en la boca. Controle su lengua. Literalmente, quitará "la ira".

(4) *Hay que cultivar la sinceridad en la comunicación . . . sin permitir que crezca la ira.* Echemos una mirada detenida a Proverbios 27:4-6:

Cruel es la ira, e impetuoso el furor;
Mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?
Mejor es reprensión manifiesta
Que amor oculto.
Fieles son las heridas del que ama;
Pero importunos los besos del que aborrece.

El pasaje paralelo de éste en el Nuevo Testamento se halla en Efesios 4:25:

Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.

No hay sustituto para una veracidad total que se manifieste con amor. Si permitimos que la ira arda un poco escondida, eso conducirá a una explosión de la olla y a que la tapa se dispare con peligro a causa del exceso de calor.

Bueno, ya ha pensado lo suficiente acerca de la ira. ¡Suficiente teoría! Es tiempo de ponerla en práctica. No como sugirió Mark Twain, ni siquiera como sugirió Tomás Jefferson . . . sino como lo indica la Biblia.

¡Si comienza a poner en práctica estos inspirados principios, puede cambiar su modelo de vida mediante cuatro pasos hacia adelante y sólo uno hacia atrás!

12

La defección: La etapa final de la concesión

El hombre que se preocupó por mí y me enseñó durante 18 meses cuando estuve en ultramar en la Infantería de Marina había aceptado a Cristo como su Salvador en una campaña que un famoso predicador había realizado en Long Beach. Poco después de esa campaña, el predicador que lo ganó para Cristo, abandonó la fe. Su familia se dividió. El vagó por los Estados Unidos como un animal sin hogar, y finalmente murió borracho en un barrio bajo de Chicago.

Un joven con el cual trabajamos mi esposa y yo durante más de cuatro años, en mi opinión era uno de los hombres más prometedores que jamás hayamos conocido. La mano de Dios estaba muy firmemente colocada sobre su vida. Tenía dones, de una manera absolutamente única, tanto en lo académico como en las cosas del Señor. El fue llamado al ministerio, y a menudo oramos con él durante un largo período, para que Dios lo puliera y lo preparara como un vaso escogido para un puesto especial de servicio.

Luego, por medio de una cadena de eventos, este hombre co-

menzó a dudar. Aunque estaba inscrito en el seminario y era muy capaz de graduarse, su fe se fue erosionando de una manera lenta, pero segura. La última vez que lo visitamos casi no se parecía al joven que yo había conocido en años pasados. Era un cínico náufrago de la fe, que vivía lejos del Señor viviente. Lo que decía estaba salpicado de profusa profanación y de comentarios cáusticos acerca del cristianismo.

Cuando yo comencé mi vida cristiana, me comprometí en la parte musical de la obra de evangelización. Trabajaba con muchos jóvenes que predicaban el evangelio con mucha fidelidad y directamente. Viajamos juntos por todo el suroeste de los Estados Unidos de América en la evangelización. Dios fue muy generoso en las bendiciones que nos dio, y nunca olvidaré algunos de los mensajes conmovedores que presentaron estos jóvenes. Aunque no habían estudiado en ningún seminario, Dios usaba sus vidas y sus labios.

Hoy, uno de esos hombres es un inútil. Hablé con la familia de él hace unos pocos años. Ellos estaban afligidos por el hecho de que ya él no proclama al Señor Jesucristo, ni vive para él.

No todos los casos de defección son tan obvios ni notorios como éstos, y ciertamente no son tan públicos. Pero hoy no existe una iglesia que esté trabajando para Cristo y su reino, que no haya experimentado la apostasía en las vidas de algunos de sus miembros.

Francamente, usted mismo pudiera estar muy cerca del punto de apartarse. Tal vez haya albergado seriamente la idea de hacer su propio capricho. O tal vez esté actualmente practicando una clase de vida que deshonra a Cristo.

Por el hecho de que rara vez se hallan advertencias directas sobre este asunto en nuestros libros cristianos populares, quiero hablar muy directamente con usted en este capítulo. Quiero indicarle cómo comienza la defección, y por qué tiene que apartarse inmediatamente de ese camino. Permítame advertirle por adelantado que voy a hablarle de una manera directa y tal vez un poco brusca.

Si se ha unido por fe al Señor Jesucristo, es hijo de Dios. Usted puede negarlo, pero él nunca lo negará a usted; aunque usted sea infiel, él permanecerá fiel. Y la gracia de Dios, el sello del Espíritu Santo, lo preserva a usted permanentemente. La salvación es por gracia y por medio de la fe, no es de nosotros. La recibimos como un don, por fe, no por obras. Es un don que da Dios, y él nos sella con su Espíritu para que seamos de él para siempre.

Pero quiero decirle que, cuando usted decide andar lejos del Señor y burlarse de su gracia, el lanza la jauría de los cielos contra usted. El no permite que sus hijos anden descarriados, ni que jueguen en las calles del mundo, sin aplicarles mucha disciplina. Dios hace esto de manera muy seria. Usted nunca halla un pasaje en la Biblia en que Dios ya no llame al pueblo de Israel sus hijos. Ellos son aún de él; y usted también lo es, si ha recibido a Cristo como su Salvador personal. Pero cuando usted está bajo castigo y disciplina, lo sabe. Eso es infeliz y amargo.

Ahora, estudiemos algunos ejemplos bíblicos de defección.

UN EXPERTO EN DEFECCION

Hace muchos siglos vivió un hombre llamado Josías. El había llegado a ser líder del pueblo de Judá cuando tenía ocho años de edad. Cuando tenía 16, comenzó a buscar al Señor y se entregó a él. A los 20, destruyó todos los ídolos de Baal y Astarot. El barrió toda la tierra de ídolos, y se produjo un despertamiento espiritual como si fuera una fresca brisa procedente del desierto. Josías había producido tal impacto que su nombre se hizo familiar en los labios del pueblo de Judá. Pero cuando él murió, después del gran avivamiento, el pueblo volvió a los mismos pecados del tiempo pasado.

Un profeta llamado Jeremías habló en nombre de Dios y escribió fuertes palabras en esos días. El vivió en aquella era de transición. Usted ha oído el calificativo: “profeta llorón y que profetizó condenación”. Jeremías fue un profeta que profetizó condenación en todos los sentidos. Tuvo que serlo, pues él vio a dónde llevaban los pecados a su pueblo, y les dijo de todas las maneras posibles: “Viene la muerte; los espera la esclavitud; la cautividad está a la vuelta de la esquina. La condenación es irreversible, si continúan por ese camino. Así que, cambien su manera de pensar. Den la vuelta. ¡Arrepiéntanse!” Pero ellos pasaron por alto las palabras de él. Durante cuarenta años no lo tomaron en cuenta.

Jeremías vivió hasta ver el día de la condenación, cuando Babilonia llegó y arrastró en cautividad al pueblo de Israel. El nos dejó registradas estas palabras, las mismas palabras de advertencia que les dio cuando ellos estaban empeñados en la defección. Quiero que veamos detenidamente este pasaje y lo leamos con entendimiento. Luego anotaremos cinco actitudes básicas que indican defección; son tan importantes como el periódico de hoy.

DECLARACION DEL DIA DEL JUICIO

Dios le dijo a Jeremías:

Anda y clama a los oídos de Jerusalén, diciendo: Así dice Jehová: Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada. Santo era Israel a Jehová, primicias de sus nuevos frutos. Todos los que le devoraban eran culpables; mal venía sobre ellos, dice Jehová (Jeremías 2:2, 3).

Aquí, Dios mira hacia atrás y recuerda los días de bendición, amor y devoción. Lo que Dios decía era esto: “¿Recuerdas aquellos primeros días? ¿No eran maravillosos? Eso fue como una luna de miel espiritual. Todo era fresco; todo nuevo. ¿Recuerdas esos días cuando nos amábamos mutuamente? Tú me eras fiel, y yo era tu amigo y tu padre; y tú andabas por el camino de la obediencia”. Dios recuerda eso, y nos llama la atención al respecto.

Pero luego, cambia la escena:

Oíd la palabra de Jehová, casa de Jacob, y todas las familias de la casa de Israel. Así dijo Jehová: ¿Que' maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí, y se fueron tras la vanidad y se hicieron vanos? Y no dijeron: ¿Dónde está Jehová, que nos hizo subir de la tierra de Egipto, que nos condujo por el desierto, por una tierra desierta y despoblada, por tierra seca y de sombra de muerte, por una tierra por la cual no pasó varón, ni allí habitó hombre? Y os introduje en tierra de abundancia, para que comieseis su fruto y su bien; pero entrasteis y contaminasteis mi tierra, e hicisteis abominable mi heredad. Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está Jehová? y los que tenían la ley no me conocieron; y los pastores se rebelaron contra mí, y los profetas profetizaron en nombre de Baal, y anduvieron tras lo que no aprovecha. [No sólo el pueblo se alejó, sino que también los profetas, los sacerdotes, los pastores y los políticos se volvieron contra Dios.] (Jeremías 2: 4-8).

“¿Qué pasó, Judá? Aquellos días pasados estuvieron llenos de bendición y deleite. Anduvimos y nos amamos mutuamente. Ahora es diferente. No eres la misma. Te di una tierra que fluye leche y miel, y pervertiste las cosas y me pasaste por alto. Yo no he cambiado, ¡pero tú sí! ¿Dónde están mis voceros?”

Entonces viene la advertencia:

Ahora, pues, ¿que' tienes tú en el camino de Egipto, para que bebas agua del Nilo? ¿Y que' tienes tú en el camino de Asiria, para que bebas agua del Eufrates? [¡Está en el camino equivocado! Le advierto: usted ha desertado.] Tu maldad te castigará, y tus rebel-

días te condenarán; sabe, pues, y ve cuán malo y amargo es el haber dejado tú a Jehová tu Dios, y faltar mi temor en ti, dice el Señor, Jehová de los ejércitos (Jeremías 2:18, 19).

Estas son palabras cortantes, pero constituyen una perfecta descripción del desertor.

Los mismos pasos de aquellos antiguos judíos son los que da todo desertor. Se aplican a usted, si está a punto de apartarse de la fe, o participa en algo que lo conduce a eso. Seamos específicos, dolorosamente específicos. ¿Cuáles son algunas de las características de la defección?

CINCO MARCAS INDICADORAS DE LA DEFECCION

(1) *La defección no se produce de repente.* Cuando Jeremías se dirigió al pueblo de Dios, los judíos, les recordó que ellos se habían apartado del camino, no de manera repentina, sino siguiendo el camino de sus padres.

Así dijo Jehová: ¿Que' maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí, y se fueron tras la vanidad y se hicieron vanos?

... Y os introduje en tierra de abundancia, para que comieseis su fruto y su bien; pero entrasteis y contaminasteis mi tierra, e hicisteis abominable mi heredad (Jeremías 2:5, 7).

Notemos en este caso el progreso. Los padres comenzaron el pecado, y los hijos continuaron. Ninguna persona se vuelve vil de improviso. No existe nada que se llame “defección instantánea”. La erosión se produce a lo largo de un período. Un pequeño compromiso es seguido por otro, y los dos son tolerados con un compromiso aun mayor. La defección a menudo comienza en la vida pensante y luego se abre camino hacia el corazón (hacia lo profundo, donde se toman las decisiones atrevidas, donde se forman las convicciones), y luego pasa a las acciones de la vida. Pero se necesita tiempo para que se desarrolle la defección.

Este pueblo no fue presa repentina del enemigo. Las semillas de la defección se sembraron años antes que viniera la cosecha.

Si usted está tolerando cosas inmorales en su vida; si está aceptando pensamientos que no tienen ningún derecho de estar en su mente —bien estén relacionados con un viaje fuera del pueblo, o en el lugar secreto de su hogar por la noche, o en su apartamento, o en el automóvil en que usted se moviliza todos los días, o con lo que

usted lee, o con la diversión que busca—, si las cosas que impulsan su vida no son del gusto de Dios, entonces, *se están sembrando las semillas de la defeción*. ¡Oígame, hermano mío! Esas cosas tienen que quitarse; tienen que arrancarse.

Ya he vivido suficiente tiempo y he tratado con suficientes personas que han permitido que esas cosas florezcan, como para saber que *tales personas nunca mejoran*. Sólo empeoran. Una contemporización que usted haga hoy lo conducirá a un rasgo del carácter mañana. Y ese rasgo del carácter que obtenga mañana determinará su futuro. Le digo, hermano, arranque esa semilla ahora.

En la primera epístola a los Tesalonicenses, Pablo escribió: “Absteneos de toda especie de mal” (1 Tesalonicenses 5:22). Si sólo tiene apariencia de malo, apártese de ello. Las personas que se comprometen y comienzan a desertar tienden a tolerar lo malo.

Y recuerde que la defeción nunca es grande cuando comienza. Los caminos que conducen a la defeción no están bien marcados con inmensas banderas de advertencia. Son planos, atractivos y apetecibles. El enemigo es tan astuto que no le ofrece a usted enormes trozos de carnada (recuerde el capítulo 7 de este libro). El se toma su tiempo. La defeción nunca se produce rápidamente.

(2) *Con mucha frecuencia, la defeción ocurre en tiempos de bendición.*

Y os introduje en tierra de abundancia, para que comieseis su fruto y su bien; pero entrasteis y contaminasteis mi tierra, e hicisteis abominable mi heredad (Jeremías 2:7).

Muy a menudo, la defeción se produce en tiempo de bendición y prosperidad, no en tiempo de prueba.

¿Sabe usted cuándo pecó David? En el cenit de su carrera. La vida de David pudiera representarse como el desplomarse de un avión que cuanto más sube, más impresionante es su caída. El se había movido desde la función de pastor de ovejas hasta la de rey de Israel. El pueblo lo amaba; lo elogiaban. Nunca había perdido en el campo de batalla. El había ampliado el reino de Israel hasta llegar a alturas increíbles.

Y en este tiempo de prosperidad, David se hundió en su ruina.

Cuando vienen las pruebas, somos purificados; pero cuando viene la prosperidad, entonces somos vulnerables. ¡Recuerde eso!

Pensemos en aquellos hombres mencionados en la Biblia que le fallaron al Señor. Después del mayor avivamiento de la historia,

Jonás desertó. Elías le imploró a Dios que le quitara la vida sólo unas horas después de bajar del monte Carmelo, donde había obtenido gran popularidad y poder ante los ojos del pueblo. *Nuestros momentos más vulnerables son aquellos en que disfrutamos de prosperidad.* Dios dio a los hijos de Israel el fruto de la tierra para comer, y ellos lo contaminaron y lo convirtieron en abominación.

Advertencia: Cuando está sacando buenas calificaciones en la institución donde estudia, es más vulnerable. Es más vulnerable cuando su familia parezca estar más cerca de usted y ser más fuerte. Está en estado vulnerable cuando su negocio haya llegado a un nivel que nunca creyó posible. Pastor colega, cuando esté disfrutando de las bendiciones de Dios, y la iglesia esté creciendo, y su fama se esté difundiendo, entonces es cuando es vulnerable. ¡Alerta! Es entonces cuando se meten pecados como el aburrimiento y la complacencia.

Si ha estado en el servicio militar, sabe que el momento más vulnerable para un ataque es inmediatamente después de haber ganado una batalla. Existe la tendencia a sentarse, hacer fiesta y descansar. Cuando estuve en la Marina de Guerra se me enseñó que la maniobra correcta que procede inmediatamente después de la victoria es la de establecer una “apresurada defensa”. Uno establece inmediatamente comunicaciones con sus fuerzas a fin de manejar el primer período de victoria. *¡Es más duro permanecer victorioso que llegar a ser victorioso!*

(3) *La defección florece cuando los líderes se descuidan.* Jeremías señaló a los líderes del pueblo. Primero mencionó a los sacerdotes. “Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está Jehová?” Cuando el pueblo acudía a la adoración y a llevar sacrificios, los sacerdotes no preguntaban: “¿Cómo están con el Señor?” Los sacerdotes no hablaban acerca del Señor. No había sentido de responsabilidad espiritual. “. . . y los que tenían la ley no me conocieron”. Había una clase preparada de profesionales que se llamaban los escribas, quienes copiaban la Escritura, y ellos ni siquiera conocían al Señor. Ellos sólo cumplían los ritos de una religión profesional.

. los pastores se rebelaron contra mí, y los profetas profetizaron en nombre de Baal, y anduvieron tras lo que no aprovecha”.

Ya dije en otras partes de este libro que usted nunca hallará una iglesia perfecta. Sólo en aquella gran asamblea celestial donde “los justos hechos perfectos” se reunirán alrededor del trono de Dios,

existirán la perfecta adoración y el perfecto orden.

Aunque creo que un liderato débil es mejor que no tener ningún liderato, tengo que advertirle a usted: Tenga muchísimo cuidado si está en una iglesia en la que el liderato espiritual es débil. Personalmente, creo que debe establecerse una línea doctrinal.

Tengo sólo admiración para aquellos que permanecen fuertes y activos en una iglesia dormida, y que tratan de despertarla. Pero si está bajo la dirección de un pastor que tiene dificultad para creer en la Trinidad, que pone en tela de juicio la deidad de Cristo, la inspiración de las Escrituras y su autoridad, el regreso del Señor Jesús a establecer su reino, y otras doctrinas cardinales de la fe, seriamente debe pensar en buscar otra iglesia. Usted mismo pudiera ser arrastrado hacia una incredulidad fosilizada, y a menos que sea un individuo sumamente discernidor y fuerte, pudiera comenzar a desertar sin siquiera darse cuenta de ello.

Según la comprensión que tengo de la historia de la iglesia (y creo que esto también es cierto en lo que se refiere a la historia bíblica), casi sin excepción, primero erraron los pastores, y luego las ovejas. Aquí no me refiero al pecado individual aislado, sino al caso en que una o varias iglesias resbalan. Los líderes son los que marcan la pauta.

¿A quién reprende el apóstol Juan en sus cartas a las siete iglesias? A los *líderes* de dichas iglesias. A todas las personas se las llama al arrepentimiento, pero a los líderes se los llama a cuentas. Esas siete epístolas fueron dirigidas a los pastores, los mensajeros.

Tan temprano como en el siglo cuarto de nuestra era, Juan Crisóstomo (apellido que significa literalmente *boca de oro*, por el hecho de que tal vez fue el más grande predicador que la iglesia haya conocido) dijo: “El camino hacia el infierno está pavimentado con los huesos de los sacerdotes descarriados”. Adonde va el pastor, allí van las ovejas.

Pastores, ¡les ruego en el nombre de nuestro Señor Jesucristo que prediquen el evangelio histórico y bíblico! Permanezcan firmes en el centro de la fe ortodoxa y vivos en el Espíritu, sirviendo al Señor. No hay razón para creer que, por el hecho de ser uno doctrinalmente sano es sinónimo de ser monótono e irrelevante. Si tiene problemas en su fe, en su hogar, en su vida privada, acuda a un pastor colega a quien conozca como hombre de Dios, y sométase a la ayuda de él, a fin de volver a estar bien con el Señor.

Pastores colegas, la Biblia nos advierte que nosotros nos enfren-

haremos a un severo juicio como voceros de Dios. Así como los ojos no han visto, ni los oídos han oído las buenas cosas que Dios tiene para los que lo aman, yo creo que no podemos comenzar a imaginarnos el horror, ni el juicio para aquellos ministros del evangelio que no conozcan a Cristo ni lo sigan, para los que dispersan las ovejas. ¡Que Dios nos ayude para que seamos *fieles!*

Un liderato débil causa defección, separación de Cristo. Hágase miembro de una iglesia donde se presente a Cristo, y donde se predique y se obedezca su Palabra.

(4) *La defección envuelve dos pecados específicos: dejar al verdadero Dios y hallar un sustituto.* El mismo Señor menciona los dos pecados.

Porque dos males ha hecho mi pueblo: [1] me dejaron a mí, fuente de agua viva, y [2] cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua (Jeremías 2:13).

¡Eso es elocuente! El pueblo que una vez vivió y amó a Dios, y anduvo con él, cometió dos pecados: Dejaron al Señor, y lo reemplazaron por un sustituto falso. Notará que el Señor se llamó “fuente de agua viva”; y ellos lo reemplazaron por sustitutos rotos e inútiles, que ni siquiera podían retener el agua. Peor que estar estancados, estos sustitutos se quedaron secos.

Eso es lo que hace la defección. Si usted vive una vida decadente, por decirlo así, lenta pero seguramente se va apartando del Señor, y colocando un sustituto en su lugar. En ese caso usted dice: “Yo no necesito a Dios, ni necesito esas normas que hace mucho tiempo pasaron de moda. Lo que necesito es algo nuevo que provea aventura”. Tal vez esté adoptando la nueva moralidad (que no es otra cosa que la antigua inmoralidad con un nuevo título). Si así lo está haciendo, está cavando cisternas rotas que no retienen el agua. Los sustitutos falsos *nunca* satisfacen.

En mis 20 años de ministerio, ha habido una angustia principal que me ha afligido más que cualquiera otra: la racionalización. La menciono aquí por cuanto sigue el doble camino en que estamos pensando: abandonar y sustituir. La verdad se pone a un lado y se rechaza, a menudo de manera descarada. Se presentan disculpas “dando explicaciones”, y el pecado que invariablemente viene después de eso se da por justificado, y se coloca una alternativa en lugar de dicha verdad. Esa alternativa no es dada por Dios; es hecha por el hombre.

Veza tras veza he visto que sucede eso, por ejemplo, en un matrimonio. Uno de los cónyuges se cansa de la lucha y de los constantes conflictos. Debilitado por los días inexorables de desarmonía, tal individuo se aleja del compromiso matrimonial, *sin que tal acción tenga alguna justificación bíblica*.^{*} Pero en vez de estar abrumado por la culpa y bajo una convicción impulsada por el Espíritu, el desertor se vuelve puras sonrisas y aparentemente está más feliz que antes. Y en lugar del compromiso matrimonial, tiene un concepto completamente nuevo, una hábil filosofía (y a menudo, altamente sofisticada) ha ocupado su lugar. ¿Qué ha ocurrido? La defeción se ha producido, gracias a la racionalización. Las dos cosas van juntas.

No sé dónde se encuentra usted ahora mismo, pero tengo que advertirle: Las cisternas rotas pronto se secarán. Esto me lleva a la quinta y última marca indicadora de la defeción.

(5) *La propia perversidad reprobará al desertor.* Sus apostasías lo reprenderán a usted. La defeción producirá finalmente sus propias consecuencias. Pienso que éste es el principio más triste de todos. No es el Señor quien pierde. No es el diablo quien gana; la condenación de éste ya está sellada. ¡El que pierde es usted! Su propia perversidad lo reprobará. Sus propias apostasías lo reprenderán.

No he visto en toda mi vida a un cristiano que haya caído y que sea realmente feliz. ¡Nunca! Nunca he visto a un cristiano caído que me mire directamente y me diga: “Estos son los años más felices de mi vida”.

Jeremías anotó lo siguiente:

^{*} *Nota:* Habiendo investigado las Escrituras durante muchos años, en lo que se refiere al tema del divorcio y el nuevo matrimonio, he llegado a la conclusión de que el divorcio y el nuevo matrimonio son permitidos en dos situaciones.

En primer lugar, si un cónyuge es culpable de inmoralidad sexual y voluntariamente se niega a vivir fielmente con el otro cónyuge, éste tiene la opción de divorciarse y casarse con otra persona (Mateo 19:3-9).

En segundo lugar, si una persona cristiana está casada con una que no es cristiana, y ésta se va (abandona al cónyuge cristiano y ya no quiere nada con la vida matrimonial), la persona creyente que queda abandonada tiene la opción de divorciarse y casarse de nuevo (1 Corintios 7:12-15).

En ambos casos, lo ideal (si el cónyuge agraviado puede perdonar y perseverar) es que permanezcan casados y que compartan la vida matrimonial por medio de la gracia y el poder de Dios. Hay ocasiones, sin embargo, cuando eso simplemente *no puede* ocurrir. Lo que quiero decir con respecto a la racionalización en este caso se refiere a quebrantar la relación conyugal sin tener bases bíblicas reales para ello.

¿Es Israel siervo? ¿es esclavo? [Una escena trágica: el pueblo escogido de Dios viviendo como esclavos.] ¿Por qué ha venido a ser presa? Los cachorros del león rugieron contra él, alzaron su voz, y asolaron su tierra; quemadas están sus ciudades, sin morador. [Los “cachorros del león” es una descripción pintoresca de los males que Israel había abrazado.] ... Tu maldad te castigará, y tus rebeldías te condenarán; sabe, pues, y ve cuán malo y amargo es el haber dejado tú a Jehová tu Dios, y faltar mi temor en ti, dice el Señor, Jehová de los ejércitos (Jeremías 2:14, 15, 19).

Cuando uno se encuentra con cristianos caídos, ellos se deslizan como culebras. “¡No me ponga en aprietos!” Si ven que uno va por el mismo lado de la calle, se escurren hacia el otro lado para evadir el encuentro. Tienen miedo de encontrarse en su camino con un cristiano victorioso. Cambian su círculo de amigos. Consiguen otro trabajo o hacen lo que tengan que hacer para permanecer alejados de las personas cuyas vidas son una reprensión para ellos.

Si usted ha estado en condición caída, como yo lo he estado en mi propia vida cristiana, sabe exactamente lo que quiero decir.

EL ANTIDOTO

¿No hay esperanza? ¿Los desertores tienen que vivir en las garras del pecado? ¡No! El remedio se halla en Jeremías 3:12, 13.

Vé y clama estas palabras hacia el norte, y dí: Vuélvete, oh rebelde Israel, dice Jehová; no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo, dice Jehová, no guardaré para siempre el enojo. Reconoce, pues, tu maldad, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado, y fornicaste con los extraños debajo de todo árbol frondoso, y no oíste mi voz, dice Jehová.

¿Tiene usted un lápiz a mano? Abra la Biblia y coloque un círculo alrededor de dos palabras que se hallan en Jeremías 3:12, 13: “Vuélvete” y “Reconoce”. Ese es el remedio: *vuélvete* y *reconoce*.

“Eso no parece muy difícil”, dirá usted.

Tiene razón.

“Parece que Dios ni siquiera está airado”.

En eso también tiene razón. El corazón de él está quebrantado. Usted ha deshonrado las cosas que una vez había afirmado que eran preciosas, y Dios está ahí como un Padre amante, diciendo: “Regresa al hogar ahora. Ya no vagues más”.

Rondando en mi mente está la más famosa parábola que jamás pronunciara Jesús: la parábola del muchacho errante y del padre

que lo esperaba. Se conoce mejor con el título de “El hijo pródigo”. Lo mencioné en el capítulo anterior. Ese joven estaba determinado a probar todo lo del mundo para hallar la felicidad, por tanto abandonó el hogar con el pensamiento de que podría hallar todo lo que quería.

¿Pero sabe usted dónde halló finalmente todo? *En el hogar*. El quería felicidad y seguridad. No las pudo hallar hasta que regresó al hogar. El quería un lugar y un nombre en la vida. Quería ser conocido. Quería experimentar satisfacción. No pudo hallar nada de eso, sino al regresar al hogar. El quería amor. No lo pudo hallar lejos del hogar, así que regresó.

¿Y su padre lo recibió? Como vimos antes, el padre lo había estado esperando, mirando hacia el camino. Y cuando vio que el hijo venía hacia él, corrió lo abrazó, lo besó y dijo: “. . . este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”.

Nuestro Padre Dios nunca rechaza el verdadero arrepentimiento. El lo honra cada vez que se produce.

UNA ADVERTENCIA FINAL

Jim Conway señaló una de las principales causas por las cuales contemporizamos en nuestras vidas. En su libro *Men in Mid-Life Crisis*, (*Los hombres en la crisis de la edad mediana*), describe el dilema familiar de muchos hombres.

Al hombre que se acerca a la mitad de la vida le esperan tiempos extraños y difíciles. El puede tratar de andar por encima de la desconocida pared de ladrillos con un poco de dificultad, pero muchos hombres en la mitad de la vida se parecen más al huevo que se cae de la pared y se vuelve añicos, personificado en los versos para niños por Humpty Dumpty.

La crisis de la edad mediana es un tiempo de gran riesgo para los matrimonios. Es un tiempo de posibles conflictos en la carrera y de aventuras fuera del matrimonio. Hay depresión, ira, frustración y rebelión . . .

Es un tiempo en que el hombre llega a la cumbre de una cadena montañosa. Mira hacia atrás para ver el camino por el cual ha venido, y hacia lo que le espera adelante. También se mira a sí mismo y pregunta: “Ahora cuando he escalado la montaña, ¿soy diferente por ese motivo? ¿Me siento realizado? ¿He realizado lo que quería realizar?”¹

En tales ocasiones, el enemigo de nuestras almas está peligrosa-

mente cerca, dispuesto a caer sobre la presa. Las preguntas que surjan en este tiempo de crisis, fácilmente pueden conducir a respuestas equivocadas, al cinismo y aun a decisiones osadas de “escapar y gozar un poco de la vida”. Tal vez esto sea una descripción de usted hoy. Como un amigo que se preocupa, le advierto: Usted puede estar de pie ahora . . . pero a menos que haga algo para contraatacar lo que tiene en la mente, se dirige hacia la caída.

La Biblia dice: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

No sé en qué parte está usted en relación con la defección. Pudiera estar peligrosamente cerca. Tal vez sea en el aspecto moral o en el económico. O tal vez sea en un aspecto de integridad en el trabajo: Usted ha comenzado a engañar y nunca ha sido atrapado. Tal vez sea un ministro del evangelio, que una vez tuvo la emoción de servir a Cristo con pureza y gozo . . . Pero la chispa ha desaparecido. Ha contemporizado con el mundo.

Quiero decirle que no importa qué tipo de defección sea la suya, cualquiera de estos días se ha de manifestar y va a ser una calamidad. Satanás está haciendo que usted piense que, si no es atrapado en lo que está haciendo, todo está bien. Amigo mío, usted *está atrapado*. ¿Está haciendo concesiones en lo que se refiere a la fidelidad de su vida matrimonial? ¿Está aparentando que tiene un hogar feliz, mientras por el otro lado tiene a alguna persona que le produce rápido placer fuera de la vida matrimonial? Eso es pecado. Eso es adulterio.

Yo deseo que *reconozca* lo malo y se *vuelva* al Señor. Le advierto: Es mejor que se vuelva. Si no lo hace, le espera el desastre. En este mismo momento le pido que en lo profundo de su corazón confiese sus pecados uno por uno a Dios. Exponga todo delante de él. Mientras no reconozca y confiese al Señor toda la historia de su defección, no puede esperar nunca ser limpio, ni libre, ni volver a ser útil en su servicio.

Reconozca su condición presente.

Dé la vuelta.

Regrese al Señor Jesucristo.

¡Hágalo ahora mismo!

Epílogo:

Algunas reflexiones finales sobre la perseverancia

¡Yo me he visto obligado a practicar lo que predico! Todo este libro que trata de la perseverancia a través de las presiones, lo he escrito durante la remodelación de nuestra casa. Escribí capítulos enteros en lugares que usted nunca creería . . . mientras estaba sentado sobre cosas que no mencionaré. Estuve perseverando mientras se arrancaba el piso y se rompían las tejas, sin lavadero de platos en la cocina por dos semanas, sin ducha en el primer piso de la casa durante varios meses, sin mesa ni escritorio para sentarme a escribir, y algunas veces, ¡sin un bolígrafo con el cual escribir! Créame que hubo ocasiones en que estuve convencido de que algún sombrío fantasma llamado “Ríndase” me estaba persiguiendo. Al fin, sin embargo, lo terminé. El fantasma huyó. He terminado el libro. ¡Aleluya!

La perseverancia volvió a dar buenos resultados. Siempre los da.

Un amigo mío, el doctor John E. Walvoord, hijo del presidente del Seminario Teológico de Dallas, tuvo una excelente experiencia que pone de manifiesto todo lo que he estado diciendo en estos capítulos. Cuando él asistía a la Universidad de estudios posgraduados

en Dallas, oyó que el doctor Víctor Frankl presentaría una serie de conferencias al otro lado de la ciudad en la Universidad Metodista del Sur. John hizo arreglos para conversar algún tiempo con él.

Frankl era uno de aquellos valientes que habían pasado por el holocausto nazi. De hecho, la única razón por la cual no fue asesinado con los demás judíos fue que había sido designado como médico personal de varios oficiales de la policía nazi. Es imposible describir lo que sufrid. Pero perseveró ... y sobrevivió.

Durante la memorable conversación que John tuvo con este notable hombre hace varios años, Frankl hizo una declaración que mi amigo aún recuerda y que Frankl hubiera podido llamar la filosofía básica de la vida. Era algo así como lo que sigue:

La razón por la cual tantísimas personas son infelices hoy y buscan ayuda para hacer frente a la vida es que no entienden en qué consiste la existencia humana. Mientras no reconocemos que la vida no es sólo algo para disfrutar, sino más bien una *tarea* que a cada uno se nos asigna, nunca hallaremos significado en nuestras vidas, y nunca seremos verdaderamente felices.

Tal vez esto no cuadre con todo lo que se le ha enseñado desde que llegó a ser cristiano. De hecho, probablemente no encaje. Ciertamente no cuadra con un pequeño lema que aprendí cuando era niño: "Una sonrisita cada día mantiene al diablo lejos". ¡Qué error! Frankl tenía razón. *La vida es una tarea*. Una tarea dura. Algunas veces casi insoportable.

Algunos días hacemos bien con sólo sobrevivir ... sin decir nada sobresaliente. Por tanto, la perseverancia se hace esencial para vivir: la única llave que abre la puerta de la esperanza. Por medio de la perseverancia el carácter se edifica, se produce un carácter fuerte y sólido que origina la esperanza.

Frankl no dijo eso, pero otro judío de otra época sí lo dijo. Se llamaba Pablo:

. . . también nos gloriamos en las tribulaciones [¿por qué?], sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza (Romanos 5:3, 4); La Biblia *New International Versión* dice: "Nos gloriamos en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza.

¿Por qué continuar perseverando? ¿Por qué continuar firmes contra las fuertes corrientes de la tentación, del temor, de la ira, de las pérdidas, de la tensión, de las imposibilidades, de los mal enten-

dididos, de los errores? ¿Por qué luchar contra la defección? ¿Por qué dominar el complejo de inferioridad? ¿Por qué seguir esperando? ¿Por qué? Le diré por qué. Porque ése es el terreno real donde se forja, se forma, se atempera y se pule el verdadero carácter. Por el hecho de que allí es donde a la vida de Jesucristo se le da la máxima oportunidad para reproducirse en nosotros, de reemplazar una delgada y frágil teología interna por un conjunto de convicciones firmes y confiables que nos capaciten para manejar la vida, en vez de escapar de ella.

Por el hecho de que la vida es una tarea, necesitamos fortaleza para enfrentarla, no velocidad para huir de ella. Cuando se conmueven los fundamentos, cuando los amigos cristianos, aun los *líderes*, son inmorales y caen en la apostasía, cuando perdemos la base de sustentación y los golpes brutales intentan lanzarnos al rincón de la duda y de la incredulidad, *necesitamos lo que ofrece la perseverancia*: disposición para aceptar lo que venga, fuerza para hacerle frente, determinación para estar firmes y discernimiento para ver la mano del Señor en todo ello.

Sin la perseverancia, tropezamos y caemos. Y Dios se apesadumbra.

Con la perseverancia, sobrevivimos y vencemos. Y Dios es glorificado.

Notas

Capítulo 2

1. C. S. Lewis, *The Problem of Pain* (El problema del dolor), Nueva York: Macmillan, 1971, pág. 93.

Capítulo 3

1. Judith Viorst, *Alexander and the Terrible, Horrible, No Good, Very Bad Day* (Alejandro y el día terrible, horrible, nada bueno y muy malo), Hartford, Conn.: Connecticut Printers, 1972, págs. 1, 23.

2. *Ibid.*

3. Thomas V. Bonoma and Dennis P. Slevin, *Executive Survival Manual* (Manual de la supervivencia del ejecutivo), Boston: CBI Publishing Company, 1978, págs. 58, 59.

4. Tim Hansel, reimpreso, *When I Relax I Feel Guilty* (Cuando me relajo me siento culpable) © 1979 David C. Cook Publishing Co., Elgin, 111. 60120. Se usa con permiso.

5. *Ibid.*, págs. 44, 45.

6. Stuart Briscoe, *What Works When Life Doesn't* (Lo que funciona cuando la vida no funciona), Wheaton, III.: Victor Books, 1976, pág. 125.

Capítulo 4

1. Joseph Bayly, *View from a Hearse* (La perspectiva desde una carroza fúnebre), Elgin, III.: David C. Cook, 1973, pág. 12.

2. Joyce Landorf, *CanCIÓN de duelo*, Miami, Fl. 33138. Editorial Vida, 1976.

3. Meredith Kline, *The Wycliffe Bible Commentary* (Comentario bíblico de Wycliffe), Charles F. Pfeiffer, editor, Chicago: Moody Press, 1962, pág. 463.

4. Bayly, *View from a Hearse* (La perspectiva desde una carroza fúnebre), págs. 40, 41.

Capítulo 5

1. Mary A. Thomson, "O Zion, Haste" (Aprisa, ¡Sion!), *Worship and Service Hymnal* (Himnario de adoración y servicio), Chicago: Hope Publishing Co., 1966, pág. 430.
2. Howard G. Hendricks, *Say It With Love* (Dígallo con amor), Wheaton, Ill.: Victor Books, 1973, págs. 91, 92.

Capítulo 7

1. Dag Hammarskjöld, *Markings* (Marcas), Nueva York: Alfred A. Knopf, 1964, pág. 15.
2. Dietrich Bonhoeffer, *Temptation* (Tentación), Londres: SCM Press, 1964, pág. 33.

Capítulo 8

1. Benjamín Franklin, Máximas antepuestas al *Poor Richard's Almanac* (Almanaque del pobre Richard) (1757), reimpresas en *Familiar Quotations* (Citas familiares), John Bartlett, editor, Boston: Little, Brown and Company, 1955, pág. 330.
2. Mark Twain, *Pudd'nhead Wilson's New Calendar* (Nuevo calendario de Puddnhead Wilson), Capítulo 30, reimpreso en *Familiar Quotations* (Citas familiares), John Bartlett, editor, pág. 679.

Capítulo 9

1. James Dobson, *Hide or Seek* (Escóndase o busque), Old Tappan, N. J.: Fleming H. Revell, 1974, pág. 133.
2. *Ibid.*, pag. 134.

Capítulo 10

1. Wayne W. Dyer, *Your Erroneous Zones* (Sus zonas erróneas), Nueva York: Avon, 1976, págs. 97-124.
2. Ruth Harms Calkins, *Tell Me Again, Lord, I Forget* (Dímelo de nuevo, Señor, yo olvido), Elgin, Ill.: David C. Cook, 1974.
3. Ruth Harms Calkins, *Lord, You Love to Say Yes* (Señor, a ti te encanta decir sí), Elgin, Ill.: David C. Cook, 1976.

Capítulo 11

1. Thomas Jefferson, *A Decalogue of Canons for Observation in Practical Life* (Decálogo de normas para observación en la vida práctica), 21 de febrero de 1825, reimpreso en *Familiar Quotations* (Citas familiares), John Bartlett, editor, pág. 376.
2. Twain, *Pudd'nhead Wilson's Calendar* (Calendario de Pudd'nhead), Capítulo 3, *Familiar Quotations* (Citas familiares), John Bartlett, editor, pág. 678.

3. Washington Irving, *The Sketch-Book* (Libro de bosquejos), (1819, 1820), reimpresso en *Familiar Quotations* (Citas familiares), John Bartlett, editor, pág. 446.

Capítulo 12

1. Jim Conway, *Men in Mid-Life Crisis* (Los hombres en la crisis de la edad mediana), Elgin, Ill.: David C. Cook, 1978, pág. 17.